

HARLEQUIN

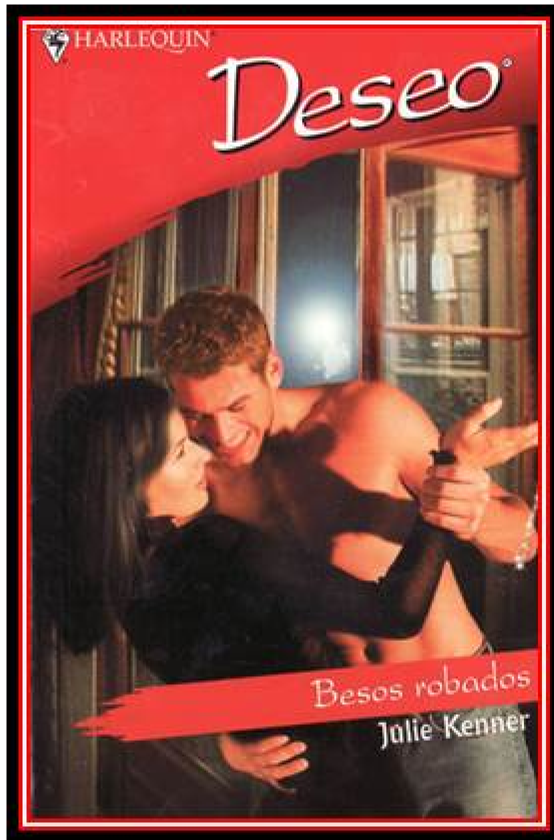
Deseo

Besos robados

Julie Kenner

Besos Robados

Julie Kenner



Besos Robados (2.005)
Título Original: Stolen Kisses.
Editorial: Harlequín Ibérica.
Colección: Deseo 1358
Género: Contemporáneo.
Protagonistas: Kyle Radley y Melissa Tanner.

Argumento:

Sólo una ladrona podía robarle el corazón...

Melissa Tanner era la típica ladrona de guante blanco que intentaba retomar el buen camino. ¿Quién iba a pensar que la noche en la que

trataba de devolver unas joyas acabaría atrapada en los brazos del guapísimo Kyle Radley? Aquello habría sido mucho más interesante... si Kyle no fuera un ex policía.

Aunque sabía que estaba mal, Kyle no podía evitar sentirse atraído por Melissa... y tenía la sensación de que ella sentía lo mismo por él. No paraba de decir que no podía tener nada con un hombre que siempre la vería como una delincuente. Pero Kyle había decidido atrapar a aquella ladrona...

Prólogo

Emily Radley estaba sentada muy erguida a pesar de sus ochenta y seis años de edad. De frente a ella, Gregory Tanner, su amigo de toda la vida, removía su bebida, aparentemente tranquilo a pesar de estar en aquel bar de mala muerte, con sus clientes vestidos de cuero y tachuelas.

Había elegido el sitio porque las posibilidades de ser reconocidos en un bar de moteros a las afueras de Santa Ana, en California, eran prácticamente inexistentes. Y aunque estaban muy cerca de sus respectivos hogares, cerca de las playas del Condado de Orange, en California resultaba muy sencillo entrar en un mundo totalmente distinto al exterior con sólo cruzar una puerta. Desde luego, ninguna de las personas del círculo social de Emily se acercaría a ese lugar, menos aún pondría el pie allí dentro.

Incluso Gregory, cuya vida había sido de lo más… colorida, no sería reconocido. Aquél era el sitio perfecto para reunirse.

Sin duda podían haber quedado en otro lugar, pero la naturaleza popular del bar donde estaban había sido un punto a su favor. Habían ido allí a tramar un plan y a Emily le gustaba el toque dramático que aquel sito le daba a su reunión.

Dio otro sorbo de su ginebra con tónica y se agarró las manos.

—¿Entonces estamos de acuerdo? —dijo Emily.

—Estoy aquí, ¿no?

A pesar de sus ochenta y cinco años, estaba tan guapo como siempre. Una vez, años atrás, Emily había estado enamorada del conocido señor Tanner. Siendo una ingenua en Hollywood, no había podido dar rienda suelta a sus deseos. Después de todo, eso había ocurrido antes de que la disponibilidad sexual de las artistas fuera

un medio seguro de subir en el cine. En el presente se preguntaba qué se habría perdido al no corresponder al interés de Gregory. Siempre había contado con su amistad, por supuesto, pero había sido la pequeña Martha Kline, que Dios la tuviera en su gloria, la que había conocido los secretos del corazón de Gregory.

Emily sacudió la cabeza. Qué más daba. No estaban allí para pensar en el pasado, sino en el futuro. En sus herederos y en sus familias. Los dos chicos iban a trancas y barrancas y pasaban los años sin que nadie cuidara de ellos aparte de un pequeño grupo de personas mayores. Y por mucho que Emily quisiera vivir eternamente, sabía que eso era una cosa que sus millones no podrían hacer por ella.

Y por eso precisamente Emily y Gregory se las habían ingeniado, para dar con el modo de juntar a sus nietos y Emily estaba totalmente segura de que el plan funcionaría.

Sacó un paquete de su bolso sin mediar palabra. Había envuelto el estuche que contenía la joya en papel de estraza y lo había atado con un cordel. Así nadie averiguaría que el contenido valía más de medio millón de dólares.

Cuando él aceptó el paquete, Emily se fijó en el brillo de sus ojos. Por un momento se preguntó si volvería a ver el collar, pero inmediatamente desechó ese pensamiento. Tal vez fuera tonta, tal vez ingenua, pero confiaba en Gregory.

Él se guardó el paquete en el bolsillo de la americana.

—No es que no me guste una buena trama, Emily, pero igual sería conveniente simplemente presentar a los chicos.

Ella rechazó su sugerencia con un gesto de la mano. Años atrás, tal vez ellos habían sido lo bastante tontos como para ocultar su amistad; pero era otra época y Martha Kline, la esposa de Gregory, no había aceptado que siguieran con ese afecto. Por eso mismo no era ése el mejor momento para revelar su larga amistad, particularmente teniendo en cuenta que la ignorancia de sus nietos en ese tema podría actuar en favor suyo. Y aunque no se atrevería a reconocerlo delante de Gregory, era mucho más divertido de esa manera.

—Le he presentado tantas chicas a Kyle que ya he perdido la

cuenta —dijo finalmente Emily—. No. Él se olería algo si se nos ocurriera hacerlo así. Creo que hemos dado con la solución perfecta. Conseguiremos que se enamoren el uno del otro sin ni siquiera darse cuenta de lo que les está pasando. Un guión perfecto.

—¿Otro Oscar de la Academia para tu repisa?

Ella esbozó una sonrisa perfecta.

—Nunca he ganado un Oscar a la mejor dirección.

—Bueno, tal vez éste sea tu año —su sonrisa se desvaneció y arrugó el entrecejo—. ¿Y Frances está dispuesta a participar en esta charada?

—No te sorprendas tanto. Tenemos nuestras diferencias, claro está, pero cuando se trata de Kyle estamos de acuerdo. El chico necesita sentar la cabeza —le dio unas palmadas en la mano—. No te preocupes, Gregory. Ya vamos por la mitad del primer episodio y todo va sobre ruedas. Kyle piensa que le he robado a mi hermana una reliquia de familia. Y conozco a mi nieto y sé que va a hacer todo lo posible para enderezar mi error. Y como mañana vendrá a mi fiesta, estoy segura de que será el momento adecuado para hacerlo. Todo encaja de maravilla; ahora sólo queda que interpretes bien tu papel.

—Soy un ladrón, no un actor.

—Tonterías. Fuiste el más talentoso y apuesto de los actores de reparto que honró la gran pantalla.

Él frunció el ceño y la miró con vacilación.

—No te atrevas a amilanarte ahora, Gregory Tanner. Hemos trazado un plan perfecto; nada podrá ir mal.

Por un momento él no reaccionó. Entonces asintió con firmeza y sacó un billete de veinte dólares del bolsillo para pagar las bebidas.

—Espero que tengas razón. No puedo evitar pensar que le he fallado a Melissa.

—Tonterías. Tú la has criado, has cuidado de ella…

—Le he enseñado una profesión.

Emily se puso tensa.

—Lo que la joven eligió como profesión tuvo poco que ver contigo. Lo importante es que ahora desea ser respetable y que tú la estás apoyando con todo el entusiasmo del mundo.

Emily se puso de pie y él hizo lo mismo; entonces la ayudó a ponerse una cazadora ligera que la abrigaría de la fresca brisa marina.

—Aun así —empezó a decirle él mientras ella lo agarraba del brazo—, me sorprende que mi nieta Melissa te parezca adecuada para tu nieto. Quiero decir, dadas las circunstancias.

Al oír eso, Emily se acercó un poco más a él y lo agarró del brazo con más fuerza. Entonces, precisamente en el momento más oportuno, ladeó la cabeza levemente, lo miró a los ojos y esbozó la más sensual y delicada de las sonrisas.

—Por supuesto que no tengo objeción alguna —dijo Emily—. Sería una hipócrita si así fuera.

Gregory la miró a la cara y finalmente sonrió. Y en ese momento Emily supo que él había visto la traza de deseo asomando a su semblante, tal y como ella había querido. Después de todo, tenía dos Óscares y tres Emmys en la repisa de la chimenea de su casa. De haber querido ocultar sus emociones, era más que capaz de ello.

Pero en ese momento, en el ocaso de su vida y dado que los dos jugaban con el destino… Bueno, no era el mejor momento de actuar como una tímida violeta. No; aquella situación requería un papel mucho más desenfadado. Y ése era el papel para el que Emily había nacido.

Capítulo 1

Un rayo de luz se coló por la ventana de la habitación de Melissa Tanner y le hizo cosquillas en las pestañas. Se dio la vuelta bajo las sábanas, intentando robar unos minutos más de glorioso sueño. Un par de minutos, le daba igual. Sólo quería poder flotar en aquella maravillosa bruma entre el sueño y la vigilia, ese mundo lleno de sombras en el que los sueños pasaban flotando, se acercaban o se alejaban, donde unos minutos más de felicidad se conseguirían tan sólo tocando un botón del despertador.

—¿Melissa?

Unas pisadas resonaron en las escaleras que conducían a su dormitorio.

—¿Melissa? —repitió la voz—. No irás a pasar todo el día durmiendo, ¿verdad?

Melissa gimió mientras se cubría la cabeza, deseando que la fina colcha pudiera ahogar el sonido de la voz de su abuelo. ¿Sabía que no tenía malas intenciones, pero acaso era tan necesario recordarle de nuevo que seguía sin empleo?

Los golpes a la puerta resonaron en el dormitorio al tiempo que el reloj despertador empezaba a sonar. Habían trascurrido otros siete minutos, de modo que más le valdría aguantarse y levantarse.

—Ya voy —dijo en voz alta para que la oyera su abuelo.

Acto seguido se sentó en la cama y plantó los pies en el suelo de un solo movimiento.

En los dos meses que habían pasado desde que la habían despedido, se había cruzado el Condado de Orange de punta a punta, había presentado docenas de currículums y pasado por al menos una veintena de entrevistas. La habían llamado de cinco, pero al final el trabajo siempre acababa en manos de otra persona. Las deudas se iban acumulando, además tenía que pagar impuestos y su cuenta corriente peligraba.

Nada bueno.

Su situación financiera era catastrófica y lo malo era que la licenciatura en Historia no le estaba exactamente abriendo las puertas de muchas empresas. Si no conseguía un empleo pronto, iba

a meterse en un buen lío. No sólo se había quedado casi sin ahorros, sino que no tenía nada más de lo que depender. Ni dinero, ni experiencia laboral. Porque a la hora de la verdad, a parte del empleo de aprendiz de director que había perdido recientemente, no tenía en realidad experiencia con la que pudiera ganarse la vida.

Aunque eso no era del todo cierto. Tenía unas habilidades de lo más lucrativas. Pero ser ladrona no era una opción profesional y ella estaba empeñada en ser desde ese momento una ciudadana ejemplar. Hasta entonces en su vida sólo había habido secretos y en general estaba cansada de todo ello. Cansada de no tener buenas amigas, cansada de romper relaciones sentimentales después de cuatro citas porque le daba miedo acercarse.

Sencillamente, cansada.

Necesitaba sentirse digna, respetada; necesitaba una vida y un empleo reales.

Pero a no ser que algo cambiara muy pronto, iba a terminar preparando hamburguesas en McDonald's y lavándose el pelo todas las noches para quitarse el olor a patatas fritas. Y eso no era exactamente lo que tenía planeado hacer a la madura edad de veinticuatro años.

No. Tenía veinticinco. Se puso de pie y fue hacia la puerta con cara de pocos amigos.

Se había criado con un abuelo que había sido un ladrón de verdad, «*El Gato*». En *Atrapar a un Ladrón,* Cary Grant había terminado con la princesa Grace. Pues Mel quería también su propio príncipe azul y un trabajo decente… El cuento de hadas al completo. ¿Acaso era tanto pedir?

—Melissa Jane Tanner, si no abres inmediatamente esta puerta voy a quedarme con tu regalo de cumpleaños.

Entonces sí que se movió. Agarró el pomo de la puerta y la abrió con ímpetu. Allí estaba su abuelo, tan acicalado como siempre con su traje de lino, con dos copas de Martini en la mano.

—Un brindis —le dijo mientras le pasaba una de las copas y entraba en el cuarto—. Por mi nieta favorita.

Ella sonrió.

—Soy tu única nieta.

—Entones el cariño que te tengo ha resultado ser muy bueno.

Melissa sacudió la cabeza levemente y siguió a su abuelo, que se sentó en el borde de su cama. Ella eligió una silla plegable de madera, el único otro asiento que había en su pequeño dormitorio. Una vez sentada, alzó la copa de vermut.

—Deja que adivine; hoy eres William Powell en *El Hombre Delgado*.

Su rostro, aún apuesto a pesar de la edad, se iluminó con una

sonrisa.

—A ti siempre se te dieron mejor mis juegos que a tu abuela o a tu padre.

—El attrezzo me ayudaba —dijo ella.

—Debo decirte que estas copas son auténticas de una película. Yo hice de extra en *Después del Hombre Delgado*. Incluso conocí a Jimmy Stewart. Él estaba empezando, ¿sabes?

Melissa lo sabía. Se había criado viendo películas antiguas y le encantaban tanto como a su abuelo.

—Tal vez mis escenas terminaran en el suelo de la sala de montaje —continuó diciendo el hombre—. Pero al menos pude quedarme con las copas.

Ella entrecerró los ojos para estudiar la copa de cristal, que examinó desde todos los ángulos.

—Un sorprendente trabajo artesanal —se burló—. ¿Pero vermút para desayunar? ¡Qué asco!

—Es tu cumpleaños. Cualquier cosa me parece bien.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Lo tendré en cuenta.

Él movió un dedo fingiendo advertencia, pero ella se echó a reír. Adoraba a su abuelo y haría cualquier cosa por él.

Él era, en realidad, la razón por la que había continuado haciendo el papel de ladrona de escala durante tanto tiempo. Él se había hecho cargo de ella después de que sus padres fallecieran en un accidente años atrás y a medida que se había ido haciendo viejo, le había tocado a ella cuidar de él. El único trabajo que conocía era el que él le había enseñado y había utilizado esa habilidad para pagar las facturas, comprar comida y en general, para que no se quedaran en la calle.

Había utilizado esa misma destreza para ayudarse a pagar su formación universitaria; un proceso bastante lento cuando uno tenía que subirse a los tejados para conseguir el dinero para pagar las clases. De todos modos lo había logrado y también mantener los robos al mínimo.

Y como se había convertido en una persona de fiar, con su flamante título de licenciada que colgaba de una pared de su dormitorio, no tenía intención alguna de volver a la vida de delincuencia.

Pero a menos que pudiera encontrar el modo de pagar esos impuestos sobre la propiedad inmobiliaria, tal vez no tuviera otra elección. Porque si había algo que deseaba aún menos que volver a robar, era permitir que les vendieran esa casa. No sólo era lo único que le quedaba de sus padres, sino que era la casa que había compartido con el abuelo. No pensaba renunciar a ella, pasara lo

que pasara.

Conocía a muchas chicas de su edad que se mostrarían reacias a compartir techo con su abuelo, pero Mel había perdido a sus padres de repente. Un día su abuelo también le faltaría y cuando llegara ese día querría haber compartido con él el máximo posible.

—Y un brindis más —le dijo él mientras alzaba la copa—. Por los nuevos comienzos y los futuros brillantes.

—Brindo por eso —respondió ella—, sobre todo si con lo de «*brillantes*» no te refieres a las luces fluorescentes de algún restaurante de comida rápida.

—Desde luego que no.

El abuelo dio un sorbo de su vermút y ella hizo lo mismo. Entonces a ella le dio la risa y se le salió toda el líquido por la boca.

—¡Abuelo! ¡Pero si es agua!

—Pues claro, Melissa. Desde luego no voy a beber alcohol antes de la hora del aperitivo.

Ella volteó los ojos y entonces, por hacer un poco el tonto, se bebió de un trago lo que le quedaba de agua y lo miró fijamente.

—Personalmente, prefiero mi agua mineral agitada, no removida.

Él negó con la cabeza.

—James Bond. De verdad, Melissa, no me pones a prueba. ¿Es que no se te ocurre una película más difícil de adivinar?

—Pues no.

Además, en ese momento no se sentía demasiado ingeniosa. En realidad, últimamente se sentía fatal. ¿Cómo era posible que le resultara tan difícil encontrar un trabajo?

—¿Qué?

Ella frunció el ceño. Su abuelo la conocía demasiado bien.

—Sólo me preguntaba por qué me he molestado en estudiar tanto. Quiero decir, me costó un triunfo conseguir mi licenciatura. ¿Y para qué? ¿Para trotar de un lado a otro buscando un empleo que no hay?

—Encontrarás un empleo —le dijo él—. Ya lo hiciste. Tenías un puesto perfectamente bueno en esa agencia de alquiler.

—Sí, perfectamente bueno hasta que me echaron.

Recortes presupuestarios y la primera en marcharse había sido ella.

La triste verdad, sin embardo, era que en secreto se había alegrado de que la hubieran echado. El trabajo era un auténtico aburrimiento; así que cuando la despidieron se había llevado a su abuelo hasta Los Angeles para invitarlo a cenar y celebrar así su recién recuperada libertad.

En ese momento había asumido que podría encontrar otro

empleo con facilidad. ¡Qué equivocada estaba!

Lo que sí sabía era que no podía continuar siendo ladrona. Era un trabajo demasiado arriesgado, demasiado ilegal. Sencillamente, no estaba bien. Y sobre todo, detestaba vivir en una mentira constante.

¿Pero acaso podía evitar el hecho de que ninguna otra tarea le proporcionara la emoción que sentía cuando forzaba la cerradura de la habitación de otra persona? Ridículo, lo sabía. Y además, había pasado página. Si le entraba la tentación, practicaría alguno de esos deportes de riesgo. Pero el robo estaba fuera de su alcance. Totalmente.

Su abuelo se puso de pie y cruzó la habitación hacia el escritorio. Dejó su copa y se volvió hacia ella con una expresión seria en el rostro.

—¿Abuelo?

—Tal vez sea hora de que dejes de fingir.

Ella tragó saliva, temerosa de que fuera a descubrirla, a acusarla de «*desear*» ser una ladrona.

—¿De fingir? —repitió en tono inocente.

—Acerca de tu situación laboral —dijo él—. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones mientras consideras tus opciones y piensas en lo que te conviene hacer?

Una idea estupenda, pero apenas práctica a menos que él fuera a sugerirle el robo como único medio de pagar las facturas. Y sabía que él no haría eso por nada del mundo. El abuelo conocía mejor que nadie los peligros y desventajas de una vida de delincuencia y había hecho lo posible para alejarla de la profesión. La única otra ocasión en la que había mostrado tanta firmeza había sido cuando le había enseñado los trucos para que no la pillaran.

—Abuelo, aprecio el gesto, pero aunque pudiera convencer al condado de que no necesitan esos estúpidos impuestos, seguimos teniendo gastos de comida y coche, entre otras cosas.

Detestaba decírselo de ese modo, sobre todo cuando sabía que el abuelo no tenía dinero para ayudarla. Hacía tiempo que se había gastado sus ahorros y la seguridad social no le daba pensión a los ladrones jubilados.

Melissa suspiró.

—Sólo necesito encontrar un empleo. Como ya he agotado todas las vías habituales, estoy pensando que voy a intentar encontrar algo especial. Tal vez en alguno de los parques de atracciones. Aventura y emoción, es lo que me gusta, ¿no?

—Estoy seguro de que te encantaría tener un puesto de algodón de azúcar, pero antes de embarcarte en una profesión tan emocionante, veamos tu regalo de cumpleaños.

—¿No era un Martini aguado?

Una broma tonta, pero era lo mejor que se le ocurría en esas circunstancias. Sin razón aparente y mientras se preguntaba qué le tendría reservado su abuelo, había empezado a experimentar cierta aprensión. Siempre hablaba de lo mucho que le gustaría ayudarla a ser más independiente económicamente.

Esperaba que no hubiera hecho ninguna tontería. ¿O sí?

Se metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó un estuche de terciopelo negro atado con un lazo de raso rojo. A Mel le dio un vuelco el corazón al tomar la caja de sus manos. ¡Ay, Dios mío, parecía que sí…!

Intentó calmarse para no temblar tanto mientras tiraba de la lazada, antes de abrir cuidadosamente el estuche. En su interior, sobre un lecho de forro de raso negro, se encontraba el collar de diamantes más bonito que había visto en su vida. Y francamente, había visto unos cuantos.

"*Oh, no, no… Oh no…*"

Sacó el collar al tiempo que su ojo práctico examinaba las piedras. Al ver la calidad superior de los diamantes y el maravilloso trabajo artesanal se le aceleró el corazón. El collar debía de costar al rededor de medio millón de dólares y eso sólo significaba que aquél era un asunto turbio. Muy, muy turbio.

Melissa lo miró con una mezcla de miedo e incredulidad; ni siquiera se molestó en ocultar lo que sentía.

—¡Oh, abuelo! —le dijo en tono apenas reconocible—. ¿En qué lío nos has metido ahora?

Tal vez los diamantes fueran los mejores amigos de una chica, pero en ese momento, tanto los diamantes como las chicas le estaban dando a Kyle Radley un sinfín de problemas.

Estaba de pie junto a un enorme escritorio en el salón de su abuela, rodeado del barullo de las conversaciones de las cincuenta o sesenta personas que había allí con él. Pero él ignoraba las voces, intentando como estaba concentrarse en una solución que no implicara robarle a su abuela un collar de quinientos mil dólares.

Pero lo malo era que no se le ocurría otra alternativa.

Si quería mantener a la señorita Emily alejada de cualquier embrollo, tarea nada fácil, iba a tener que aguantarse y robar el collar. Y además, esa misma noche. Antes de que fuera demasiado tarde.

A pesar de que lo había visto con sus propios ojos, no podía creer que se lo hubiera robado a su hermana. Y no había sido una baratija. No, señor. Durante una reunión familiar la semana anterior, su abuela se había llevado un collar de diamantes que nada tenía que envidiarle a las joyas de una corona.

Kyle había sido testigo del evento y desde ese momento su instinto de policía, aunque ya estuviera retirado, se habían puesto en marcha. Se había enfrentado a su abuela en ese mismo momento, pero ella se había negado a devolver la alhaja, citando un derecho de hermana a poseer el collar que aparentemente Frances había heredado de su padre. Kyle no recordaba ninguna historia familiar sobre la joya, pero no estaba en posición de rectificar a su abuela. Sobre todo cuando tenía el collar escondido en el sujetador y cuando el joyero de su tía abuela Frances estaba totalmente vacío.

Tal vez Frances fuera una dulce anciana en opinión de Kyle, pero también era la amenaza número uno al papel de la señorita Emily como Emperatriz de Emerald Cliffs. Las dos hermanas mantenían una larga enemistad que ni siquiera la devoción que compartían por Kyle había conseguido reconciliar. Tratándose del estatus social, la lealtad familiar no significaba nada y cuando Frances se diera cuenta de que Emily le había birlado el collar, Kyle sabía que llamaría a la policía en menos que cantaba un gallo.

Pensándolo bien, seguramente debería haberle dicho a Frances lo que había pasado y dejar que su abuela pagara las consecuencias. Después de todo, alguien tenía que enseñarle a la señorita Emily que no se podía tener todo en la vida. Pero teniendo en cuenta que estaba a punto de cumplir los noventa, también le parecía algo tarde para darle una lección. ¿Además, quería de verdad que la policía detuviera a su abuela y le tomara las huellas con la edad que tenía?

En absoluto. Y por eso había decidido robarle el collar a su abuela para llevarlo a casa de Frances. Con suerte, lo dejaría allí antes de que su tía abuela se enterara de que faltaba.

Su abuela se pondría furiosa, claro estaba, pero ya se enfrentaría a su ira más adelante.

En ese momento la mujer en cuestión estaba al otro lado de la habitación rodeada de varios admiradores. Tenía el cabello gris plateado recogido sobre la cabeza y lucía un vestido morado que se ceñía suavemente a una figura que aún suscitaba interés. Sólo que no era ya por sus curvas, sino por ser ella Emily Radley. La dama de sociedad de Emerald Cliffs y de las urbanizaciones cercanas de esa zona de la costa del Pacífico.

Un grupo de gente mayor la rodeaba mientras ella los deleitaba con historias de sus días en los estudios de cine.

Kyle se había criado oyendo esas historias y le encantaban todas y cada una de ellas. Por pura costumbre, sus pies lo condujeron hacia donde estaba su abuela, pero enseguida se controló y se paró en seco. No sólo tenía que aprovechar la oportunidad para subir al primer piso, sino que además no quería que su abuela se fijara en

él. Últimamente, las conversaciones que tenía con él la señorita Emily, se centraban mucho menos en los viejos tiempos y más en la vida amorosa de Kyle. Lo raro era que hasta el momento no había utilizado la fiesta para intentar juntarlo con nadie. Kyle había estado a punto de preguntarle si se sentía enferma, pero había decidido no arriesgarse.

Y su silencio era en sí una verdadera suerte. Tal vez hubiera pasado los diez últimos años trabajando en la policía de Los Angeles, arriesgándose el pellejo con las mafias de la ciudad, pero los horrores que había visto no rivalizaban ni por asomo con las tácticas de la señorita Emily en lo tocante a su vida amorosa. No sabía cuánto duraría el respiro, pero lo agradecía; aunque en realidad se temía que su abuela estuviera preparando su segunda campaña.

Abigail Van Martin, la mejor amiga de su abuela y su autoproclamada madrina, se acercó a él, con su bastón en la mano, que más que una necesidad era un elemento decorativo.

—Kyle, cariño, no deberías estar aquí.

—Lo sé —respondió él mientras se pasaba la mano por la cabeza —. Debería estar trabajando. Llevo todo el día trabajando. Me he dejado la piel intentando resolver este lío de Driskell.

Kyle había dejado el cuerpo de policía para montar su propia empresa de seguridad, Sistemas de Seguridad Integrados y durante el primer año las cosas habían ido de maravilla. Entonces Ethan Driskell había adquirido para su mansión la alarma más moderna de entre todas las que ofrecía la empresa de Kyle. Tres semanas después los ladrones habían limpiado la casa, llevándose un botín cuyo valor ascendía a más de nueve millones de dólares.

Para Driskell, un archimillonario, el robo era algo serio, pero no extremadamente grave. Para Kyle era un desastre. Necesitaba encontrar el fallo y cuanto antes mejor; antes de que se corriera la voz y de que su creciente lista de clientes se quedara en nada.

Así que por eso necesitaba estar en su despacho en lugar de quedarse allí en la fiesta de su abuela. Pero las locuras de la señorita Emily lo habían distraído y tenía que quedarse allí le gustara o no.

Abby lo miró con los ojos entrecerrados; las gafas le colgaban de una cadena que llevaba al cuello.

—¿Driskell? —negó con la cabeza, muy confusa—. Me refería a por qué estabas aquí; en este rincón. Deberías estar hablando con la gente, conociendo a las jóvenes que están en la fiesta.

Kyle no pudo evitar echarse a reír. Todo su negocio podría fracasar y Abby y Emily sólo se preguntarían si tenía una cita para la velada.

—Sabía que era demasiado bueno como para durar. Desde que ha empezado la fiesta la abuela no ha hablado de mi «*patético estado civil*». No me digas que te ha nombrado mi segunda guardiana.

Abby aspiró con aire digno.

—No estaba más que haciendo un comentario; pero la verdad es que tu abuela tiene razón.

Él ahogó un suspiro, medio preguntándose si debería invitar a alguna amiga para cortar de raíz la campaña de esas ancianas entrometidas. La idea lo divertía, sobre todo por la ironía que implicaba y que su abuela sin duda sospecharía. ¿Cuántas veces le había contado la historia de su falso novio, creado por el estudio cinematográfico para que ella pareciera mucho más deseable a los ojos del público cuando la «boda» no resultó?

Abby le golpeó con la punta del bastón en el pie, para llamar otra vez su atención.

—Eres un chico tan apuesto, Kyle. ¿Cuándo vas a sentar la cabeza?

—Vamos, Abby. No te burles de mí. ¿Cómo voy a pensar en sentar la cabeza si no encuentro ninguna mujer que sea ni la mitad de agradable que tú?

—Guarda tu encanto para las jóvenes, hijo —le dio unas palmadas en la mejilla—. Prefiero a los hombres con unas cuantas arrugas. Con ellos estoy de igual a igual.

—Dame unos cuantos años.

—No me tientes —se puso las gafas que le colgaban sobre la pechera y lo miró—. ¿Has estado buscando una?

—¿Una qué?

—Una mujer, querido. Presta atención, por favor.

Él se echó a reír. Debería haber sabido que Abby Van Martin no se andaría con rodeos.

—¿De verdad? No he estado buscando.

Su prioridad en ese momento era salvar su empresa, no acostarse con nadie.

Aunque precisamente en ese momento, ni las mujeres ni su empresa tenían importancia. Lo que importaba de verdad era el collar de diamantes.

Kyle se inclinó para besar a Abby en la mejilla antes de excusarse, diciéndole que iba a darse una vuelta por la fiesta para conocer a las jóvenes invitadas.

Por supuesto, no era cierto.

Pero no podía explicarle a su madrina que pensaba subir al primer piso y forzar la caja fuerte de su abuela para robar un collar de diamantes.

Mel subió por el enrejado cubierto de hiedra y saltó por encima

de la barandilla del balcón. Retrocedió en silencio hacia la pared para ocultarse entre las sombras y seguidamente miró a su alrededor para ver si la observaba alguien.

Nadie.

Aspiró hondo y soltó un sentido suspiro. De momento, todo iba bien.

Normalmente se preparaba más para hacer un trabajo, pero con ése no había tenido mucho tiempo. Cerró los ojos y aspiró hondo mientras intentaba relajarse y calmar los latidos de su corazón.

Costaba creer que tan sólo habían pasado unas horas desde que el abuelo le había dado el collar y le había confesado que lo había sustraído de la caja fuerte de Emily Radley, una de las primeras estrellas en triunfar en Hollywood.

Aún no podía creer que hubiera hecho tal tontería. Era mucho más difícil comerciar con piedras preciosas demasiado grandes y el abuelo no era partidario de correr riesgos innecesarios.

Sin embargo, esa vez los había corrido por ella. Para asegurar su futuro.

Se sentía conmovida y enfadada al mismo tiempo, pero le había costado Dios y ayuda rechazar el regalo. Él había estado tan orgulloso de sí mismo… y ella había ignorado los sentimientos de su abuelo al rechazar el collar. Al ver la desolación en su mirada, había corrido a decirle cuánto apreciaba el detalle, por no mencionar el riesgo que había corrido por ella. Llevaba fuera de juego mucho más tiempo que ella, pero por el cariño que le tenía se había lanzado a hacerlo de nuevo con los ojos cerrados.

—¿Y si te hubieran pillado? —le había preguntado ella.

—¿Se te ha olvidado quién te entrenó? ¿Es que te han pillado alguna vez?

—No es una cuestión de que te pillen o no —le había dicho ella, intentando poner en práctica una táctica nueva—. El hecho es que estoy intentando seguir limpia, ser responsable. Pasar página, abuelo. ¿Cómo voy a empezar una nueva vida si la financio con el collar robado de la señorita Emily?

Él suspiró cansinamente.

—Si para ti significa tanto, entonces devolveré el collar.

—Bien. Significa mucho.

—Bien. Te regalaré una licuadora para tu cumpleaños.

Mel había volteado los ojos con impaciencia y después se había levantado y había ido a darle un beso a su abuelo. Se había sentado a su lado y le había tomado la mano.

—¿Por qué se te ha ocurrido robarle a Emily Radley?

El abuelo parecía confuso.

—¿A qué te refieres?

—¿Bueno, acaso no te conoce? Quiero decir, interpretaste papeles secundarios en al menos una docena de sus películas.

—¡Ah, sí! Sí, eso es cierto. Supongo que tuvimos una relación de compañeros.

Ella se frotó las sienes.

—Abuelo, tu reputación de misterioso ladrón de escala tal vez hiciera de ti una figura romántica en los años cuarenta, pero hoy en día ella habría llamado a la policía.

—Tienes razón, tienes razón. Te doy toda la razón.

Mel no había esperado que su abuelo le diera la razón con tanta prontitud y diligencia, así que decidió no insistir.

—Dime cómo es la casa de Emily.

Se lo había dicho. Y le había descrito hasta el balcón donde ella se encontraba en ese momento, el enrejado por el que había trepado él una semana antes y la habitación que había recorrido para dar con el collar. Sólo de pensarlo se le encogía el estómago. ¡Santo Dios! ¿Y si se hubiera caído y se hubiera roto el cuello?

—Lo devolveré —le había dicho ella, que no había perdido el tiempo discutiendo.

En ese momento, una vez que ya estaba en el balcón, cayó en la cuenta de que su abuelo no se lo había discutido. Se había limitado a asentir con expresión un poco de perrillo tristón, mientras había procedido a describirle a Melissa la mejor manera posible de colarse en la mansión de la señorita Emily.

—Y debes ir esta noche —había añadido—. Según el periódico de esta mañana, la señorita Emily va a dar una fiesta. Siempre corta la alarma cuando celebra una.

—¿Y cómo sabes eso?

Él parecía ofendido y ella le había dicho que daba lo mismo.

—No importa. Está bien, iré esta noche.

Y allí estaba, en el balcón del dormitorio de Emily Radley, con un collar de medio millón de dólares en la riñonera, que además contenía varias herramientas de la profesión.

Resultaba una situación ridícula e inconveniente, pero lo peor de todo era que no había sentido tal emoción en los últimos ocho meses.

Estaba de nuevo en juego y disfrutando al máximo.

Teniendo en cuenta que oficialmente estaba jubilada, el nerviosismo y la emoción que sentía en ese momento no era buena señal.

En el jardín, pequeñas antorchas eléctricas bordeaban el camino de entrada a la casa. Intentaba permanecer en las sombras aunque resultaba difícil. Esperaba que a nadie se le ocurriera levantar la vista hacia el balcón. Si lo hacían, al menos esperaba que los

pantalones vaqueros elásticos de color negro y la camiseta de cuello Perkins contribuirían a su camuflaje.

Con cuidado de no hacer movimientos bruscos, probó el pomo de la puerta; los guantes de látex que se había puesto antes de entrar en el recinto le impedirían dejar huellas.

Cerrada.

Un pequeño inconveniente, pero no insuperable. Podría forzar la cerradura. Y si no podía, tenía una cuchilla especial para cristal en la riñonera. Sacó un conjunto de ganzúas y se puso manos a la obra. Un minuto… tres… cinco…

¡Diantres! Lo intentaría una vez más y si no la abría iba a tener que hacerlo a través del cristal. Introdujo la fina ganzúa en la cerradura y…

¡Por fin!

La cerradura giró y la puerta se abrió, gracias a Dios.

Entró en la habitación y automáticamente se colocó a un lado de la puerta, preparándose para el timbrazo de la alarma, aunque el abuelo le había asegurado que Emily la habría desconectado para la fiesta. Cuando pasaron quince segundos sin que se oyera nada, Mel se relajó y miró a su alrededor en el dormitorio iluminado por la luz de la luna, dejando que se le acostumbrara la vista a la oscuridad. Poco a poco fue distinguiendo varias piezas de mobiliario antiguo: una cama con dosel, unas butacas y una coqueta de cerezo, entre otras cosas.

El espejo antiguo con marco dorado ocupaba la pared del otro extremo del cuarto y Melissa se encaminó hacia allí, segura de que la caja fuerte estaría allí detrás. Se asomó por detrás de una esquina y como había previsto, descubrió la caja de caudales.

Con mucho cuidado levantó el espejo y vio la cara posterior de una caja fuerte de pared estándar. Sacudió la cabeza, sorprendida de que una persona tan adinerada como Emily Radley no tuviera una caja fuerte último modelo para guardar sus joyas, en lugar de aquel dinosaurio que podría abrir sin esfuerzo alguno.

Abrió rápidamente su riñonera y sacó un instrumento que la ayudó a escuchar los pequeños ruidos que se producían al marcar los números de la rueda. En cinco minutos adivinó los números y en seis minutos más los tenía ordenados formando la combinación correcta, que seguidamente marcó.

A los pocos segundos tenía la caja abierta. Tan fácil como montar en bicicleta.

La caja estaba llena de estuches de terciopelo, unos abiertos y otros cerrados. Algunos contenían hilos de perlas, otros pulseras de diamantes, zafiros que brillaban a la tenue luz de la luna o rubíes que centelleaban como el pecado.

Le costó mucho trabajo no entretenerse a curiosear entre las exquisitas piezas. Las joyas siempre habían sido su pasión, suponía que lo daba la profesión y allí se sentía como un niño con zapatos nuevos.

Pero no tenía tiempo.

Sí. Necesitaba espabilarse. Así que abrió de nuevo la cremallera de la riñonera y sacó el magnífico collar, cuyas gemas brillaban a pesar de la poca luz que se filtraba por la cristalera.

Sin duda alguna el collar era magnífico. Había visto algunas piezas preciosas en su carrera profesional, pero aquel collar era un ejemplar único. Parecía como si la llamara, como si le rogara que lo tomara entre sus manos; que le prodigara una simple caricia, un instante de regalo.

Ni hablar. En absoluto. Una idea nefasta.

Antes de cambiar de opinión, dejó el collar en el estuche y lo cerró. Entonces dejó éste en la caja fuerte, cerró la puertecilla y giró el dial.

Hecho. Gracias a Dios.

Entonces se quedó mirando fijamente la caja fuerte mientras se llevaba la mano al cuello. Ya estaba arrepintiéndose de no haberse probado el collar. ¿Después de todo, cuántas veces tendría una oportunidad como aquélla?

No la tendría nunca más porque ella había dejado aquel trabajo. Ésa hubiera sido su última oportunidad de sentir el fuego y el hielo acariciando su cuello. Se pasó la lengua por los labios. Tal vez si lo hiciera rápido… ¡Clic!

De repente aquel ruido resonó en la habitación.

A Mel se le aceleró el pulso mientras intentaba localizar el origen del ruido.

Silencio. ¿Habría sido tal vez un ruido de la casa? ¿El eco del ruido de la fiesta que se celebraba dos pisos más abajo?

Tal vez lo mejor sería colocar el espejo en su sitio y salir enseguida de allí.

Levantó el espejo a pulso y para sorpresa suya consiguió colgarlo sin hacer apenas esfuerzo. Lo enderezó y se retiró un poco para ver si estaba bien colgado.

Al retroceder fue cuando lo pisó. Era algo duro aunque maleable, como si fuera un pedazo de cuero.

Pisó con más fuerza y sintió que lo que fuera cedía un poco. Qué raro, parecía…

—¿Quiere hacer el favor de dejar de pisarme?

Sí. Parecía un zapato.

Capítulo 2

Mel se quedó helada, turbada por la voz profunda y aterciopelada del dueño del zapato. Entonces, muy despacio y con mucho cuidado, fue hacia la cristalera, en dirección contraria al zapato… y al hombre que lo llevaba puesto.

—¿Hola? —dijo de nuevo la voz melódica—. ¿Quiere darse la vuelta para no tener que mirarle la cola de caballo?

—Esto… no. En realidad prefiero no hacerlo —dijo mientras se decía que lo que quería era seguir avanzando hacia el balcón.

—Sígame la corriente —le dijo él en tono rotundo.

Mel emitió un leve suspiro mientras levantaba la mano y se la llevaba al pasador que le sujetaba la cola de caballo. Sabía que estaba jugando con fuego, pero necesitaba ganar tiempo y no veía otra alternativa. Desde luego no necesitaba que la ficharan ahora que estaba retirada, cuando en toda su carrera profesional jamás la habían detenido.

No. En ese momento estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa con tal de salir de allí sin que se enterara la policía. Y si eso significaba que tenía que utilizar su encanto, eso era exactamente lo que tenía intención de hacer. Después de todo, el abuelo había intervenido en más de una docena de películas. Sin duda ella habría heredado cierta habilidad para actuar.

Se quitó el pasador y la espesa melena que a Mel tanto le molestaba llevar suelta le cayó hasta media espalda. Entonces ella sacudió la mata de pelo, poniendo cuidado para que el gesto resultara lo más sensual posible sin darse la vuelta para mirarlo.

—Ya está —murmuró ella—. Ahora no tiene porqué mirarme la cola de caballo.

—No me refería precisamente a eso —le dijo y Mel notó que se había acercado un poco a ella.

—¿No?

En ese momento una mano la agarró del hombro y le dio la vuelta. Ella echó la cabeza hacia atrás, lista para empezar con el coqueteo, pero al ver a aquel hombre todo pensamiento racional la abandonó.

Impresionante. Cien por cien, total, positiva y tremendamente impresionante. Tenía el pelo rubio oscuro y unos ojos azules preciosos que la miraban con una mezcla de curiosidad e irritación. Además de eso, parecía tener un cuerpo de infarto: hombros anchos y una cintura estrecha acentuada por una camisa de vestir y unos pantalones sastre.

Al diablo con fingir el coqueteo; un hombre tan fabuloso como aquél merecía lo auténtico, una frase ingeniosa que le asegurara no sólo la libertad, sino también dejarlo perdidamente enamorado de ella.

Pero desgraciadamente el aturdimiento que sentía le impedía formar una frase coherente.

—¿Quién demonios es usted? —le preguntó él.

Mel se puso derecha y de pronto se sintió ridícula. Se había dejado llevar por la fantasía, había dejado que la emoción del collar le hiciera ver todo bajo otro prisma, incluido aquel hombre, aquel extraño. Eso no era una película, ni aquel el actor principal y tenía que concentrarse si quería salir de allí con su reputación y su ficha policial intactas.

Aspiró hondo y se obligó a mantener la calma.

—No soy alguien importante —dijo con una sonrisa.

Él no le había quitado la mano del hombro y Mel hizo lo posible para ignorar la oleada de deseo que la recorrió de arriba abajo. Parecía que aun sin quererlo ella, sus sentidos reaccionaban a la presencia de ese hombre. Sin embargo, ella estaba igualmente empeñada en controlar la situación. O al menos todo lo posible, teniendo en cuenta que era ella la sorprendida en el lugar y en el momento equivocados.

Alzó el mentón y lo miró a los ojos.

—Tal vez podamos hacer de esto nuestro pequeño secreto —sugirió al tiempo que aleteaba las pestañas de pura desesperación.

—¿Nuestro secreto?

Él frunció el ceño y le retiró la mano del hombro. Cuando distraídamente le rozó el brazo, Mel tuvo que controlarse para no estremecerse.

—Sí. Tal vez podamos —añadió él.

—¿De verdad?

Ella se aclaró la voz y trató de adoptar una postura más informal, más relajada y natural. No tenía ni idea de porqué él se mostraba dispuesto a echarse atrás, pero desde luego no pensaba discutir. Su abuelo no había criado a una boba.

—Eso creo —le dijo—. Mientras que esté limpia.

Ella arqueó una ceja.

—¿Cómo dice?

—Extienda los brazos y separe las piernas —le dijo él.

Mel se quedó pensativa un momento mientras intentaba decidir si ese hombre iba en serio o no. Parecía que sí, pero tal vez… Tras hacer un rápido cálculo mental, resolvió que no había manera de sobrevivir si echaba a correr hacia el balcón y entonces asumió la postura que él le indicaba.

El hombre le pasó las manos por los brazos, un cacheo puramente profesional, pero no tenía nada de profesional el calor que el roce de sus manos generaba en ella. Le presionó muy brevemente debajo del pecho y Mel tuvo que morderse la mejilla por dentro para que no se le pusieran los pezones duros. La situación tal vez fuera de lo más humillante, pero con aquel hombre a cargo resultaba a la vez de lo más emocionante.

Cerró los ojos y empezó a contar hacia atrás desde cincuenta, esperando que la actividad la distrajera. Hasta veinticinco le funcionó, pero a partir de ahí… En ese momento el desconocido le pasaba la mano por la cara interna de los muslos y ella pegó un respingo y se apartó un poco de él.

—Vale, vale —dijo ella—. Basta de eso.

Él se limitó a sonreír de medio lado pero no medió palabra. Bajó la vista y se fijó en sus manos.

—Bonitos guantes —entonces le señaló la riñonera—. Ábrala.

Ella lo hizo y él miró el contenido.

—Una estupenda colección de herramientas —dijo él—. ¿Quiere decirme qué hacía aquí?

—No.

Él asintió.

—De acuerdo. Entonces a lo mejor quiere contarme por qué forzó la cerradura sólo para mirar un collar de diamantes y dejarlo de nuevo donde lo había encontrado.

—¿Me ha visto?

—Entré justo cuando lo estaba colocando de nuevo en la caja fuerte.

—¿Entonces el cacheo era para asegurarse de que no me había guardado nada antes de que entrara?

—Chica lista.

—No.

Él frunció el ceño.

—¿No qué?

—Digo que no a su pregunta anterior. No, no quiero decirle lo que estaba haciendo.

—Ya sé. Es una de esas estudiantes de la Universidad Irvine de California, ¿verdad?

Ella se había licenciado por la Universidad Irvine, pero aun así

no tenía ni idea de lo que él le estaba diciendo.

—¿Qué le hace pensar eso? —le preguntó ella.

Él se pasó la mano por la cabeza, dando a su cabello una apariencia revuelta y sensual.

—Vamos, adelante. Ha salido publicado en el periódico. Travesura tras travesura, bromas de universitarios drogados. Son estupideces.

Ella asintió, intentando parecer ofendida.

—Sí, tiene razón. Lo son —se encogió de hombros—. Esto, disculpe.

Él resopló y ella se preguntó si iría a cambiar de opinión y a llamar a la policía. O tal vez al rector de la facultad. Había llegado el momento de interrumpir esa pequeña conversación y salir de allí.

—Bueno, esto, ha sido un verdadero placer, pero tengo que marcharme.

Él la miró de arriba abajo con curiosidad y sorpresa y sin querer Mel volvió a sentir aquel calor que le subía por las piernas, por el estómago y los pechos, hasta que pensó que ardería allí mismo. Entonces él sonrió con una de esas sonrisas que parecían decir: «*no puedes engañarme*». O tal vez la encontrara divertida. Sherezade consiguió aguantar mil y una noches por tener al Rey entretenido y mientras tanto conservó la vida.

A lo mejor su sonrisa era una buena señal. O a lo mejor había perdido la noción de la realidad.

Pero, bien mirado, ella no tenía el control en aquel pequeño escenario.

El hombre se plantó delante de ella y aunque sólo le sacaba una cabeza, a Mel le pareció que se cernía sobre ella como un gigante. Tragó saliva y aspiró hondo, pero a punto estuvo de retroceder de nuevo. Tenía una presencia y una fuerza arrebatadoras y Mel notó que sólo por el hecho de estar allí tan cerca de ella el pulso se le aceleraba.

¿Qué diablos le estaba pasando? Se puso derecha e intentó volver al momento real, a la realidad de haber sido sorprendida forzando una cerradura y entrando en esa habitación; no al momento imaginario en el que aquel hombre guapísimo y elegante descubría su encanto y se la llevaba muy lejos.

Pasado un momento él dejó de mirarla a los ojos y retrocedió hacia la puerta que daba al pasillo del segundo piso de la casa de la señorita Emily. Agarró el pomo de la puerta.

—No tiene sentido que se juegue el cuello bajando por el enrejado —le dijo—. La acompañaré a las escaleras de servicio. Puede salir por la puerta de atrás.

Melissa ladeó la cabeza y lo miró con sospecha. Aunque estaba

deseando salir corriendo de allí, algo le decía que eso no estaba bien.

—¿De verdad que me va a acompañar a las escaleras y ya está? ¿Nada más? ¿No me va a interrogar? ¿Ni me va a torturar?

Él se encogió de hombros.

—Lo siento. Hoy no.

—¿Por qué? —le preguntó ella con suspicacia.

—Parece una joven agradable.

—Lo soy, sí, pero…

—Bueno, por eso mismo. Trate de no juntarse con esa panda en la facultad. No le conviene.

Entonces, cuando el hombre le hizo un gesto en dirección a la puerta para que se diera prisa, Mel se dio cuenta de algo. Él tampoco tenía que estar en aquella habitación. Se le veía deseoso de marcharse, demasiado indiferente en cuanto a su presencia allí.

¿Habría ido a llevarse el collar? Mel no tenía ni idea, pero hasta que no lo averiguara no tenía intención de marcharse. Se había jugado el cuello para devolverle aquel collar a la señorita Emily y no pensaba dejar que aquel charlatán de mirada sensual robara a la anciana.

Además, toda vez que estaba completamente segura de que no la entregaría a la policía, la emoción había vuelto a escena. Y sin duda era mucho mejor que practicar el bungee jumping.

Una vez tomada la decisión, se sentó en un elegante diván que había en el dormitorio de la señorita Emily y cruzó las piernas.

—Pensándolo bien —dijo, esbozando una sonrisa—, creo que voy a quedarme un ratito más.

Kyle se pasó la mano por la cabeza mientras pensaba en levantar en brazos a aquella joven menuda y ponerla de patitas en la calle. Pero no lo haría. Para empezar no estaba bien maltratar a las mujeres. Además, no tenía ni idea de lo que estaba tramando ella. Al principio, cuando la había visto, el corazón se le había acelerado, seguro de que habría violado el santuario de la señorita Emily. El cacheo le había demostrado lo contrario. Desgraciadamente, también había conseguido que se le acelerara el pulso, pero por otra razón totalmente distinta al miedo.

Se dijo que su empeño por sacarla de allí se debía al deseo de ponerse él manos a la obra; pero nada más pensarlo supo se estaba engañando a sí mismo. Lo cierto era que había intentado sacarla del dormitorio de Emily por lo atractiva que le había parecido.

Teniendo en cuenta lo bien que le sentaban esos pantalones negros tan apretados, sabía que cualquier hombre habría reaccionado del mismo modo. Porque aquella pequeña ladrona era sin duda una mujer muy bella. Y más que bella le parecía

despampanante, con aquellos grandes ojos verdes que lo miraban en la oscuridad, cargados a partes iguales de una mezcla de ingenuidad fingida y rebeldía controlada.

Kyle trató de ignorar la ironía. Con la de cientos de mujeres que su abuela le había presentado y la única que de pronto le parecía atractiva era una jovencita a la que había sorprendido en una posición de lo más comprometida. No tenía ni idea de lo que eso decía de su carácter, pero en ese momento no le importaba. La había observado en silencio mientras ella dejaba el collar en el estuche para después meterlo en la caja fuerte. Había forzado la entrada en casa de su abuela, pero no había robado nada.

¿Entonces a qué diantres había ido allí?

En realidad no se tragaba la historia que él mismo le había sugerido, de que fuera una estudiante universitaria. Qué casualidad que ella le hubiera confirmado sus palabras un poco al buen tuntún y con suma prontitud… ¡Pero qué más daba si eso era o no cierto! En ese momento había otras cosas más apremiantes; porque, si no se equivocaba, tenía menos de quince minutos para que Emily subiera buscándolo.

No tenía elección. En compañía o no, había llegado el momento de continuar con lo que había ido a hacer allí. Se volvió hacia la caja fuerte y giró el dial con la combinación que conocía desde que era adolescente. Al momento se abrió la puerta y sacó el estuche que había visto a Emily robar de la habitación de Frances.

Abrió el estuche para confirmar que el collar estaba de verdad allí y se lo guardó en el bolsillo de la americana. Al día siguiente cambiaría la cerradura de la puerta cristalera del balcón de Emily y la convencería para que dejara la alarma activada incluso durante las fiestas.

—Vamos —dijo con total naturalidad mientras avanzaba hacia la puerta—. Nos vamos por aquí.

—¿Vamos? —repitió ella—. ¿Vamos? —reiteró con énfasis—. ¿Va a marcharse así? ¿Con el collar?

—Bueno, podría haberla arrestado por allanamiento de morada, pero como no se ha llevado nada, creo que la policía se echaría a reír y la dejarían marchar. No creo que valga la pena el esfuerzo.

Kyle sabía que eso no era en absoluto cierto, pero había quedado muy bien. Y ni por asomo quería que se implicara la policía. Si Frances se olía de algún modo lo que Emily había hecho, insistiría a los agentes hasta que no les quedara otro remedio que presentar cargos contra su abuela.

—¿Entonces me va a dejar marchar, así sin más? —insistió ella.

—Se reduce a eso, sí.

Ella lo miró con fastidio.

—Es usted el que está robando el collar —Mel le señaló el bolsillo con gesto acusador—. ¿Dónde demonios cree que va con eso?

—Voy a devolvérselo a su dueña —contestó él.

Ella se puso pálida y Kyle se dio cuenta de que no hacía falta ser un genio para ver que había dado en el clavo.

—De acuerdo —dijo él—. Hable.

—¿A quién se refiere cuando dice «su dueña»? ¿Acaso ese collar no pertenece a la señorita Emily? —señaló con vaguedad hacia su bolsillo.

—Pertenece a Frances Mclntyre.

—¿Quién es?

—La hermana de Emily.

—¡Ah! —frunció el ceño—. No, eso no puede ser verdad.

—Créame. Es cierto.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Demuéstremelo —le dijo Mel.

—Claro —respondió él—. Ningún problema.

Kyle esperaba que su voz trasmitiera más seguridad de la que sentía, porque no tenía ni idea de si habría o no manera de demostrarlo. Su única esperanza era la arraigada costumbre familiar de ponerle etiquetas a todo. El padre de las dos mujeres había sido peón de granja y Emily, Frances y sus padres habían pasado muchos años mudándose de una finca a otra, dependiendo del trabajo. Según Emily, su hermana y ella habían aprendido a ponerle una etiqueta con su nombre a todo. Si no lo hacían, los demás niños que vivían en el campo acababan quedándose con sus cosas y las pertenencias de las niñas pronto quedaban en nada.

Sacó el estuche del bolsillo y cruzó los dedos con el pensamiento. Entonces abrió el estuche, mostrando el impresionante collar. Pero no perdió tiempo disfrutando de la vista. En lugar de eso inspeccionó la alhaja y enseguida se fijó en el cierre. A los pocos segundos Kyle sonreía de oreja a oreja. Miró a la joven y se acercó a enseñarle el collar.

—Parece que llevo razón, cariño. Creo que es hora de que la acompañe a la puerta.

Ella se acercó un poco más y frunció el ceño al ver una F y una M grabadas en el metal del cierre.

—¿Y cómo sé yo que va a devolver el collar? —le preguntó finalmente Mel—. Que yo sepa podría estar robándolo en este momento.

Él la miró con expresión pensativa. Entonces se metió la mano en el bolsillo y sacó su pequeño teléfono móvil. Se lo lanzó a ella y se sorprendió al ver que lo atrapaba con una sola mano.

—Llame a la policía.

Aguantó la respiración, rezando para que no le pusiera en evidencia.

Ella agarraba el teléfono con nerviosismo

—Pensé que era yo la que estaba devolviendo el collar —dijo finalmente—. A su dueña —lo miró a los ojos—. A Emily.

Él sacudió la cabeza.

—¿Devolviéndoselo? ¿Quiere decir que vino aquí con el collar?

Ella asintió y entonces él suspiró largamente. Eso le enseñaría a no tomar conclusiones precipitadas. La verdad era que no se había tragado la historia de que fuera una estudiante universitaria, sino que había supuesto que sería una de esas jóvenes que iba en busca de emociones fuertes, con la intención de comprobar si podía colarse en el dormitorio de Emily y abrir su caja fuerte. Pero si ella decía que había ido a devolver el collar, eso suscitaba un montón de preguntas nuevas.

—Entonces mintió —le dijo él—. No es estudiante.

Ella se encogió de hombros.

—Lo siento. Es un fallo mío.

Él se frotó la sien.

—¿Cuál es la verdadera historia? ¿De dónde ha sacado el collar y por qué lo ha devuelto?

—Sólo deseo ser una buena samaritana.

—No sé porqué, pero no me trago esa respuesta.

—Tal vez tenga problemas para confiar en los demás.

Él ignoró su comentario.

—Bueno, alguien le ha informado mal sobre el lugar donde debía devolver el regalo. Pertenece a Frances y allí es donde quiero llevarlo ahora mismo.

—¿Y se supone que yo debo creerlo? Que yo sepa, podría estar llevándoselo a una casa de empeños.

Él arqueó una ceja, pero permaneció en silencio, esperando a ver qué diría ella después de eso. Sabía que diría algo. No se había pasado horas sin fin interrogando a sospechosos sin aprender unos cuantos trucos.

Pero ella no dijo nada y de momento pensó que acababa de conocer a una de las suyas. Cuando finalmente cedió, él tuvo que reconocer que había sido dura. No había muchas personas capaces de mantener la boca cerrada durante tanto rato en esa clase de situación.

—Mire, amigo. Usted no tiene más permiso que yo para estar en este cuarto. Y no hay modo de que vaya a dejarle salir de aquí con ese collar.

—Yo diría que tengo un poco más de autoridad que usted.

—¿Ah, sí?

Alzó la barbilla y Kyle tuvo que reconocer que la encontraba muy sexy. A pesar de no tener ningún argumento a su favor, seguía discutiendo. En otra situación, con cualquier otra mujer, el gesto le habría parecido muestra de total obstinación. Pero esa mujer parecía tenerlo embrujado. Lo cual era algo muy sencillo, aunque no algo que quisiera analizar en ese momento. Ya tenía bastante entre manos como para ponerse a pensar en el modo de incluir a una ladrona sexy y bonita en la mezcla.

—De acuerdo —continuó ella—. Demuéstrelo.

—Me llamo Kyle Radley. Emily es mi abuela; Frances mi tía abuela.

—¡Ah…!

Ella pestañeó con evidente asombro y él pensó que se había anotado un tanto a su favor. La bella ladrona se iría y él podría volver a sus cosas.

—¿Y qué? —añadió ella.

Él resopló. Se había adelantado.

—Pues que éste es un asunto de familia. Le agradezco que me haya traído el collar. Ahora voy a devolvérselo a su verdadera dueña.

—Lo siento, pero no me lo trago.

—¿Cómo dice?

—Quiero que ese collar vuelva donde debe estar, que no es en su bolsillo. Y no me importa de quién sea usted nieto o sobrino.

—Se lo he explicado —dijo él—. Voy a devolverle el collar a mi tía abuela.

—Eso es lo que ha dicho. ¿Pero cómo sé yo que es cierto? A lo mejor intenta robar el collar. ¿Sabe cuántos robos se dan entre familiares?

En realidad sí que lo sabía; lo sabía muy bien. Pero no dijo nada.

—Usted dice que pertenece a Frances —continuó diciendo ella —. Muy bien. Creeré lo que dice. Pero o bien lo deja aquí en la caja fuerte de Emily, o bien quiero verlo en casa de Frances —ladeó la cabeza—. ¿Ha visto *En Busca del Arca Perdida*?

—Pues claro —contestó él, demasiado aturdido por la incongruencia como para hacer otra cosa que no fuera contestar.

—Hasta que no vea ese collar en su sitio, parece que le ha salido una compañera —sonrió—. Y pienso pegarme a usted como una lapa, caballero.

Mel puso los brazos en jarras, empeñada en no perder de vista a aquel hombre hasta que el collar fuera depositado en donde debía estar, fuera con Emily o con Frances.

Tal vez él fuera un familiar, pero no confiaba en él y si robaba el

collar, el abuelo estaría metido en un buen lío. Tal vez la policía no se daría cuenta de que había sido él quien lo había robado en primer lugar, pero no podía contar con eso. Necesitaba dejar todo bien atado si quería dormir tranquila, sin tener que preocuparse por su abuelo.

Además, quería seguir actuando limpiamente. ¿Y cómo iba a hacerlo si no sabía con seguridad que él no se quedaría con la joya? No podía.

Lo cual significaba que tenía la intención de quedarse a su lado hasta que él cumpliera lo que había dicho. Medio millón era mucha tentación. Y aunque Kyle fuera guapo a rabiar, eso no quería decir nada. Había conocido a algunos ladrones muy apuestos en esos años, pero también aprendido a base de palos que una no debía fiarse de una cara bonita.

—Muy bien —dijo cuando su prolongado silencio empezaba a inquietarla—. Salgamos de aquí, entonces.

Se quitó los guantes de látex y se los guardó en la riñonera.

—No lo creo.

Mel arqueó una ceja.

—No recuerdo haberle pedido su opinión.

Él la estudió y ella se puso derecha para hacerle entender que no pensaba discutir con él.

—Se lo he dicho —añadió Mel—. No va a librarse de mí. Hágase a la idea.

Pareció que o bien sus palabras o su lenguaje corporal funcionaron, porque pasado un momento él asintió con brevedad.

—Bien. No vale la pena discutir. Iremos por la mañana.

—Sí, claro. Como que voy a dejar que se largue y perderlo de vista durante ocho horas. Vamos ahora mismo.

—Es más de medianoche. No podemos ir.

Ella suspiró.

—¿Y por qué diantres no? Ella tiene mayordomo, ¿no? Nos presentamos allí, le da el collar al mayordomo y luego nos vamos a casa.

—Frances no sabe que le falta el collar. Y no quiero que se entere.

Bueno, eso no se lo podía discutir.

—Entonces vamos ahora, nos colamos en su casa, dejamos el collar en su sitio y salimos.

—Tiene una alarma de las más modernas. Yo mismo la instalé.

Estuvo a punto de indagar un poco más, pero decidió que no importaba.

—Puedo desconectarla.

Él negó con la cabeza.

—Lo dudo.

Ella se cruzó de brazos y levantó el mentón.

—¿Se apuesta algo?

—No, iremos por la mañana —repitió él, que la agarró por el codo y la condujo hacia la puerta—. A primera hora.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Y mientras tanto? ¿Vamos a quedarnos aquí hasta mañana por la mañana?

—Aquí no —dijo él—. Pero vamos a pasar la noche juntos —él sonrió de oreja a oreja y la miró divertido—. Aún faltan muchas horas para la mañana.

Él avanzó hacia ella. La proximidad de ese hombre le aceleraba el pulso. Entonces él le acarició un mechón de pelo ondulado y sonrió.

—¿Entonces dígame, cariño, se le ocurre algo divertido para pasar el rato?

Capítulo 3

Mel aspiró hondo mientras se decía para sus adentros que su cuerpo no debía reaccionar de ese modo. Sabía que él sólo intentaba provocarla y desde luego no quería darle la satisfacción de ver cómo reaccionaba a esa provocación.

Así que decidió darle un poco de su propia medicina. Le tendió la mano y esperó a que él se la diera. Tenía los dedos tibios y fuertes y cuando le dio un leve apretón, ella lo miró a los ojos.

Había llegado el momento de salir de allí y de la casa.

—Voy a intentar que salgamos sin ser vistos. Simplemente actúa con naturalidad. Y si alguien nos ve, deja que hable yo.

Ella asintió. Eso le parecía bien, aunque esperaba fervientemente que nadie los viera. No llevaba puesto ningún cartel que dijera que era una ladrona, pero tampoco iba vestida para poder mezclarse en una fiesta de Emily.

Desde el dormitorio de Emily, que se encontraba en el segundo piso, bajaron por una impresionante escalinata con barandilla de madera tallada. Se oía una suave música de jazz y el ruido amortiguado de las conversaciones. Por un momento Mel se imaginó en una pista de baile, dando vueltas mientras Kyle la abrazaba con fuerza.

Sacudió la cabeza al tiempo que renegaba de su ridículo romanticismo. Estaba aguantándola porque ella se había pegado a él. Eso era todo. Nada más. Y en cuanto el collar estuviera en casa de Frances seguramente no volvería a ver a Kyle Radley.

Cuando llegaron al primer piso, él le colocó la mano en la espalda y la condujo al lado opuesto de la escalera.

—Quédate pegada ahí —le susurró él—. Vamos a intentar pasar a la escalera de servicio para que nadie de los que están abajo se percate de nuestra presencia.

Por ella, estupendo. Dieron unos cuantos tímidos pasos en esa dirección y justo cuando Mel estaba segura de que estaban a salvo, se oyeron pasos en las escaleras más abajo. Kyle maldijo entre dientes y Mel estuvo segura de que estaban a punto de sorprenderlos.

Le agarró la mano con fuerza. Tal vez no fuera su caballero blanco, pero en ese momento era lo mejor que tenía.

Más abajo, Emily Radley se deslizaba por el rellano del primer piso. La famosa Emily Radley; la diosa de la gran pantalla y protagonista de al menos cinco de las películas clásicas favoritas de Mel. Desde el primer momento sabía en casa de quién estaba, pero hasta que no vio a Emily Radley en persona no asimiló del todo la realidad de la situación.

Emily debió de oír algo, porque levantó la cabeza y agitó la mano.

—Kyle, cariño. Ahí estás. Llevo un buen rato buscándote por todas partes.

—Lo siento, abuela —dijo él, avanzando escaleras abajo hacia Emily—. Tuve que ayudar a una amiga.

—Siento mi atuendo —dijo Mel, desesperada porque la mujer no creyera que siempre iba vestida así—. Esto, he tenido una avería en el coche cerca de aquí y llamé a Kyle al móvil y… —su voz se fue apagando, dándose cuenta de que no tenía idea de cómo continuar.

—Siento que hayas tenido problemas con el coche, Me… querida —le tomó la mano a Mel y le dio un apretón comprensivo y consolador—. Y estás preciosa. El negro es un color que siempre está muy de moda.

Mel asintió, incapaz de entender del todo que una experta en moda diera por bueno su atuendo.

La señorita Emily se fijó en Kyle, que no le había soltado la mano a Mel.

—¿Has llamado a Turner?

—No hace falta, abuela.

—¿A Turner? —preguntó Mel con curiosidad.

Kyle la miró con fastidio, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—Es mi chófer —le explicó Emily—. También es mecánico, por supuesto.

—Creo que soy capaz de cambiar una rueda pinchada —comentó Kyle.

La señorita Emily soltó a Mel un momento y le dio a Kyle una palmada cariñosa en la mejilla.

—Por supuesto que sí, cariño —se volvió hacia Mel—. Pensé que conocía a todos los amigos de Kyle. ¿Tú eres…?

—Encantada de conocerla —dijo Mel.

No pensaba darle su verdadero nombre y en ese momento se estrujaba el cerebro para inventarse uno antes de que la señorita Emily se lo preguntara directamente.

—Abuela, te presento a mi amiga Grace —dijo Kyle.

Mel se quedó mirándolo boquiabierta. ¿Grace? ¿De dónde diablos se había sacado eso?

—Grace, te presento a mi abuela, Emily Radley.

Emily tomó las manos de Mel entre las suyas.

—Es un placer conocerte, Grace. ¿Hace mucho que os conocéis?

—En realidad no. Podría decirse que nos conocimos de casualidad e hicimos buenas migas enseguida —se volvió a mirar a Kyle con los ojos muy abiertos y expresión inocente—. ¿No lo dirías así?

—Sí, fue más o menos así —la agarró del brazo justo por encima del codo y le dio un leve apretón.

Cuando Kyle tiró de ella hacia atrás, la señorita Emily tiró hacia delante y Mel se sintió como si fuera una cuerda de la que se tiraba al mismo tiempo de los dos extremos y ella tiró con fuerza para soltarse de Kyle mientras le echaba una mirada de fastidio.

Él la miró del mismo modo.

—Deberíamos marcharnos —dijo Kyle.

—¡Oh, queridos míos, es una verdadera pena! ¿No podéis quedaros ni siquiera a tomar una copa? Seguro que el coche de Grace puede esperar.

—No, tenemos que…

—Me encantaría —lo interrumpió Mel—. Nos encantaría tomar una copa.

Kyle frunció el ceño, pero Mel se limitó a encogerse de hombros. Quería quedarse. Adoraba a Emily Radley y en otras circunstancias habría dado su brazo derecho por estar en una de sus fiestas. Y teniendo en cuenta que no volvería a tener otra oportunidad igual, lo mejor era aprovechar la que le había brindado el destino.

—La verdad es que deberíamos cambiar esa rueda —le dijo Kyle, que habló despacio y con mucha claridad, como si fuera estúpida.

—No seas tonto —dijo ella—. El coche no se va a mover de ahí —arqueó una ceja—. Además, no tengo que estar en ningún sitio en particular hasta mañana por la mañana.

Con eso, por supuesto, sabía que había ganado una batalla.

Y entonces, mientras él apretaba los dientes, ella le echó una sonrisa ingenua, sabiendo muy bien que seguramente tendría ganas de matarla.

Le entraban ganas de matarla.

¿Pero qué diantres estaba haciendo? Él intentando escapar y ella derecha a meterse en la boca del lobo.

¿Acaso no se daba cuenta de que había por lo menos una docena de mujeres en la planta baja empeñadas en inmiscuirse en su vida amorosa? Iban a pensar que ella era su chica de la semana y eso era algo a lo que no tenía ningún deseo de enfrentarse.

Frunció el ceño y siguió a Emily y a Grace, «*la mujer misteriosa*» al piso de abajo. Como iba detrás de ellas, Kyle aprovechó para observarla. Era esbelta y atlética y tenía la cintura firme y el trasero prieto. Le había echado el brazo a su abuela para ayudarla a bajar las escaleras con mucho cuidado.

Kyle volteó los ojos. Tal vez su invitada fuera una ladrona, pero la señorita Emily era una auténtica bruja ya que su abuela no necesitaba ninguna ayuda para bajar esas escaleras.

—Ahora, Grace —dijo Emily mientras las mujeres continuaban bajando—. ¿Nos conocemos de antes?

Grace volvió la cabeza y esbozó una sonrisa tímida.

—No. No he tenido ese gusto.

—¡Qué extraño! —dijo Emily—. Tu cara me resulta tan familiar —le dijo Emily mientras le daba unas palmadas en el brazo—. No importa. Ahora ya nos conocemos.

Las mujeres continuaron charlando, Kyle se quedó verdaderamente asombrado de que la chica supiera tantas cosas de su abuela, hasta que llegaron al salón.

Emily miró al director de la orquesta y levantó un dedo. En ese momento, la orquesta empezó a tocar *Bésame Ya, Melissa* y de repente Grace empezó a palmotear y a moverse al son de la música.

—¡Oh, Dios mío! Es mi canción favorita. Mi abuelo y yo solíamos bailarla cuando yo era niña —se volvió hacia Emily tan emocionada que Kyle no pudo menos que sonreír—. Y estuvo fabulosa en el papel de Melissa. *Besos Robados* es una de mis clásicas favoritas.

—También es una de las que más me gustan a mí —dijo Emily —. Yo misma enseñé a Kyle a bailar esta melodía. ¿Te acuerdas, querido?

Kyle sonrió.

—¡Oh, sí! Me acuerdo muy bien.

En realidad, esas clases de baile estaban entre sus recuerdos más agradables. Aunque, francamente, todos esos veranos que había pasado con su abuela habían sido especiales. Un anhelado respiro después de pasarse la vida recorriendo mundo con sus padres diplomáticos.

Mientras las mujeres sonreían, él le tendió la mano a su abuela.

—Por los viejos tiempos —le dijo Kyle.

Pero ella no le dio la mano. Colocó la mano de Grace en la mano de su nieto y empujó a la chica con suavidad a los brazos de Kyle.

—Por los viejos tiempos no —dijo Emily—. Por los nuevos recuerdos. Enseña a Grace lo buen bailarín que eres.

Kyle abrió la boca para protestar, pero la sensación de tener entre sus brazos a esa mujer lo dejó mudo. Quería bailar con ella;

en ese momento no había nada que le apeteciera más que eso. Y así la condujo hacia la pista, siguiendo al son de la música mientras daban vueltas bajo las centelleantes luces de la araña de cristal.

Kyle cerró los ojos y se dejó llevar por la melodía.

—¿De dónde te has sacado lo de Grace? —le preguntó ella finalmente.

—De *Atrapa a un Ladrón* —contestó Kyle sin más explicación.

—¡Ah! —Mel hizo una pausa—. Es una de mis películas favoritas.

—Y mía —reconoció él.

Bailaron en silencio un rato más.

—Gracias —le susurró ella al oído en tono bajo.

—¿Por qué? —le preguntó Kyle.

—Por dejar que bajáramos. Por bailar conmigo —se encogió de hombros—. Quiero decir, por poder estar aquí y conocer a tu abuela. Sé que querías marcharte, pero…

—Calla —le dijo en voz baja, incapaz de ocultar su sonrisa.

Esa chica pasaba de ser dura a ser una fan enloquecida. Desde luego le parecía muy divertida.

—Ya no estoy enfadado. Sólo quiero que no armes jaleo y que escuches la música y tal vez incluso consiga olvidar que he estado enfadado.

Ella asintió, al principio algo tensa, pero poco a poco empezó a relajarse y terminó apoyando la cabeza en su hombro. Y mientras se deslizaban por la pista de baile, Kyle quiso olvidarse de que ni siquiera conocía a esa mujer, a esa ladrona; de que su abuela le había quitado el collar a su tía abuela… y de que su negocio estaba a punto de quebrar.

En ese momento lo único que deseaba era abrazarla, sentir las curvas suaves de su cuerpo amoldándose al suyo mientras oía sus suaves suspiros de placer. Era dinámica y alegre y Kyle se sentía en la mismísima gloria.

Y mientras continuara la canción, no tenía intención de hacer nada más.

—Sí, sí —susurró Emily por teléfono

Estaba haciendo una llamada a tres desde un teléfono que había en una alcoba justo al lado del salón de baile.

—Ahora mismo están aquí —añadió.

—¿Y crees que el plan está funcionando? —le preguntó Frances —. ¿Tan pronto?

—Están bailando —dijo Emily, incapaz de contener la emoción —. Y se les ve muy acaramelados.

—Pues claro que está funcionando —dijo Gregory con firmeza al otro lado de la línea telefónica—. Nunca dudé de lo que decía

Emily.

—Estuve a punto de meter la pata y llamarla Melissa —confesó Emily.

—¡Por amor de Dios…! —soltó Frances—. No nos estropees el plan.

Emily no respondió. Por el bien de los niños era capaz de mostrarse civilizada con su hermana.

—Tendré cuidado —prometió—. Y ya sabes que van a ir más tarde a tu casa.

—¿En mitad de la noche? No lo creo. Kyle tiene modales y no me despertará.

—¿Despertarte? —dijo Gregory en tono ciertamente ofendido—. Mi Melissa es capaz de meterse en tu casa sin esfuerzo alguno.

—Desde luego que sí —dijo Emily, intentando hacer de pacificadora—. Pero como Frances se va a retirar pronto, no importa. Frances, querida, mira en tu joyero en cuanto te levantes y dinos si te han devuelto el collar.

—A sus órdenes —dijo Frances y Emily se la imaginó haciendo el saludo militar.

—¿Algo más de qué informar? —preguntó Gregory.

Emily pensó en contarle lo que había comentado Melissa acerca de la canción. Se lo imaginaba, todo atildado y distinguido, dejando que una niña se colocara sobre sus zapatos relucientes para poder enseñarla a bailar. Pero al final se guardó esa reminiscencia en el corazón.

—Ya está —le contestó—. Brindo por el éxito.

Los tres repitieron las palabras de Emily antes de colgar. Y Emily regresó al salón a atender a sus invitados.

—¿Cómo os conocisteis?

—Me parece tan agradable saber que Kyle tiene una joven amiga…

—¿Y a qué te dedicas, querida?

Mel miraba de una mujer a otra al tiempo, cada vez más aturdida con sus comentarios y preguntas. Había estado en la gloria entre los brazos de Kyle, feliz de ser una invitada en una fiesta de Emily Radley. Pero eso…

Empezaba a ver las desventajas; las razones por las que Kyle había preferido saltarse la fiesta y salir directamente por la puerta de servicio.

Esas mujeres tenían un plan y si no se equivocaba, estaba en el menú de Kyle como posible manjar.

Él lo había sabido, por supuesto, que las mujeres los rodearían y atacarían. Y por esa razón la había abandonado después del baile. Era su venganza.

Sonrió educadamente a las mujeres, agradecida de que ninguna se hubiera dado cuenta aún de que estaba evitando todas sus preguntas con suma habilidad.

Alzó la vista por encima del mar de cabeza gris azuladas y lo miró a los ojos, esperando que entendiera que necesitaba volver a su lado. En ese mismo instante.

Él alzó una copa de champán que tenía en la mano como si le estuviera ofreciendo tomar una. Ella suspiró y asintió. Champán, vino, whisky solo… Cualquier cosa que la ayudara a pasar aquel mal trago.

Lo cierto era que, en circunstancias normales, tal vez incluso hubiera disfrutado de ello. Como se había educado con sus abuelos, se llevaba bien con la gente mayor. Pero esas circunstancias no eran normales.

—¿Estáis saliendo Kyle y tú, querida?

Empezó a pensar en una respuesta, pero afortunadamente, en ese momento el mismo Kyle apareció a su lado y le pasó una copa. Acto seguido le tomó la mano libre y le entrelazó los dedos. Aparentemente fue un gesto superficial, aunque a ella no le pareciera así; sobre todo porque él le apretaba los dedos con firmeza y suavidad al mismo tiempo y también porque la miraba con esa sonrisa de medio lado y esos ojos soñadores que la encandilaban.

—Mira, Abby —dijo él, entrando en la conversación—, sabes que no estoy saliendo con nadie en particular en este momento.

Mel sintió un alivio enorme cuando oyó lo que decía Kyle. Qué ridiculez.

La mujer de gafas sonrió y golpeó el suelo de parqué delante de él con la punta de su bastón.

—Pero puedo tener esperanzas.

—Señoras —dijo, echándole el brazo a Mel—. Me temo que Grace y yo tenemos que marcharnos.

¡Por fin!

—Ha sido un placer conocerlas.

Se despidieron de unas cuantas personas más y salieron al vestíbulo principal. Emily los acompañó hasta la puerta y les dio un beso a cada uno.

—Ha sido un placer conocerte, Grace. Y ahora que ya nos conocemos, por favor, me gustaría que fuéramos amigas.

—¡Gracias! —respondió Mel con sumo entusiasmo.

Emily Radley le había expresado su deseo de que fueran amigas. ¡Oh, el abuelo no se lo iba a creer!

A la salida, un mayordomo vestido con un abrigo blanco recogió el ticket que le daba Kyle y desapareció apresuradamente entre las

sombras del jardín.

—¿Un mayordomo?

—A mi abuela le gusta tirar la casa por la ventana cuando da una fiesta.

—Eso veo —se pasó la lengua por los labios—. Bueno, esto, gracias.

—¿Por qué esta vez? —le preguntó él.

—Por sacarnos de ahí.

—¿Ves como no te he dicho «*te lo dije*»?

Ella frunció el ceño.

—Tienes suerte de que no esté enfadada contigo. Tú me echaste a las fieras.

—Sí, claro.

—Muchas gracias —añadió Mel.

—Lo siento —dijo, aunque no lo sentía—. Supongo que asumí que serías capaz de pensar con rapidez.

Ella lo miró con fastidio.

—Claro —añadió Kyle con expresión divertida—. Eres una ladrona, no una estafadora. Lo entiendo.

Ella abrió la boca para responder, pero entonces se lo pensó mejor y decidió mirarse las uñas de las manos. Lo malo fue que no pudo encontrar una uña que no se hubiera mordido; así que se metió las manos en los bolsillos.

Cuando llegó el coche, no supo si se sentía aliviada o decepcionada. Era un Jeep Grand Cherokee. Un vehículo fabuloso, sin duda fuera de su alcance, pero teniendo en cuenta quién era su abuela, Mel habría esperado algo más ostentoso. Un Ferrari, tal vez; o quizás un Volkswagen rojo.

—La limusina está en el taller —dijo él.

Ella se puso colorada y no dijo nada, desconcertada al ver que él le había adivinado el pensamiento.

Se metió en el coche y se puso el cinturón. Permaneció en silencio mientras circulaban por la autopista de la costa del Pacífico. En un par de ocasiones lo miró de reojo y decidió que su primera impresión no le hacía justicia. Kyle Radley era más que guapo. Era como una ambrosía para sus ojos. Absolutamente perfecto en el exterior, tenía que reconocer y además muy agradable. Eso, por supuesto, le daba más puntos que ninguna otra cosa. Sobre todo porque sabía muy bien que si hubiera querido desembarazarse de ella podría haberlo hecho.

Ella le había dicho que se iba a pegar a él como una lapa, pero era la una de la madrugada, la carretera estaba vacía y pesaba sin duda treinta kilos más que ella. Si paraba el coche y la dejaba tirada a un lado de la carretera, Mel no habría ganado ninguna batalla.

La idea le hizo reflexionar y le echó otra mirada de soslayo. Lo cierto era que no tenía pinta de ir a cometer tal barbaridad.

Melissa se dijo que su único interés allí era asegurarse de que el collar regresaba a manos de su auténtica dueña. Temía, sin embargo, estar engañándose a sí misma y que sus prioridades hubieran variado.

Salieron de la autopista y se metieron en una pequeña urbanización justo detrás de Pizza B. en Playa Laguna. Unos cuantos giros después, Kyle detuvo el coche cerca de un bungalow encantador delante del cual había un jardín de césped perfectamente cuidado. El bungalow era veinte veces más pequeño que la casa de Emily; pero lo que le faltaba en espacio se compensaba con la sensación acogedora que tenía la vivienda.

—Hogar, dulce hogar —dijo Kyle.

—Me encanta —comentó Mel.

Lo decía en serio y cuando entró le gustó todavía más. La casa era más grande de lo que parecía. Tenía los suelos de tarima y las paredes pintadas de blanco. El efecto habría sido austero de no ser por el mobiliario cálido y los cuadros alegres. En general, la casa resultaba muy acogedora y por ello del gusto de Mel.

—Pasa —le dijo él y ella lo siguió a la cocina—. ¿Tienes hambre?

En ese momento se dio cuenta del hambre que tenía.

—Estoy muerta de hambre.

Él le indicó que se sentara a una mesa.

—Ponte cómoda —abrió la nevera, pero entonces pronunció un sonido de disgusto y volvió la cabeza—. ¿Esto, te gustan los cereales?

Ella intentó no sonreír.

—¿La leche está caducada?

—Caducó hace tres días, pero no pasa nada. Tengo cereales de tres clases.

—Me gustan todos —respondió ella.

—Menos mal —dijo él con alivio.

Mel sirvió cereales en dos cuencos, añadió leche y azúcar y empezaron a comer.

—¿Teniendo en cuenta el esfuerzo que acabo de hacer para que te alimentes, no crees que me debes el resto de la historia?

—No —respondió Mel.

—Si hay alguien que le esté robando a mi abuela, creo que tengo derecho a saberlo.

Seguramente no le faltaba razón. Mel se metió otra cucharada en la boca mientras consideraba qué hacer. Momentos después estaba contándole la historia, o por lo menos lo más importante.

Mientras le contaba lo que había pasado, se sorprendió de que estuviera mostrándose tan sincera con él. ¿Pero por qué no contárselo? Él ya conocía lo fundamental y como entre ellos no había nada. En realidad, aunque fueran a vivir una tórrida y apasionante aventura, no duraría. No podría durar. Él ya sabía demasiado.

—¿Entonces tu abuelo le robó el collar a Emily y te lo dio a ti?

Ella se encogió de hombros.

—Se supone que está jubilado. No puedo creer que haya hecho una bravuconada como ésta sólo por mí.

En ese momento él le tomó la mano y la miró con expresión tierna.

—¿Tan mal estás de dinero? —le preguntó.

Mel fijó la vista en la mesa, intentando ignorar lo que estaba sintiendo mientras él le acariciaba la palma de la mano con el dedo pulgar.

—¿Grace?

Mel se quedó mirándole la mano. El roce de sus dedos le provocaba un calor por todo el cuerpo que le llegaba hasta los pies. Vaya… Parecía que estaba metida en un buen lío.

Inmediatamente retiró la mano y se soltó de él.

—Estoy bien —soltó—. Sólo necesito tener claro lo que quiero ser de mayor.

—Eso es difícil —dijo él.

Ella lo miró y vio que él le sonreía.

—Sí —dijo mientras metía de nuevo la cuchara en el cuenco de cereales—. De momento, lo único que sé es que me he retirado de una vida de delincuencia. Así que el trabajo que haga en el futuro debe ser legal.

Él sonrió de nuevo.

—Seguramente un buen criterio para empezar.

—En mi familia no es una de esas cosas en las que uno puede confiar.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta —afirmó él.

Pasado un rato, él se levantó y llevó los cuencos al lavavajillas.

—Escucha —le dijo a Mel—. Será mejor que durmamos un poco. Frances suele levantarse temprano para estar preparada para recibir visitas a partir de las diez. Puedes dormir en mi dormitorio yo me acuesto en el sofá.

Melissa se sintió más decepcionada de lo que hubiera querido reconocer por el hecho de que él no fuera ni siquiera a intentar nada. Sabía que era una tontería pensar de ese modo, pero lo malo era que se sentía atraída hacia ese hombre. Y sabía que ella también le gustaba a él. Y lo que más le molestaba era que él parecía tener

mucha fuerza de voluntad. Porque, si no tuviera tanto miedo de hacer el ridículo, se le insinuaría sin perder ni un momento.

—No voy a echarte de tu cama —dijo finalmente—. Yo me quedo con el sofá. Además, no tengo intención de dormir. Me tumbaré a leer.

—¿Tienes miedo de que me escape mientras roncas?

—Yo no ronco —dijo ella, fastidiada de nuevo al ver que le había leído el pensamiento—. Pero en lo que se refiere a lo otro, sí.

Él asintió.

—Tienes todo el derecho. Y como yo sí que voy a dormir, me quedo con la cama. Y tú deberías dormir un rato —levantó la mano —. Te prometo que no me marcharé sin ti.

Quería confiar en él. Pero la costumbre y el instinto no la dejaban. Así que en lugar de dormir se tumbó en el sofá y pasó el rato leyendo con la esperanza de poder concentrarse en los artículos de las revistas en lugar de hacerlo en las fantasías de Kyle Radley que ya empezaban a obsesionarla.

Kyle se despertó solo, e inmediatamente se preguntó por qué había cometido el fallo de meterse así en la cama. Se había pasado la noche flotando en un sueño erótico protagonizado por los muslos esbeltos y los pechos redondos y suaves de Grace. Y lo peor era que estaba totalmente seguro de que de habérsele insinuado, podría haber gozado de lo real en lugar de quedarse sólo con la fantasía.

Pero eso habría sido una idea nefasta. La noche anterior había tenido que echar mano de toda la fuerza de voluntad posible, de modo que no pensaba dejarse llevar en ese momento por el instinto.

El reloj despertador de la mesilla de noche marcaba sólo las seis y diez de la mañana. A pesar del dolor de cabeza, Kyle se incorporó y se sentó en la cama. Sólo había dormido cuatro horas y sabía que ya no se volvería a dormir.

Fue a la cocina a preparar un poco de café; si ella no había conseguido dormir iba a necesitarlo más que él. Sirvió café con leche en dos tazas y las llevó al salón. Cuando llegó y la vio, no pudo evitar sonreír. Estaba enroscada debajo de una manta de punto marrón que había comprado en Tijuana un verano y abrazada a un almohadón.

Al verla allí tan serena y tan bella, Kyle tuvo que aguantarse para no acercarse y tocarla, a ver si era de verdad o sólo un ensueño.

Sabía que Frances no estaba levantada todavía, así que se le ocurrió que lo mejor era dejar dormir a Grace. Regresó a la cocina y se sentó a revisar las cuentas de su negocio. El negocio estaba bien de momento, pero a no ser que consiguieran algunos clientes nuevos pronto, el pequeño beneficio que daba la empresa

desaparecería. Su situación era normal en una empresa que llevaba poco tiempo en marcha; pero en ese caso había algo más que eso. En cuanto Driskell divulgara lo del robo, Kyle tendría problemas.

Por el momento Driskell se había mostrado razonable; ¿pero quién sabía cuánto duraría eso?

Se terminó de tomar el café, se levantó y se sirvió una tercera taza. De vuelta a la mesa, sacó de su maletín el correo del día anterior.

Un logotipo familiar le llamó la atención y Kyle sacó el sobre de entre los demás. Seguros de Vida Fidelidad Moderna. La compañía de seguros de Driskell. ¡Dios mío!

Kyle abrió el sobre con manos temblorosas y sacó la carta, que leyó rápidamente y con inquietud.

¡Malditos sinvergüenzas! Los del seguro intentarían quedarse con su empresa para pagar las pérdidas de Driskell.

Según decía la carta, Fidelidad Moderna iba a presentar una demanda con fecha doce de agosto para que Sistemas Integrados, la empresa de Kyle, pagara una indemnización. Eso le daba ocho días para pensar en algún modo de salvar su empresa. Porque en cuanto se presentara la demanda, no había vuelta atrás. La prensa se enteraría de la historia y tanto la empresa, como Kyle y Brent, su socio, quedarían de incompetentes.

Todo aquello era como una pesadilla. Sin poderlo remediar Kyle hizo una pelota con el papel y la lanzó lejos. Entonces se quedó sentado mirando lo que acababa de lanzar, hasta que el hombre de negocios que llevaba dentro lo obligó a ir a recoger la carta del suelo.

La guardó en su maletín y después se dirigió al salón. Sólo quería verla. Sólo una mirada para borrar el mal sabor de boca que se le había quedado.

Seguía durmiendo. Kyle se quedó mirándola y al rato se dio cuenta de que estaba sonriendo. Hacía mucho tiempo que no había tenido a una mujer en su casa y la que tenía delante en ese momento lo atraía e intrigaba al mismo tiempo.

Si tenía un poco de inteligencia, iría solo a casa de Frances. Si se marchaba en ese momento seguramente podría volver antes de que Grace se despertara. Pero sabía que no podía hacerlo así. Ella había dicho que era su compañera y lo cierto era que a él le había gustado la idea. Claro que a ella no se lo iba a reconocer.

Grace se movió y entonces abrió un poco los ojos. Segundos después, miró confundida a su alrededor. Kyle la observó mientras ella terminaba de despertar y de recordar dónde estaba.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —le preguntó mientras se incorporaba despacio.

—Una hora más o menos —dijo él.

—Me he quedado dormida…

—Ya lo he visto.

—Ya veo que sigues aquí, que no me has dejado.

Él se encogió de hombros.

—Sí, bueno, te dije que no lo haría. Así que, vayámonos y acabemos este asunto.

Fue entonces cuando ella sonrió y al verla él no pudo evitar que se le derritiera un poquito el corazón.

Capítulo 4

—¿Más zumo de naranja, Grace?

Frances le rellenó el vaso antes de que la pobre chica pudiera siquiera contestar y al momento siguiente pasó a servirle más huevos revueltos.

Kyle hizo lo posible para no echarse a reír. Desde que Grace y él habían entrado por la puerta, Frances había asumido que eran pareja.

Cualquier otra mujer se habría tal vez escondido bajo la mesa y rezado para que nadie se fijara en ella. Grace no. Estaba aguantando el tipo con Frances y Kyle se preguntó si además de ladrona sería una embaucadora.

Ese pensamiento le recordó porqué habían ido a casa de su tía abuela; así que cuando se terminó su vaso de zumo dejó la servilleta junto a su plato y se puso de pie.

Frances lo miró.

—¿Has terminado? —le preguntó con expresión preocupada—. No iréis a marcharos ya, ¿verdad? Acabáis de llegar.

—Pues claro que no —dijo Kyle—. Hemos venido a charlar un rato. Después de que anoche Grace conociera a Emily se dio cuenta de que mi tía era la famosa Frances Dormant y estaba deseando conocerte.

—Al principio me dio su verdadero nombre, Frances Mclntyre —dijo Grace—. Hasta que no conocí a Emily no lo relacioné. Sí, usted es una de mis actrices favoritas y le rogué a Kyle que nos presentara.

Se habían inventado esa historia por el camino. Y Kyle sabía por la expresión de su tía que había sido un buen plan. En un mundo donde Emily solía llevarse toda la atención, unos cuantos halagos hacia Frances hacían mucho.

—Mclntyre es mi nombre de casada —dijo Frances—. Daniel, que Dios le tenga en su gloria, era un hombre anticuado y quiso que yo tomara su nombre y que me retirara después de casados. Era el presidente de una gran empresa y le importaban mucho las apariencias. Por supuesto yo lo hice —le dio unas palmadas a Grace

en la mano—. En esa época las cosas eran distintas, hija mía.

Grace sonrió.

—En mi opinión eso no es nada malo. Sobre todo si se hace por amor.

Frances sonrió de nuevo y Kyle se sintió muy orgulloso; un tanto ridículo ya que no había ido allí a presumir de Grace delante de su tía.

Entonces retiró la silla y se puso de pie.

—Le prometí a Grace que le enseñaría la sala de arriba. Y después, que a lo mejor le daría una vuelta por la casa. ¿Te parece bien?

—Me encantaría —dijo Grace.

El plan era llevar a Frances a la sala y entonces, mientras estuviera contándole a Grace historias del pasado, Kyle saldría un momento y dejaría el collar en la caja fuerte del dormitorio de su tía abuela.

—Subid vosotros primero —dijo Frances—. Mi artritis me está empezando a fastidiar. Me quedaré aquí abajo a tomarme un café tranquilamente.

Kyle frunció el ceño. Frances llevaba años sin quejarse de las rodillas.

—¿Estás bien?

—Pues claro, claro que sí, hijo. Es la edad.

Aquello no le convenció mucho, pero no podía discutir con su buena suerte. Si Frances se quedaba abajo, Grace y él no tendrían que preocuparse de tener que despistar a su tía para devolver el collar a su sitio. En realidad, la situación no podría haberse presentado mejor si la hubiera planeado.

Grace lo miró a los ojos y él se encogió de hombros y le tendió la mano.

—Vamos, te haré un recorrido.

—Me encantaría ver la sala —dijo Grace en cuanto estuvo segura de que Frances no la oiría—. Frances nunca tuvo tanto éxito como Emily, pero de verdad que es una de mis favoritas.

—Estoy seguro de que le encantaría saberlo —le dijo Kyle—. Dejemos primero el collar —añadió—. Podemos pasar por el salón a la vuelta.

De camino al dormitorio de Frances, Kyle estuvo pendiente por si oía a su tía, seguro de que cambiaría de opinión y los seguiría. Pero no oyó nada y al poco estaban solos en su floreado dormitorio. Kyle cerró la puerta.

—La caja de caudales está detrás del Monet.

Grace observó la pintura.

—¿Es original?

—Que yo sepa, sí.

—¡Caramba…!

Él esperó, pero ella no hizo nada.

—Grace. El cuadro.

—¿Qué?

—La caja fuerte. ¿Es que no la vas a abrir?

Ella pestañeó y lo miró.

—¿Cómo dices?

—El collar. La razón por la que estamos aquí. Para devolverlo, ¿te acuerdas?

—Bueno, sí. Pero pensé que eras tú quien iba a devolverlo.

Él frunció el ceño. No se sabía la combinación de la caja fuerte de Frances.

—¿Es que no puedes abrirla? —le preguntó Kyle.

Ella se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—Aprecio el voto de confianza, pero no tengo un oído supersónico y no me he traído mis herramientas.

—Las tenías antes.

—Sí, están en tu coche. No me di cuenta de que estaba de servicio. Podemos ir por ellas, pero Frances empezaría a sospechar.

—Bien. De acuerdo.

En realidad, no recordaba que Emily hubiera sacado el collar de la caja de su hermana.

—Sólo tenemos que dejarlo en un sitio donde lo vea, un sitio donde no parezca que ha aparecido ahí por arte de magia.

—¿Como por ejemplo en el cajón del tocador?

Grace se acercó a una coqueta antigua y abrió uno de los cajones. Desde donde estaba, Kyle vio que estaba lleno de cepillos de pelo, cosméticos y otras cosas de mujeres.

—Perfecto —sacó el estuche de su bolsillo—. Déjalo debajo de un pañuelo o algo así; que no esté demasiado escondido. Queremos que lo encuentre.

—¿Y si no lo encuentra? —le preguntó Grace—. ¿Y si llama a la policía y dice que se lo han robado?

—Me enteraría —dijo Kyle—. O bien me lo dice a mí, o me entero por mis amigos en la policía. Si fuera así, me pasaría por aquí a echar un vistazo y fíjate, me lo encontraría de casualidad.

—Me parece bien —dijo ella.

Pero cuando lo estaba metiendo en el cajón, hizo una pausa y se mordió el labio inferior.

—¿Qué pasa?

Mel se puso colorada y bajó la cabeza.

—Es que… mi abuelo quería que me lo quedara. Y ya sé que no es posible, pero… Es que nunca he visto nada tan bonito en mi vida

y…

Se encogió de hombros y cuando lo miró vio que él estaba sonriendo.

—Vamos —le dijo él—. Pruébatelo.

—¿De verdad? —se pasó la lengua por los labios e hizo una mueca.

—Te lo digo en serio. Si te apetece jugar un rato a las princesas, adelante.

—¿En serio?

—En serio.

Se acercó a ella y le quitó el collar de las manos. Ella estaba frente al espejo, en cuyo reflejo se encontraron sus miradas. Él le puso el collar y se lo abrochó; mientras maniobraba con el complicado cierre, le rozó la parte de atrás del cuello con las puntas de los dedos. Ella se estremeció ligeramente y él ahogó el deseo de inclinar la cabeza y besarla con mucha delicadeza. Se dijo que lo que sentía era ridículo y sentimental y que era mejor no explorar esos instintos.

Dejó que la melena le cayera por los hombros antes de volverse a mirarlo. El collar resplandecía a la luz de la lámpara que colgaba del techo. Esa mañana se había quitado el suéter de cuello vuelto negro y se había puesto una de las camisas de Kyle. Los dos primeros botones estaban desabrochados y el collar llenaba la abertura, destellos de fuego y hielo descansando sobre un cuello gracioso y elegante.

Él deseó poder acariciar los finos huesos de las clavículas, inclinarse y besarla justamente ahí. Por supuesto no lo hizo, sino que se limitó a decirle sin más que estaba preciosísima.

Mel no pudo evitar sonreír al oír las palabras de Kyle.

—Cualquier chica estaría preciosa con tantos diamantes —comentó.

—Tal vez, pero tú estás más que preciosa. Y sin duda mereces probártelo.

Mel no podía seguir mirándolo.

—Gracias. No pienses que estaba buscando un elogio. Sólo es que…

Se encogió de hombros; no podía explicarlo. Además, le daba la sensación de que él entendía lo que sentía, de que de nuevo había podido adivinarle el pensamiento.

Se llevó la mano al collar y acarició las piedras.

—Son tan bellas…

—Sí —le dijo él, que estaba detrás de ella—. Tú también lo eres.

Mel apartó los ojos de su reflejo en el espejo y se dio la vuelta para mirar a aquel hombre. Los diamantes debían de estar

afectándola más de lo que habría pensado, porque en ese momento lo único que deseaba era sentir sus manos acariciándola, sus labios besándola. Sabía que se estaba dejando llevar por la fantasía, pero no le importaba. Si ella estaba haciendo el papel de princesa, él estaba haciendo el de príncipe y de verdad quería que la tomara entre sus brazos y le hiciera soñar.

Avanzó un paso. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, la mirada fija en la de él. Sus ojos azules se oscurecieron, como el mar al anochecer y entonces él le rozó la mejilla con un dedo que deslizó por el labio inferior.

El pulso se le aceleró y todo su cuerpo despertó. Deseaba sus caricias, sus besos y por eso se inclinó hacia delante, lista para tomar lo que esperaba que él le ofreciera de buena gana.

Sus labios se unieron y él le hundió los dedos en los cabellos. Mel sintió que le temblaban las piernas, que ya no la sujetaban más y agradeció que él le echara el otro brazo a la cintura.

Sus labios la besaban con ardor y exploraban su boca a conciencia, satisfaciéndola y atormentándola. Deseaba más, pero sabía que era imposible. No en ese momento. Seguramente nunca.

Él le acarició el cabello, el cuello, la espalda, antes de deslizar la mano para tocarle el trasero. La apretó con fuerza contra su cuerpo, hasta que el muslo de ella estuvo precisamente entre sus piernas y sintió su miembro largo y duro presionándole la carne. Esa presión le estaba volviendo loca, pero se concentró tan sólo en el beso, en el sabor de su boca, en su olor masculino que le embriagaba los sentidos.

¡Santo Dios, la estaba volviendo loca!

Entonces él se movió y ella se dio cuenta de que la estaba empujando hacia la cama. Su cabeza le decía que protestara; el resto de ella lo siguió de buena gana, deseosa toda ella de sentir sus caricias. La tumbó sobre la cama y se colocó a horcajadas encima de ella antes de empezar a desabrocharle los botones de la camisa. Uno, dos…

Mel aspiró hondo y se estremeció al sentir el roce de sus dedos en su piel. Él se inclinó y la besó justo por debajo del sujetador y Mel estuvo segura de que alcanzaría el clímax en ese mismo momento.

Le enredó los dedos en el pelo, deseosa de que le diera más, deseosa de…

A lo lejos se oyó el timbre de la puerta de la casa y Mel volvió en un instante a la realidad. Se sentó en la cama y rápidamente se abrochó la camisa mientras Kyle se retiraba.

Aspiró hondo, pero era incapaz de mirarlo a los ojos. ¿En qué habrían estado pensando?

—Salvados por la campana —dijo él de pronto con humor.

Ella se pasó la lengua por los labios.

—Dejemos el collar en el tocador y salgamos de aquí antes de que… —se quedó callada—. Bueno, antes de que volvamos a distraernos.

—Sí, buena idea.

Mel se puso de pie y se arregló un poco la ropa, intentando ignorar mientras lo hacía, el calor persistente que sus caricias le habían provocado. Seguía deseando más, pero sabía que todo eso era una auténtica ridiculez. Él ni siquiera sabía su verdadero nombre y en cuanto todo eso hubiera terminado, iba a regresar a su casa para no volver la vista atrás.

Así era como debía ser. Tal vez hubiera una atracción, pero no pensaba liarse con un hombre que sabía que ella había sido una ladrona. Jamás podría respetarla y no quería pasar cada día preguntándose si confiaba o no en ella.

¿Pero por qué estaba pensando en todo eso? No tenía sentido, dadas las circunstancias. Lo que tenía que hacer era dejar de pensar en tonterías y salir de allí lo antes posible.

Se llevó las manos al cierre del collar e intentó quitárselo. Imposible.

—Se ha enganchado.

—Déjame a mí —le dijo Kyle.

Se dio la vuelta y se levantó el pelo para que él pudiera maniobrar mejor. Mel aguantó la respiración e intentó dejar de pensar en el roce de sus dedos; pero no funcionó. Lo único que tenía en mente era darse la vuelta y perderse de nuevo entre sus brazos.

Claro que no era un plan muy bueno.

Parecía como si Kyle le hubiera hecho un encantamiento, un hechizo destinado a robarle el sentido común…

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo él en cuanto le desabrochó el collar.

Ella asintió ya que la voz no parecía salirle.

Dejaron el collar en el cajón, debajo de un fular y luego lo cerraron. Entonces salieron del dormitorio de Frances y bajaron por las escaleras. Se despedirían de Frances y saldrían de allí. El aire fresco del océano le devolvería a la realidad y cuando Kyle la dejara en la parada de autobús que había cerca de casa de Emily Radley, habría vuelto a ser ella misma.

Se dijo que estaba deseándolo. Pero eso, por supuesto, era una gran mentira.

Capítulo 5

—¿Has oído algo de lo que te he dicho?

Kyle dejó de pensar en Grace y miró a Brent Connors, su jefe técnico y mano derecha, que en ese momento se paseaba de un lado al otro delante de la mesa de Kyle.

—¿Qué es lo que has dicho? —le preguntó Kyle.

—He dicho que ya estamos bastante apretados de dinero. No necesitamos un ayudante nuevo.

—No es algo que se pueda discutir, Brent. Si queremos que el negocio florezca, necesitamos ayuda.

Brent se desplomó sobre la silla que había frente al escritorio de Kyle, se echó hacia atrás y apoyó los pies sobre la mesa.

Kyle hizo un gesto irritado en dirección a las suelas de los zapatos de Brent.

—¿Te importaría?

—¿Ayuda? —dijo Brent—. ¿Pero de qué hablas?

—De llevar un negocio, Brent.

Tal vez su socio poseyera el treinta por ciento del negocio, pero era Kyle el que hacía el cien por cien del trabajo diario gracias al cual la empresa marchaba. Además de eso, era el que daba la cara, el ex policía que conseguía clientes, el vínculo con la comunidad y en general el que se ocupaba de las relaciones públicas mientras Brent se dedicaba únicamente a diseñar e instalar los sistemas de seguridad.

Hasta el momento ese reparto de tareas había funcionado bien y Kyle veía grandes beneficios para el futuro. Pero esos beneficios dependían de poder salir o no del lío en el que se habían metido con el caso Driskell.

Habían trascurrido tres días desde que había dejado a Grace en la parada de autobús de Playa Laguna y salvo alguna que otra fantasía, había estado las pasadas treinta y seis horas centrado en su negocio. Pero ni siquiera eso bastaba. El pago de algunas factura y algunas llamadas habían quedado desatendidas. Si no quería que el negocio se fuera a pique, incluso mientras intentaba salvarlo, iba a tener que contratar a alguien que echara una mano con el trabajo

de oficina. Porque en ese momento la prioridad de Kyle no sólo era la de encontrar el fallo en el sistema de seguridad que le habían instalado a Driskell, sino también repararlo. Y para eso necesitaba todos sus recursos: el tiempo, el dinero y Brent.

—Ya nos las arreglaremos —dijo Brent.

Su socio tenía un modo de leerle el pensamiento que resultaba tanto desconcertante como reconfortante. Brent había diseñado el sistema de seguridad de Driskell y había hecho la instalación. Era un tipo que se tomaba su trabajo muy en serio y le había jurado a Kyle que el sistema era insondable. Sin embargo, después del robo, Brent se había visto obligado a reconocer que algo iba mal.

—¿Cómo? —le preguntó Kyle—. ¿Cómo vamos a averiguar lo que pasa si no disponemos de tiempo para dedicárselo al problema? —tomó un montón de currículums que la agencia de trabajo temporal le había enviado la tarde anterior—. No, anoche tomé una decisión. Voy a contratar a un ayudante de oficina y ya está. No hay más que hablar.

Brent no respondió. En lugar de eso sacó un dólar de plata del bolsillo y empezó a darle vueltas entre los dedos.

Kyle sacudió la cabeza, exasperado. Brent no quería enfrentarse a la situación, no quería reconocer que su sistema fallaba, que necesitaba revisarlo. Pero era cierto y él necesitaba que su socio se centrara.

Brent lanzó la moneda al aire y Kyle se rindió ante la no tan sutil indirecta.

—¿Vale, vale, qué tal te fue en la mesa de juego?

—Gané tres de los grandes. No está mal, ¿eh?

—No está mal —concedió Kyle.

Qué pena que el dinero estuviera en el bolsillo de Brent y no en la cuenta corriente de la empresa.

—¿Entonces vas a pasar una temporada sin ir? —añadió Kyle.

Brent se guardó la moneda y se enderezó en el asiento.

—En realidad no; vuelvo mañana.

Kyle cerró los ojos y suspiró.

—¿Maldita sea, Brent, qué es lo que acabo de decirte? Sabes que te necesito aquí.

—Vamos Kyle, sabes que el ruido del casino me inspira.

—Olvídalo, Brent.

Brent frunció el ceño.

—¿No puedo al menos trabajar desde casa, o me vas a encadenar a la oficina?

Kyle alzó las manos.

—Dejé las esposas cuando abandoné el cuerpo. En casa me parece bien. Sólo tienes que venir a la ofi un par de veces al día

para ver el progreso que vamos haciendo.

—Bien. Lo que sea.

Kyle se pasó la mano por la cabeza, pensando en la lista de cosas que tenía que hacer y que no dejaba de crecer.

—Y para que lo sepas, ésta es la razón por la cual voy a contratar a un ayudante. Si voy a tener que dirigir esto solo, necesito a alguien que haga el trabajo de oficina. Así que si te atreves a decir que estás en contra de que traiga a alguien, te juro que iré a ese casino y romperé esa máquina tragaperras.

Brent se echó a reír.

—Estabas muy pensativo cuando he llegado. ¿Pensabas en algo o en alguien en particular?

Kyle alzó la cabeza rápidamente.

—¿Cómo dices?

—¡Ja! —Brent soltó una risotada—. Lo sabía; es cierto —se puso las mano detrás de la cabeza y se arrellanó en el asiento—. ¿Y cómo es que no he oído hablar nunca de esta chica? ¿Te has enamorado, o qué?

¿Se habría enamorado?

—Sí, ella… —su voz se fue apagando y levantó la vista para mirar a su socio—. ¿Cómo te has enterado?

—Bueno, mi tía abuela estuvo en la fiesta de la señorita Emily. Y como sabe que trabajamos juntos, me preguntó quién era tu novia nueva. Imagina mi vergüenza cuando yo, tu socio y tu mejor amigo, no pude darle ningún detalle jugoso.

—Una tragedia, lo sé. Pero no tengo detalles jugosos que ofrecer.

—¿No?

—Lo siento.

Brent sacó un chicle de un paquete y se lo metió en la boca.

—Bueno, al menos dame alguna pista. ¿Quién es? ¿Está buena?

—Sí, está muy buena y sólo es una chica que he conocido. Necesitaba que la ayudaran a cambiar una rueda.

Kyle no tenía idea de porqué no quería contarle la historia a Brent. A lo mejor porque no quería revelar los secretos de Grace. O tal vez porque le diera vergüenza de que, a pesar de haber pasado por delante de la parada de autobús cada día, no había sido capaz de verla otra vez. No podía decirle a Brent quién era porque ni él mismo lo sabía.

Y ese detalle le había quitado el sueño tanto como sus preocupaciones laborales.

Sonó el telefonillo junto a la puerta y Kyle se puso de pie.

—Mi primera entrevista.

Brent volteó los ojos.

—Me largo. Que te diviertas.

Pero en lugar de algún joven buscando una oportunidad, fue la señorita Emily la que entró en la oficina. Le dio a Kyle un beso y entonces tomó asiento en la silla que Brent acababa de dejar libre.

—¿Ocurre algo?

—No, todo va bien. Como tenía que pasar por el banco he decidido hacerte una visita.

—Y qué más…

—Bueno, llevaba unos días sin saber nada de ti y se me ocurrió venir a ver cómo estabas. Y también a ver qué tal estaba Grace.

Ya estaba. Sabía que Emily no se presentaría sin un plan. Aunque, cosa rara, Kyle sintió un alivio enorme al ver que sólo era su vena de casamentera lo que la había llevado hasta allí y no otra cosa peor.

—Hace días que no veo a Grace —dijo él con la mayor naturalidad posible.

Si Emily se daba cuenta de que no sabía cómo localizar a Grace, le enviaría a la Policía Montada del Canadá a ayudarlo.

Emily frunció el ceño con preocupación.

—¿Os habéis peleado? —le preguntó su abuela.

Él negó con la cabeza.

—Nada de eso. Siento que te llevaras una impresión equivocada, pero la verdad es que no nos conocíamos tan bien.

Pensó en el beso que se habían dado y deseó que se hubieran podido conocer un poco mejor. Se aclaró la voz, con la esperanza también de que se le aclararan un poco las ideas.

—Sólo la ayudé a salir de un apuro.

—Entiendo.

Emily se puso de pie y empezó a pasearse por la habitación. Kyle la observó un momento antes de preguntarle.

—¿Ocurre algo?

—¡Oh, no!

Pero lo dijo en tono algo alterado, de modo que Kyle no la creyó. Además, sabía exactamente lo que ocurría. Su abuela había supuesto que Grace y él eran pareja y que sus días de casamentera con él se habían acabado.

Y la posibilidad de que su abuela pasara a intentar endilgarle otra mujer le resultaba cada vez menos atractiva. Si iba a haber una mujer en su vida, quería que fuera Grace. A pesar de lo poco que sabía de ella, no podía negar el impacto que esa chica le había causado.

—¿Currículums?

Él levantó la vista sorprendido y vio a su abuela con el montón de papeles en la mano.

—Sí. Necesito un ayudante para la oficina —se miró el reloj—.

En realidad, la primera candidata debería estar aquí ya. La agencia me tiene preparadas unas diez entrevistas para hoy.

—¿Te vas a pasar todo el día haciendo entrevistas?

—Sí, ¿por qué? ¿Quieres que te entreviste a ti también?

Era una broma, pero Emily no parecía haberla entendido; porque en lugar de echarse a reír, estaba ceñuda.

—A mí no, claro. Pero estaba pensando en lo de la ayudante… Mmm… Vaya, sí, creo que eso podría funcionar.

Él la miró con interés.

—¿Abuela, de qué estás hablando?

—De ayudarte, de eso hablo. Está claro que necesitas un ayudante —esbozó la más deslumbrante de sus sonrisas—. La verdad es que se te ve cargado de trabajo.

Eso no podía discutírselo.

—Y ahora me tengo que marchar —añadió la mujer.

—Acabas de llegar, abuela.

—Tengo que hacer unos recados —dijo—. Y tú tienes esas entrevistas —se detuvo a la puerta—. Buena suerte, querido. Estoy segura de que encontrarás a la mujer adecuada.

Y con eso se marchó. Pero Kyle se quedó con la clara impresión de que no se había referido a ninguna empleada para la oficina.

Mel arrugó la nariz. ¡Ese aroma, ese olor! Se acurrucó bajo las mantas mientras su aturdido pensamiento luchaba entre los retazos del sueño de Kyle y el aroma del café que tan real le parecía.

¿Café? Ella no había puesto la cafetera.

—Hola, cariño mío. ¿Has dormido bien?

Abrió los ojos y vio a su abuelo con una taza de café delante de ella. Inmediatamente le quitó la taza de la mano y dio un sorbo. Mmm… Tal vez sobreviviera a ese día.

—¿Quién eres hoy? —le preguntó mientras lo miraba.

Él echó los hombros hacia atrás y se alisó el fino bigote canoso.

—Soy Cary Grant, en *Atrapa a un Ladrón*. ¿No se nota?

Ella estudió sus facciones, buscando una pista que le dijera que sabía lo de Kyle y el apodo que le había dado a ella. Pero gracias a Dios no vio nada. Seguramente sería una mera coincidencia que su abuelo hubiera escogido vestirse de Cary ese día.

Tomó otro sorbo de café. Le había gustado que su abuelo le llevara el café a la cama, pero podría haberse pasado un par de horas más soñando que bailaba con Kyle. Suspiró. Habían pasado tres días desde que la había dejado en la parada de autobús y desde entonces, cada noche había soñado que estaba entre sus brazos.

Pero por mucho que lo deseara o que soñara con él, sabía que sólo podría volver a verlo en sueños. No sólo pertenecían a mundos distintos, sino que también conocía su más oscuro secreto. Y la

regla número uno era no liarse jamás con alguien que supiera que había sido una ladrona.

A sus veinticinco años había tenido sus experiencias, pero jamás había estado con un hombre que hubiera encendido sus deseos del modo que lo había hecho Kyle. Con sólo rozarla ella se había derretido por dentro.

Kyle Radley era un auténtico bombón; qué pena que no pudiera ser suyo.

—¿Por qué me has despertado, abuelo?

Le había contado lo del collar y el hombre parecía haberse quedado conforme. Esperaba que no estuviera allí para anunciarle la adquisición de otro regalo de cumpleaños especial.

—Ha llamado Betsy. Tiene un trabajo que cree que te irá de maravilla.

—De acuerdo. ¿Quién es Betsy y por qué me está buscando trabajo?

—Una amiga mía. Tiene una agencia de trabajo temporal en Los Ángeles. Se me ocurrió que a lo mejor podría ayudarte y parece que no me he equivocado.

—¿De verdad? ¡Es fantástico! Gracias, abuelo.

—Se supone que debo asegurarme de que llegues a la una.

El abuelo miró el reloj e hizo una mueca al ver que era casi mediodía. Por supuesto, él no sabía que se había quedado despierta hasta las tres de la madrugada, enviando su curriculum por correo electrónico a un montón de empresas que había localizado en la red.

Le echó un vistazo al reloj y bostezó.

—Es imposible que llegue a la una.

Una pena. No tenía ni idea del tipo de trabajo que la tal Betsy le habría buscado, pero Mel estaba empeñada en no mostrarse caprichosa.

—Tonterías. Tienes tiempo de sobra.

Su mejor traje colgaba de una percha en la puerta. Sin duda el hombre tenía más energía que un niño de dos años.

—De acuerdo. Tú ganas —le pasó la taza para que le sirviera más café—. ¿Y dime, abuelo, por qué te ha dado de pronto por buscarme un empleo? ¿Te has dado cuenta por fin de que jamás me las arreglaré yo sola?

Frunció el ceño de pie delante del espejo y entonces empezó a cepillarse el pelo. Se había duchado por la noche y acostado con el pelo húmedo: la manera perfecta de tener el pelo horrible todo el día.

Su abuelo suspiró al otro lado de la puerta del cuarto de baño.

—Me preocupas. Y también te preocupan esos impuestos. Lo sé y

lo veo.

Ella sonrió, segura de que habría otra razón.

—¿Y qué más?

—Bueno, tal vez con esto intente acelerar un poco las cosas.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Mel.

—Quiero decir que hasta que no encuentres un empleo, no saldrás con ningún chico. Y hasta que no hagas eso no podrás casarte y tener hijos y por ende yo no tendré bisnietos.

Una imagen de la señorita Emily y sus amigas rodeándolos a Kyle y a ella se le pasó por la cabeza. Abrió la puerta del baño y asomó la cabeza.

—¿Pero qué os pasa a los de vuestra generación? ¿No tenéis nada mejor que poneros a hacer de casamenteros?

—Estoy viejo y cansado. Entrometerme en tu vida amorosa me mantiene ocupado.

Ella lo miró de arriba abajo. Su vista era excelente, tenía los hombros anchos y un cuerpo esbelto. Esa debilidad de la que hablaba era totalmente falsa.

—Mentiroso —dijo ella sonriendo.

—De acuerdo —respondió Gregory—. No estoy débil. Aun así, sigo queriendo tener bisnietos.

Eso sí que lo creía. Lo cierto era que ella también deseaba dárselos.

Y precisamente porque quería formar una familia tenía que conseguir un trabajo normal. Una vida en la que, si alguien le preguntara lo que hacía, no tuviera que mentir.

Cierto, el abuelo se las había arreglado, pero ella había visto el dolor en su mirada cuando la gente lo había rechazado por su reputación. En los años de apogeo de Hollywood, Gregory Tanner había sido un misterio, el apuesto y joven extra que podría haber sido o no «*El Gato*». Pero Hollywood había cambiado y también el modo en que la gente miraba a su abuelo. Tanto los que lo sabían como los que sólo lo sospechaban.

Mel había oído todas las historias habidas y por haber y había visto con sus propios ojos cómo el pasado podía afectar a las personas. Cómo los amigos y los familiares que uno creía que lo conocían y lo amaban, antes o después acababan rechazándolo. Igual que sus padres habían prohibido que el abuelo la viera. Qué ironía que el destino le hubiera otorgado la responsabilidad de criarla a partir de los once años cuando sus padres habían fallecido en accidente de coche.

No iba a dejar que lo mismo le pasara a ella. El abuelo había pasado tantos años al otro lado de la ley que en el presente estaba solo. Ella no. Ella ya se había retirado de la profesión y quería

empezar una vida nueva con una profesión nueva. Su pasado sería un secreto y haría todo lo necesario para que continuara siéndolo.

Lo primero era conseguir un trabajo de verdad.

Por muy tedioso, monótono o aburrido que pudiera resultarle.

La mujer que estaba sentada enfrente de Kyle sonreía con una sonrisa superficial; en el regazo tenía un portafolio de cuero de imitación. Parecía algo desgarbada, pero también se veía que conocía el trabajo y eso era en realidad lo único que le importaba.

Le echó un vistazo a su curriculum, intentando acordarse de su nombre.

—¿Y dime, esto, Terri, por qué dejaste tu otro empleo?

Ella se pasó la lengua por los labios y bajó la mirada al contestar.

—Mi novio y yo, bueno, nos fuimos a vivir a Irvine. Y, esto, no quería viajar cada día hasta Burbank, así que… —su voz se fue apagando.

Asintió y se aclaró la voz mientras ojeaba el informe que Betsy le había enviado. Terri tenía amplios conocimientos de informática y una recomendación brillante del director de una pequeña empresa manufacturera en el Valle de San Fernando. Había trabajado en el departamento comercial, había atendido el teléfono y llevado a cabo distintas funciones secretariales. Básicamente todo lo que Kyle necesitaba.

Salvo lo difícil que resultaba mantener una conversación con ella, la mujer era perfecta.

Había visto tres candidatas esa mañana y tenía la cuarta a la una.

Se preguntó si debía quedarse con la que tenía delante y cancelar la otra entrevista. Sólo que el curriculum de la que Betsy le había enviado por fax unas horas antes parecía muy interesante. Las calificaciones de Melissa Tanner parecían muy buenas; esperaba que por lo menos tuviera también un poco de personalidad.

En ese momento se oyó la campanilla que anunciaba la entrada de alguien en la zona de recepción adjunta al despacho de Kyle. Suspiró y se puso de pie.

—Perdone un momento —le dijo a Terri—. Creo que la siguiente candidata ha llegado antes de la hora prevista.

Cuando Kyle abrió la puerta se quedó helado. Allí estaba, la mujer por la que se había recorrido Playa Laguna; la mujer con la que llevaba tres días soñando. Allí estaba Grace, toda elegante con un traje de chaqueta verde y sin duda tan sorprendida como él.

Avanzó un paso, temeroso de que ella saliera corriendo de allí y le tendió la mano.

—¿Melissa Tanner? —sonrió—. Soy Kyle Radley. Encantado de

conocerla.

Capítulo 6

Melissa no solía quedarse sin habla, pero incluso ella sería la primera en reconocer que ésa no era una situación muy habitual. Resultaba al mismo tiempo tremendamente fortuita y tremendamente complicada. Complicada sobre todo porque se había dicho que no quería volver a ver a Radley; y fortuita porque eso era precisamente lo que más había deseado hacer.

Y de pronto lo tenía allí delante, con un aspecto tan fabuloso… tan sexy y… ¡Santo Dios, estaba metida en un buen lío!

Se aclaró la voz, intentando hablar con naturalidad.

—Yo, esto, entiendo que tienes una oferta de trabajo.

Él parecía no poder apartar los ojos de ella.

—Es difícil localizarte, Grace Melissa Tanner.

—Sí, bueno yo… —balbuceó—. ¿Me has estado buscando?

Sólo de pensarlo sintió un escalofrío de emoción y sin darse cuenta se puso más derecha.

—La verdad es que sí —contestó Kyle.

—¿Por qué?

—¿A ti qué te parece?

Mel se ruborizó.

—Ah —se pasó la lengua por los labios—. Kyle, no podemos… Quiero decir, no puedo…

Relacionarse con aquel hombre no sería buena idea. No debía olvidarlo.

Alzó la barbilla e intentó pensar fríamente.

—Necesito un empleo. Por eso estoy aquí.

—Un empleo. Claro —levantó un dedo—. Perdona un momento.

Mel lo observó mientras desaparecía tras una puerta; al momento salió con una mujer a su lado. La acompañó hasta la puerta y le prometió que se pondría en contacto con ella.

Cuando se volvió hacia ella, Mel arqueó una ceja.

—¿Mi competencia?

—Tengo muchas entrevistas para hoy —le dijo, lo cual sólo respondía a parte de su pregunta.

—Entiendo.

Mel se cruzó de brazos, mientras se disipaba parte de la alegría de volver a ver a Kyle al pensar en la razón que la había llevado hasta allí: un empleo que corriera con los gastos de comida, que pagara los impuestos y todos los demás gastos.

Por otra parte, teniendo en cuenta que él conocía su pequeño secreto, se preguntó si no debería salir de allí inmediatamente.

No. Aquélla era la mejor posibilidad que tenía de trabajar y no pensaba echarla a perder.

De su maletín de cuero sacó su curriculum y lo dejó sobre la mesa de recepción.

—Doy más de trescientas pulsaciones por minuto y conozco a fondo los programas Excel, Word, Access… —empezó a decir—. Lo que sea. Pero no escribo al dictado —sonrió de oreja a oreja—. No es lo mío.

Lo cierto era que nada de eso era «*lo suyo*», pero estaba empeñada en conseguir un empleo y que le gustara.

—¿Y bien? —insistió ella.

Él no dijo nada. Se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos.

Parecía que necesitaba que lo convenciera un poco. Ningún problema.

Se sentó a la mesa, sacó dos lápices y se fijó en el teléfono.

—Creo que necesitas modernizarte; este teléfono es muy antiguo —comentó mientras se fijaba en la extraña disposición de los botones.

—Me desharé de ese trasto.

—Bien —juntó las manos sobre la mesa—. Mira, contrátame y ya está, ¿de acuerdo? Sé lo que hago; no te decepcionaré.

Se sintió algo ridícula rogándole para que le diera el empleo, pero no tenía otra opción. A no ser que quisiera que el abuelo y ella acabaran en la calle, o convencía a Kyle o regresaba a su antigua profesión.

Y eso era algo que se había prometido a sí misma que no volvería a hacer jamás.

Cuando se disponía a empezar a rogarle otra vez, se abrió la puerta y un hombre alto y delgado de cabello rojizo entró en la oficina. Llevaba una bolsa de Taco Bell en la mano.

—Pensaba que te habías ido a casa a trabajar —le dijo Kyle.

El hombre asintió.

—Sí, pero he vuelto a recoger unas cosas.

Kyle se volvió hacia ella y entonces asintió brevemente en dirección al hombre.

—Mi socio, Brent —hizo un movimiento de cabeza hacia Mel—. Brent, ésta es Melissa; Grace para los amigos.

La carcajada de Brent le hizo pensar que ya se había enterado de

su historia. Brent le dio la mano con una sonrisa en los labios.

—Encantado de conocerte, Melissa. He oído hablar mucho de ti.

Ella le echó una mirada de pesar a Kyle.

—Sí, me lo imagino —contestó ella.

—¿Entonces dónde os conocisteis? ¿De verdad conseguiste que te cambiara una rueda? Estoy impresionado. No sabía que fuera tan galante.

Mel miró a Kyle con sorpresa al ver que no le había hablado a su socio de su profesión anterior. Interesante…

Se volvió hacia Brent con una sonrisa en los labios.

—En realidad, Brent, Kyle sí que es galante. Ahora mismo estaba a punto de salvarme de nuevo ofreciéndome un trabajo.

Kyle la miró con fastidio, pero ella se limitó a sonreírle con dulzura.

—¿Ah, sí? —dijo Brent—. Bueno, si va a insistir en que nos gastemos dinero en un ayudante, supongo que si nos regalamos la vista mejor que mejor.

Kyle se frotó las sienes.

—Lo siento —le dijo a Melissa—. Mi socio no es demasiado galante.

—¡Oh, vamos! —dijo Brent—. Melissa sabe que lo digo en broma —sonrió a Melissa con encanto—. O tal vez no… La verdad es que eres preciosa.

Mel pestañeó, sin saber cómo responderle.

—Esto, gracias.

Kyle negó con la cabeza.

—Vete —le dijo a Brent—. Llévate lo que hayas venido a buscar y sal de aquí. Estoy haciéndole una entrevista.

—Pensaba que ya la habías contratado —dijo Brent mientras entraba en uno de los despachos.

Kyle contestó sin dejar de mirarla a los ojos.

—Sí, bueno, eso todavía no se sabe.

Brent volvió con un portátil en la mano.

—Bueno, confío en que lo consigas, Melissa, o Grace; encantado de conocerte.

—Lo mismo digo —le dijo ella cuando estaba cruzando la puerta —. Es… interesante —le dijo a Kyle cuando Brent hubo salido.

—Es genial —comentó Kyle—. Y lo conozco de toda la vida. Tiene un modo de ser peculiar, pero no podría haber montado este negocio sin él.

—Y hablando de negocio… —Mel se pasó la lengua por los labios.

Él negó con la cabeza y a ella se le fue el alma a los pies.

—Lo siento, Melissa. No puedo hacerlo.

—Pues menuda galantería —murmuró ella.

Él se pasó la mano por la cabeza y aspiró hondo.

—Lo siento. No puedo hacerlo. No tengo un empleo para ti.

Ella señaló a su alrededor.

—Escribir a máquina, archivar, contestar el teléfono —se arrellanó en el asiento y lo miró—. No sé, a mí me parece que hay un trabajo aquí.

—Ésta es una empresa de seguridad. ¿Qué pensaría la gente si contratara a una ladrona para llevar mis archivos?

Mel se quedó helada. Ahí estaba, el tono de acusación. Jamás escaparía a su pasado con personas que conocieran ese pasado. ¿Por qué no se lo había imaginado? Debería haberse marchado nada más ver dónde había ido a parar.

Pero no lo había hecho porque era el único trabajo que tenía en perspectiva. Y, sí, lo necesitaba. Aspiró hondo y lo miró con seriedad.

—Nadie sabe que he sido una ladrona —dijo finalmente.

—Yo lo sé.

—Sí, pero también sabes que me he retirado. Te lo he dicho. Y además, tú eres el único que lo sabes…

—No puedo hacerlo. Esta empresa significa demasiado para mí. No puedo arriesgarme a que haya un escándalo.

—Kyle, vamos. No sé cómo…

—Como soy yo el que se está ocupando de buscar a alguien, la verdad es que da lo mismo cómo lo veas tú. ¿O no? —la miró un momento y entonces se levantó—. No puedo darte el trabajo de ayudante de oficina, Melissa. Lo siento.

—Llámame Mel —aspiró hondo—. Yo… creo que debería marcharme —se puso de pie y empezó a recoger sus cosas.

—¿Te ayudo?

Ella intentó no hablar con sarcasmo.

—Parece que no puedes.

Él frunció el ceño.

—Podría estar al tanto por si sé de otros empleos…

—Créeme, he cubierto toda la gama —se metió la mano en el bolso para buscar las llaves del coche—. Me las arreglaré. No soy problema tuyo.

—¿Necesitas un préstamo?

Al oír eso Mel perdió los estribos.

—No, no necesito un préstamo. Necesito un trabajo. Y lo necesito rápidamente, porque la verdad ya me he quedado sin dinero y… —cerró la boca y los ojos con fuerza.

Maldita sea, no había querido decir eso delante de él. Aspiró hondo varias veces. Cuando recuperó un poco la compostura, se

dirigió hacia la puerta.

—Escucha, gracias. Lo entiendo, de verdad. Nada de rencores, ¿de acuerdo?

Abrió la puerta y salió al pasillo.

—¡Espera!

Ella se detuvo y volvió la cabeza.

—Siento mucho esto —dijo Kyle—. De verdad. Pero se trata de mi negocio. Me gustaría volver a verte. ¿Crees que será posible?

El corazón le decía que sí, que quería verlo otra vez; pero la cabeza le decía que no y en lugar de echarse a sus brazos, se limitó a negar con la cabeza.

—No, Kyle. Yo… me parece que no sería buena idea.

—Te habrías quedado por el trabajo —le dijo Kyle en tono de acusación.

Ella lo miró a los ojos.

—Sí, lo habría hecho.

Él suspiró con auténtico pesar.

—Me gustaría ayudarte, de verdad que sí. A pesar de todo, me gustaría darte el empleo. Pero mi empresa atraviesa un momento delicado. No puedo permitirme tener a una ex ladrona empleada aquí. Si se llegara a saber… —su voz se fue apagando a medida que adoptaba una expresión pensativa.

Ella lo miró y frunció el ceño.

—¿Kyle?

Él levantó un dedo, pidiéndole en silencio que esperara. Entonces alzó la vista, con una enorme sonrisa en los labios.

—Cariño, creo que tengo la solución a nuestros problemas.

Mel se quedó mirándolo con expectación.

—¿Y bien? ¿En qué estás pensando?

—¿Sabes algo de nuestra empresa?

Ella frunció el ceño.

—Es una de las empresas de seguridad más importantes del Condado de Orange, propiedad de Kyle Radley y Brent Connors y patrocináis una liga de fútbol infantil.

—¿Entonces no sabes lo de nuestra crisis?

Ella negó con la cabeza y Kyle sintió cierto alivio al saber que los problemas de la empresa no habían pasado a ser del dominio público.

—Melissa, la empresa se tambalea por culpa del caso Driskell.

Le contó lo que pasaba, describiéndole el robo del que había sido víctima Driskell y sus esfuerzos sin éxito para averiguar el fallo en el sistema de seguridad.

—No tenía ni idea —le dijo ella sorprendida—. No he oído nada de ese robo.

—Y tú te habrías enterado, supongo —dijo él.

Ella se encogió de hombros.

—El mundo es un pañuelo.

Él suspiró.

—¿Tienes idea de quién podría haber sido?

Ella negó con la cabeza.

—No. No me suena que haya sido alguien de la zona. Donovan está en la cárcel. Carlysle murió el año pasado. Y los nuevos son bastante malos. Los atraparán en uno o dos años.

Él se quedó mirándola, en parte sorprendido, en parte impresionado.

—Se ve que sabes de lo tuyo, ¿eh?

Ella se quedó en silencio un momento. Entonces se encogió de hombros.

—Sí, es cierto.

—Bien, entonces puedes probarlo por mí —le dijo él.

La confusión permaneció un instante en su mirada y entonces abrió mucho los ojos, que se iluminaron con una emoción que él mismo había sentido infinidad de veces, o había visto en el rostro de Brent mientras buscaba la precisión de un aparato.

Pero enseguida esa expresión desapareció y fue sustituida por una mirada impenetrable.

—No soy una ladrona.

—No estoy buscando una ladrona. Sino alguien que pueda hacer de ladrona y tenga la mentalidad de una. Es un trabajo temporal —añadió—. Sólo hasta que averigüe qué ha ido mal. Pero te prometo que estará bien pagado.

Ella se pasó la lengua por los labios mientras reflexionaba sobre sus palabras.

—Has dicho que no podías contratarme.

—Oficialmente como ayudante de oficina, no. Pero no tiene nada de malo contratar a una ladrona, lo siento, a una ex ladrona, para que haga el trabajo propio de una. Todo será totalmente legítimo y sin tapujos.

—¿Así que quieres contratarme para entrar en casa de Driskell una vez que instales el sistema de seguridad mejorado?

—Quiero que «*intentes*» acceder. Y algo más, en realidad. Necesito tu maestría para evaluar el sistema que ya está instalado, que me ayudes a encontrar el fallo y que pruebes el nuevo sistema mejorado cuando lo instalemos —extendió las manos—. Por supuesto, sólo será un buen plan si tú eres buena —le dijo para provocarla—. Si no eres más que una ladrona del tres al cuarto, no creo que puedas hacer nada por el sistema.

—Soy buena —le respondió ella, tal y como él había esperado

que hiciera.

Cruzó el espacio que los separaba y se plantó delante de él. Olía de maravilla y Kyle pensó en lo mucho que le gustaría saborear cada centímetro de su delicioso cuerpo. En lugar de eso apretó los puños y adoptó una expresión formal. Ella se acercó un poco más y aunque no lo tocó fue como si lo estuviera haciendo.

—No sé… —se mordió el labio inferior—. He dejado ya todo eso. Quiero decir yo…

—Estás buscando un empleo —le dijo en tono sereno y razonable; toda vez que lo había pensado, estaba empeñado en que ella accediera a ayudarlo—. Te estoy ofreciendo un empleo. Consultora de seguridad. Totalmente legítimo.

Ella se mordisqueó la uña del pulgar mientras se sonrojaba ligeramente.

—Vamos, Melissa. ¿Qué dices? —le preguntó Kyle.

Entonces aguantó la respiración mientras esperaba a que ella le alegrara el día o le echara su única solución por los suelos.

Mel dijo que sí.

¿Y en realidad, qué otra elección tenía? El trabajo era demasiado perfecto, demasiado ella misma. Y ciertamente había dejado el crimen, pero como Kyle le había asegurado que no tendría que robar, el puesto era una excepción. Maldita sea, incluso tenía una denominación de lo más interesante.

—Nunca he sido consultora de seguridad —dijo ella en tono pensativo—. ¿Puedo tener tarjeta de visita?

Él se echó a reír.

—Las encargaré mañana mismo.

—Bien.

Al igual que Kyle, Mel sonreía y se daba cuenta de que estaba verdaderamente emocionada por el trabajo. ¿Y por qué no? En el fondo de su corazón, echaba de menos la emoción de su vida anterior. Echaba de menos el hacer algo que se le daba verdaderamente bien.

Además, por primera vez en mucho tiempo tendría un empleo bueno y bien pagado.

—Gracias —le susurró con emoción.

—Creo que soy yo quien debe darte las gracias. Eres tú quien me va a ayudar a mí.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez nos estemos ayudando el uno al otro. No sé por qué Betsy me envió aquí, pero de todos modos me alegro.

Él sonrió.

—Yo también.

Entre ellos fluía una corriente eléctrica y Mel ahogó el deseo de

abrazarse a él y de continuar lo que habían dejado pendiente en el dormitorio de Frances.

Se había pasado todos esos días reviviendo el beso, soñando con ello, imaginándose las manos de Kyle acariciando su cuerpo y sus labios besando los suyos. Sin embargo, en ese momento que lo tenía allí mismo, no era capaz de hacerlo. No podía dejarse llevar y liarse con él.

Él conocía su secreto, sabía de su pasado. La razón por la que buscaba un trabajo normal, por la que había abandonado la profesión familiar, era para empezar una nueva vida, para dejar atrás su pasado.

Deseaba vivir y que nadie la mirara con sospecha; y esa vida no podía ser junto a Kyle Radley.

Sacudió la cabeza, frustrada consigo misma porque de nuevo se había dejado llevar.

—¿Esto, bueno, entonces por dónde empezamos?

Por un instante vio una sombra de decepción en su mirada, pero enseguida adoptó un aire más formal. Cinco minutos después estaban sentados a una mesa de conferencias pequeña, con las copias de los informes policiales del suceso sobre la mesa.

—Y ahora la compañía de seguros insiste en que hemos cometido negligencia —le explicó Kyle—. Su abogado me ha comunicado que van a presentar una demanda de indemnización dentro de seis días.

Señaló un calendario que había en la pared, donde había marcado el doce de agosto con rotulador.

—Y tú quieres demostrar que no es culpa vuestra.

—Básicamente —concedió—. Lo que quiero demostrar es que el ladrón no entró con tanta facilidad. Quiero demostrarles que el sistema de seguridad funcionó, pero que el ladrón fue también extraordinario.

—Y así demostrar que no hubo negligencia por vuestra parte —dijo ella pensando en voz alta—, que no les vendisteis un sistema de seguridad malo.

—Eso es.

—¿Y si no podemos demostrarlo?

—Entonces mi negocio se va a pique.

—Bueno, mientras no me presionéis.

Él sonrió también. Entonces le cubrió la mano con la suya, pero a pesar de ser un gesto de lo más simple consiguió que se estremeciera de pies a cabeza.

Abrió la boca, sin saber qué decir, pero no pudo hacerlo porque en ese momento sonó la campanilla que anunciaba la entrada de alguien a la recepción.

—¿Kyle? —se oyó la voz de Emily.

—Aquí, abuela —dijo Kyle mientras se ponía de pie.

—Kyle, cariño… —le dijo al entrar en la sala.

Al ver a Mel allí sentada, Emily sonrió con tanta alegría que Mel no pudo evitar sentirse sumamente halagada.

—¡Grace, querida! ¡Cuánto me alegro de verte!

—Gracias, señorita Emily —dijo Mel mientras se levantaba también—. En realidad Grace es un… apodo. Mi verdadero nombre es Melissa Tanner.

—Bueno, sigue siendo un placer verte aquí, querida mía —añadió la señorita Emily.

—En realidad, Kyle y yo estamos trabajando juntos ahora.

Emily unió las manos con entusiasmo, su expresión tan jubilosa que Mel estuvo a punto de echarse a reír.

—¡Fabuloso!

Aparentemente, la señorita Emily era tan casamentera como su abuelo. Lo cual le recordaba que…

—Señorita Emily —empezó a decir—, se me ocurrió que usted debe de conocer a mi abuelo, Gregory Tanner. Actuó en algunas de sus películas. Cuando dije que la había conocido, me comentó que se habían conocido hacía años.

Por un momento Emily se quedó algo aturdida. Entonces su expresión se normalizó y la sonrisa asomó de nuevo a sus labios.

—Gregory Tanner, por supuesto. Lo recuerdo muy bien. Un hombre maravilloso.

—Parecía tenerle también mucho cariño.

—Gregory Tanner… —dijo Kyle.

Mel se volvió hacia Kyle, curiosa al oír su tono pensativo.

—¿Lo conoces? —le preguntó Mel.

—Sólo de oídas. Ahora recuerdo su historia —se volvió hacia su abuela—. Gregory, «*El Gato*». Todas esas historias de Hollywood sobre un atrevido ladrón de escala. Recuerdo haber leído cosas sobre él en esas cajas de revistas que tenías en el ático.

—Ese es mi abuelo —le confirmó Mel—. Por supuesto, su fama iba más allá de la realidad —añadió, mirando a Kyle de manera significativa—. Jamás se demostró que fuera un ladrón.

—Pues claro que no —dijo Kyle—. Seguramente sólo sería un truco para darle publicidad.

Mel se volvió a mirar a la señorita Emily y vio que se había sonrojado.

—Sí —dijo—, bueno, Kyle, no sabía que habías visto esas revistas.

—Era mi pasatiempo favorito cuando estaba aburrido y tú estabas a lo mejor en algún evento publicitario. Lucy y yo solíamos

llevarnos la comida arriba y pasarnos horas divirtiéndonos con esas revistas.

—¿Quién es Lucy? —preguntó Mel.

—Qué gracia que menciones a Lucy —dijo la señorita Emily—. He venido aquí precisamente por ella.

—Es mi prima —le dijo Kyle a Mel; entonces se volvió hacia Emily—. ¿Ocurre algo malo?

—Lo contrario —dijo Emily—. Lucy se va a casar. Frances y yo le vamos a dar una fiesta de compromiso. Sé que os aviso con poco tiempo, pero su prometido es militar y se tiene que ausentar durante unas semanas. He venido para asegurarme de que vendrías.

—Estupendo —dijo Kyle—. ¿Dónde?

—En mi casa, mañana a las ocho.

—¿Y no podrías haberme llamado?

Ella hizo un gesto con la mano.

—Llevo todo el día haciendo recados. Estaba por la zona —miró a Mel—. ¿No es estupendo que haya venido, además? Porque, Mel, querida, me encantaría que te unieras a nosotros mañana. Y tráete a tu abuelo también. Sé que me encantaría tener la oportunidad de recordar los viejos tiempos.

—Yo…

Su voz se fue apagando. Quería aceptar, pero no quería presionar a Kyle.

—Di que sí, Mel —le dijo él mientras le tomaba la mano y se la apretaba—. Esta vez te prometo que no te dejaré a merced de las fieras.

La señorita Emily miró sus manos unidas y sonrió todavía más.

—Bien. Entonces está todo dicho. Os veré mañana y…

—¿Abuela?

—¿Sí? —dijo Emily.

—¿Has dicho que Frances y tú vais a dar esta fiesta?

Emily alzó la cabeza.

—Pues claro, querido. No te sorprendas tanto. Lucy es mi sobrina nieta, después de todo. Mi hermana y yo tal vez tengamos nuestras diferencias, pero en lo referente a los hijos, nos llevamos bien —se colocó el bolso bajo el brazo y sonrió—. Confía en mí.

Capítulo 7

Kyle metió los palillos chinos en la caja de cartón, intentando pillar el último pedazo de champiñón. Habían trabajado hasta tarde y en ese momento la oficina estaba cerrada al público.

A su lado, Mel manejaba los palillos como una profesional. Levantó la vista y le sonrió.

—Años de práctica.

—¿Ves algo interesante en el periódico?

Acababan de dar las siete y habían estado trabajando desde que la señorita Emily se había ido hacía ya cinco horas.

Ella se encogió de hombros.

—Todo es interesante —suspiró—. Me gustaría que Driskell volviera a llamarte.

Y a Kyle también. Le había dejado un mensaje a su cliente a las cuatro de la tarde pidiéndole que fijara una fecha para que Kyle probara e inspeccionara el sistema de seguridad, pero el hombre no había dejado de estar reunido todo el día y su secretaria no había podido darle una cita sin el visto bueno de su jefe.

El retraso estaba desquiciando a Kyle, aunque tenía que reconocer que en ese momento estaba disfrutando de la cena con Mel.

—Gracias por quedarte hasta estas horas —le dijo él.

—Bueno ya sabes, nosotros los consultores de seguridad somos personas muy comprometidas.

—Eso veo.

Kyle estiró la mano y le acarició el brazo. Ella se había quitado la americana del traje y llevaba un top sin mangas sencillo y una falda sastre. Se había sacado la blusa de debajo de la falda y dejado sus zapatos de tacón en el suelo, debajo de la silla donde estaba su maletín. Tenía un aspecto despeinado y sexy a más no poder.

Sabía que no debería acariciarla, pero también que era lo que deseaba hacer. Le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Ella lo miró de reojo y sonrió un poco, pero no retiró la mano.

—Entonces lo de ser consultora de seguridad lo llevas en la sangre —dijo él.

—Desde hace varias generaciones —respondió bromeando—. Mi padre era maquinista; yo he salido a mi abuelo.

—¿Qué les parece a tus padres la profesión que habías elegido?

Kyle sabía que estaba entrometiéndose en su vida privada, pero sentía curiosidad. Intentó decirse a sí mismo que no siempre tenía oportunidad de charlar con una ladrona de escala retirada; pero sabía que era algo más que eso. Quería conocer a Melissa Tanner; en realidad quería saberlo todo sobre ella.

Al principio no contestó y él temió haberse pasado de curioso. Entonces aspiró hondo y lo miró a los ojos. Tenía los ojos llorosos.

—Murieron en accidente de tráfico cuando yo tenía once años. Y no, no aceptaban a mi abuelo.

Él la miró con pesar.

—Lo siento.

—No pasa nada. Los echo de menos, pero han pasado ya muchos años.

—Sí —retiró la mano para pasársela por la cabeza—. La cosa es que el abuelo siguió en la profesión por los motivos menos debidos. Empezó con robos de poca monta cuando empezó con dieciséis años. Intentaba sobrevivir mientras intentaba entrar en Hollywood. La policía no lo sabía, pero las historias se filtraron de algún modo y de pronto el abuelo empezó a tener esta reputación —se encogió de hombros—. Entonces yo aún no existía, pero creo que se perdió en la popularidad que consiguió. Nunca participó en películas importantes, pero Gregory, «*El Gato*», se convirtió en una leyenda.

—Y nunca fue detenido.

—No. Cuando se hizo mayor, se retiró —negó con la cabeza—. Aún no soy capaz de creer que se arriesgara a quitarle a Emily ese collar.

—¿Y tú?

—No lo sé. Supongo que empezó siendo un apoyo. El abuelo me había enseñado y era lo único que sabía hacer —ella hizo una pausa y él permaneció en silencio, sin querer interrumpir—. A medida que me iba haciendo mayor, sabía que estaba mal. Pero para entonces el abuelo había gastado todos sus ahorros y era demasiado mayor para ponerse a subirse a los tejados.

—Supongo que no hay pensión para los que han sido ladrones de escala.

Ella se echó a reír.

—No, pero no pasa nada. Siempre nos hemos cuidado el uno del otro. Yo heredé la casa de mis padres, así que vive conmigo, pero he tenido que ganar bastante dinero para pagar los impuestos y los gastos, así que continué en el negocio familiar —se encogió de hombros—. Supongo que no era sólo por eso; también me

encantaba la emoción que experimentaba. Sabía que debía dejarlo, pero me resultaba muy duro. Finalmente no me quedó otro remedio. Incluso fui a la universidad para ver qué quería hacer con mi vida.

—¿En qué te licenciaste?

—En Historia.

—¿Y es eso lo que querías hacer con tu vida? —le preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—No. Sigo buscando lo que quiero hacer. Pero quería tener un título y supuse que me ayudaría.

—Pero no ha sido así.

Mel se encogió de hombros.

—Sí, bueno, conseguí un empleo enseguida, pero me echaron un par de meses después y como está tan mal el trabajo, no me han llovido precisamente las ofertas de empleo —esbozó una sonrisa cálida—. Pero hoy he encontrado un empleo estupendo. Y estoy empeñada en empezar una vida nueva. Incluso… —hizo un gesto con la mano, como queriendo interrumpir sus palabras.

—¿El qué?

—Es una tontería.

—Te prometo que no diré nada a nadie.

Ella le hizo reír.

—Es uno de mis gastos habituales, como el de la electricidad o el del agua.

—¿El qué?

—La restitución.

Él la miró extrañado.

—No te entiendo.

—Tengo una lista con el nombre y dirección de las personas a las que he robado. Tengo una libreta de ahorro. Cuando consigo reunir el dinero que asciende a lo que le había quitado a esa persona, le envío un giro anónimo. Hasta el momento he devuelto por lo menos diez mil dólares. Y estoy dispuesta a devolver hasta el último centavo.

Él se quedó sin habla.

—Lo harás.

—Gracias —su sonrisa se volvió maliciosa—. Será más fácil ahora que tengo un trabajo, aunque sólo sea temporal.

Él le tomó la mano, con la intención de consolarla.

—¿Entonces estás satisfecha con este trabajo?

Se volvió a mirarlo.

—Eso creo.

—Tal vez deberíamos explorar otra clase de satisfacción.

Ella se quedó sin aliento y se pasó los dientes por el labio

inferior en un gesto tremendamente erótico. Al verla sintió que se le calentaba la sangre y que empezaba a excitarse. Esa mujer sabía calentarlo, de eso no tenía ninguna duda. Ella deseaba la emoción del trabajo, pero él la deseaba a ella.

Kyle le acarició la mano con suavidad. Cerró los ojos y notó que se le aceleraba la respiración.

—¿Y qué clase de satisfacción exactamente tenías en mente? —le preguntó ella en tono dulce y erótico.

Kyle, que dudaba de que ella fuera consciente de cómo se lo estaba diciendo, no dijo nada. Se limitó a acariciarle el pecho a través de la ropa, a rozarle la zona del pezón, satisfecho al ver que se ponía duro. Su respiración se tornó trabajosa y sus labios quedaron ligeramente entreabiertos.

—Toda la satisfacción que quieras recibir, cariño —le susurró él.

Y en ese momento esperaba que estuviera dispuesta a recibir mucha.

Mel tuvo que concentrarse sencillamente para respirar. El sentido común le decía que se alejara de él, que le dijera que sólo estaba allí para realizar un trabajo, que no podían hacer eso; que no podía permitir que la mirara de ese modo, que la acariciara o que la besara.

Pero lo cierto era que el trabajo nuevo, la emoción del riesgo y el hombre en sí que tenía delante se combinaban para acelerar sus sentidos.

Estaba ardiendo. Deseaba a aquel hombre y no tenía ni idea de cómo decirle que no.

¿Y además, por qué decirle que no?

No importaba que Kyle conociera sus secretos; y no importaba porque sabía que lo que tuviera con él no sería permanente. Lo único que importaba era vivir el momento. Si los dos ardían en deseos de estar juntos, ¿qué importaba todo lo demás?

Envalentonada, Mel bajó la vista y paseó la mirada pausada y deliberadamente por sus muslos fuertes, por el bulto de su entrepierna, por su pecho amplio, hasta que lo miró a los ojos, rezando para que no estuviera sonrojándose.

Ella se inclinó un poco hacia delante para que su mano le apretara más el pecho.

—¿Cuánta satisfacción? —le preguntó, devolviéndole la pregunta—. Creo que puedo con cualquier cosa que quieras darme.

Había esperado impresionarlo con su valentía, con su cuidadosa inspección visual. Pero si estaba nervioso, lo disimuló muy bien. Entrecerró los ojos y sonrió con sensualidad, con una sonrisa cargada de pura satisfacción.

Él empezó a acariciarle el hombro bajo la tira de la blusa sin

mangas, urgiéndole a que se acercara a él sin dejar de tocarla, hasta que ella estuvo entre sus brazos. Al momento siguiente Kyle la acariciaba por todas partes y su respiración era tan agitada como la de ella. Metió la mano entre los dos para acariciarla el sexo y ella supo que estaba ya totalmente mojada. Quería que él le levantara la falda, que le acariciara el sexo a través de las braguitas antes de meter la mano por debajo del diminuto pedazo de seda para acariciarla precisamente ahí. Pero no se atrevía a decírselo; parecía como si se le hubieran atascado las palabras.

—¿Qué es lo que quieres, Melissa?

—A ti.

Fue lo único que consiguió decir, pero era toda la verdad. Tal vez no hubiera planeado aquello, pero sin duda lo deseaba. Ese hombre tenía un efecto sobre sus emociones y su cuerpo que ningún otro hombre había tenido jamás. No pensaba en el mañana, tan sólo en perderse entre sus brazos.

—Te deseo a ti —repitió.

Y con tanta desesperación que la fuerza de sus emociones la aterrorizaba, sobre todo porque aquello no era nada propio de ella. La Melissa Tanner que ella conocía no creía en las aventuras de una noche. Pero por Kyle, o más bien por ella, estaba dispuesta a hacerlo.

Pensándolo bien, lo necesitaba.

Cuando él la rodeó con sus musculosos brazos y contra su pecho fuerte, Mel sintió cómo se le ponían duros los pezones por debajo de la blusa. Sabía que lo que estaba haciendo era muy mala idea, pero también que iba a hacerlo de todas las maneras.

Él le subió la falda despacio y le acarició los muslos desnudos.

—¿Te gusta?

Ella asintió, pero no le pidió que se diera prisa. Se estaba tomando su tiempo y a pesar de la desesperación que sentía estaba dispuesta a disfrutar de cada segundo.

Cuando le subió la falda hasta la cintura, Kyle retrocedió y la miró de arriba abajo.

—Pronto —le susurró.

Estaba segura de que él la deseaba tanto como ella a él. Así que con una valentía de la que no se sabía poseedora, estiró el brazo y le acarició el bulto que palpitaba bajo los pantalones.

—¿Cómo de pronto? —le preguntó ella con gran satisfacción al ver que cerraba los ojos y gemía con sensualidad.

Él le cubrió la mano con la suya para detener su exploración.

—Si sigues así, demasiado pronto.

Ella le sonrió con dulzura y Kyle no pudo aguantarse más. La levantó en brazos y la sentó sobre la mesa. Sin decir ni una palabra,

le separó las piernas y se metió en el hueco que se formaba entre sus muslos.

Él le deslizó un dedo por el cuello y entre los pechos. Los pezones se le pusieron duros y se le quedó la garganta seca. Deseaba desesperadamente sus besos pero también ver hasta dónde querría llevarla.

Siguió deslizándole el dedo en dirección descendente, hasta llegar a la cinturilla de la falda.

—La ropa de la bella Melissa está algo mal colocada.

—¿La bella Melissa? ¿Qué eres tú, un caballero armado?

Él se inclinó hacia delante y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Más bien soy un saqueador vikingo. Tengo pensado hacer algo de saqueo.

Ella tragó saliva.

—¿De saqueo?

—Éso mismo.

Empezó a desabrocharle la cremallera de la falda y le tiró de la prenda hasta quitársela del todo. Al poco rato, ella estaba sin ropa y deseosa de quitársela también a él. De modo que lo agarró de la camisa y le desabrochó los botones lo más rápidamente posible. Cuando terminó le quitó la camisa y la tiró al suelo.

Él le pasó los labios por la mejilla, su pelusilla le acarició la cara, mientras la estrechaba entre sus brazos.

—Eres preciosa —le susurró suavemente al oído.

Sus palabras provocaban sus sentidos y Mel cerró los ojos y se perdió en su abrazo mientras él le acariciaba la espalda y le quitaba el top. Cuando le acarició el lateral de los pechos, ella se estremeció.

—No llevas sujetador —dijo Kyle—. Qué suerte para mí.

—Me gusta vestirme para seducir —dijo ella—. Los hombres se vuelven locos.

—Yo desde luego sí —terminó de quitarle la blusa—. Ahora sí que me vas a seducir.

Kyle empezó a besarla en el cuello, para continuar bajando entre los pechos. Bajó las manos hasta que empezó a acariciarle los muslos. Entonces se agachó y empezó a besarle los muslos hasta que situó la boca sobre su sexo, cubierto tan sólo por una tela de seda.

Ella apoyó las manos sobre la mesa, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás mientras él la provocaba con la lengua y el dedo. Mel sintió que estaba a punto de alcanzar el clímax, que estallaría en cualquier momento. Empezó a gemir al tiempo que un cosquilleo delicioso le recorría todo el cuerpo.

Él se puso de pie y empezó a besarle los labios, la cara, a lamerle las mejillas y a mordisquearle las orejas.

—Te deseo a ti —dijo Kyle.

Y para demostrarlo deslizó la mano entre los dos, la metió por debajo de las braguitas y le acarició el sexo mojado y resbaladizo.

—Dime, Melissa —le susurró mientras la acariciaba frenéticamente—. Dime que también me deseas.

—Te deseo —le contestó ella mientras le acariciaba el trasero; tenía la voz suave, casi un susurro, pero el fuego de sus ojos la delataba—. No debería, pero te deseo.

Continuó acariciándola con sensualidad. Observó sus pezones tiesos, pero decidió hacerle sufrir un poco más y de paso averiguar más cosas.

—¿Por qué?

Ella respiraba con agitación. Kyle deseaba saborearla, engullir aquella dulzura, pero también quería saber lo que ella tenía que decir.

—Dímelo… —le urgió.

—Yo… no soy la chica adecuada para ti.

—Creo que soy yo quien debería decidir eso.

Sabía a lo que ella se refería; a su familia, a su pasado. Pero a él no le importaba. Le había dicho que lo había dejado y él la creía. Lo único que le importaba en ese momento era lo mucho que le hacía reír y lo que sentía cuando la abrazaba.

—Increíble —le confirmó él.

—Esto no es… real —se pasó la lengua por los labios—. Es sólo sexo.

Para él no era sólo sexo; con Melissa eso no sería posible. Se había colado en su corazón y eso era algo que no podía negar. Pero eso no podía decírselo aún. Y lo cierto era que tenía bastante en ese momento como para iniciar una relación sentimental. Necesitaban tiempo y por eso estaba dispuesto a esperar a que ella se decidiera.

—Será sexo… —le dijo, intentando sonreír—, si te callas y me dejas seguir con lo mío.

Eso funcionó. En su mirada ya no había duda, sólo deseo. Un deseo profundo y ardiente que avivó el suyo. ¡Dios, cuánto deseaba a esa mujer!

—Entonces date prisa —le dijo ella—. Date prisa y bésame.

No tuvo que repetírselo dos veces. La deseaba, la necesitaba y aceptó la invitación besándola con avidez, bebiendo de sus labios. La pasión que habían estado ahogando todos esos días se convirtió en un intercambio frenético de besos, de caricias y jadeos. Bien sabía Dios que había estado inquieto desde que la había visto por primera vez.

Tenía que creer que ella sentía lo mismo.

—Kyle —susurró.

—¿Mmm?
—Desnúdate.
—Lo que quieras.
—Ya te lo he dicho. Te deseo. Y te quiero desnudo y dentro de mí.
Sus palabras provocaron en él un latigazo de ardor aún más intenso y Kyle tuvo que controlar las ganas de tomarla allí mismo. En lugar de eso, aspiró hondo varias veces e intentó serenarse; entonces se quitó los vaqueros y la ropa interior.
—Mucho mejor —dijo ella mientras le acariciaba la espalda y el miembro erecto.
Él emitió un gemido entrecortado. De momento Mel era suya. Continuó gimiendo, todo él temblando de puro deseo sexual. Quería hacerlo despacio, saborear cada caricia, cada instante. Pero al acariciar el cuerpo desnudo de Mel, al observar la cadencia agitada de su pecho, supo que era imposible. Tenía que poseerla. Ya.
—Quiero verte —le dijo con voz ronca.
Ella tenía los ojos muy abiertos, los labios hinchados y a Kyle le pareció muy bella.
—Estoy aquí… —le susurró ella.
—Es cierto.
Se retiró un poco y la miró de arriba abajo mientras la acariciaba pausadamente. Ella empezó a moverse hacia él, urgiéndole, excitándole más de lo que lo había estado jamás.
—Por favor —le susurró ella con un gemido estrangulado.
Agachó la boca y empezó a besarle y lamerle los pechos, mientras ella gemía con sus caricias. Y entonces él se incorporó y la miró a los ojos.
—¿Por favor, qué?
—Ahora, Kyle. Ahora.
Tenía un preservativo en su cartera y se agachó para buscarla en el pantalón. En pocos segundo se lo había puesto y se adelantó para rozarle su miembro entre las piernas con movimientos suaves y eróticos. Entonces la agarró por el trasero y la levantó para penetrarla sin más preámbulo. Quería hacerlo despacio, pero ella estaba tan mojada, tan caliente, que la embistió hasta el fondo, reclamando en ese instante que le diera todo. Ella gritó mientras se agarraba a sus hombros y así se movieron juntos en una danza sensual que los condujo a ambos a alcanzar el clímax.
Sus suaves gemidos aumentaron, convirtiéndose en jadeos apasionados que lo empujaban a perder totalmente el control entre sus piernas. Su sexo apretado y húmedo lo acariciaba y Kyle la embistió una y otra vez mientras se perdía por entero en aquella bruma de pasión.

La presión aumentó y cuando él oyó los intensos gemidos de Melissa, los que le anunciaron su clímax, él lo alcanzó también envuelto en un torrente de ardientes sensaciones. Entonces se desplomó sobre ella y rodó sobre la mesa hasta que los dos quedaron tumbados sobre el enorme tablero de roble, rodeados de papeles.

Ella le acariciaba la espalda despacio.

—Ha sido maravilloso —le dijo.

Él le besó el pecho.

—¿De verdad?

—Sí —contestó ella en tono soñador—. En realidad, me gustaría hacerlo otra vez.

Lo miró con tanta ingenuidad que él no pudo menos que sonreír. Su ingenuidad era fingida, por supuesto.

Y Kyle se complació de obedecer a sus deseos.

Tres horas después estaba sentada delante de uno de los ordenadores de Brent, con un cuaderno de notas sobre la mesa y un buscador de Internet en marcha. Cada pocos minutos volvía a pensar en lo que había ocurrido un rato antes en la mesa de conferencias y tuvo que juntar las piernas con fuerza y controlar las ganas de llamar a Kyle para pedirle más de lo que tanto deseaba.

Empeñada en trabajar, empezó a consultar distintas páginas y a apuntar los nombres de diferentes empresas dedicadas a la distribución de equipamiento electrónico, de ése que los mejores ladrones importaban de Suiza y Alemania y que utilizaban para burlar los más modernos sistemas de alarma. El equipamiento no era nada barato, pero le haría el trabajo.

Esperaba que Kyle no se echara atrás al ver el coste; aunque dudaba que fuera así. Por lo que le había contado, aquel negocio era para él algo más que un modo de vida. Sospechaba que si fuera necesario pondría dinero de su bolsillo para sacar a la empresa de aquel bache.

Al otro lado del despacho, Kyle tecleaba en su ordenador. Por lo que le parecía desde allí, estaba tan tranquilo. ¡Hombres! Si él estaba así, ella desde luego no pensaba delatarse. Y si él podía concentrarse, ella también.

—Creo que lo tengo —dijo Kyle.

—¿El qué?

—Los esquemas del sistema de seguridad que se le instaló a Driskell. Te los imprimiré.

Ella sacudió la cabeza.

—No te molestes.

Él la miró con asombro.

—Quieres que me empape del sistema de seguridad que tiene

ahora mismo Driskell —empezó a decir Mel—, para ver si podemos encontrar el fallo y después probar el arreglo que se os ocurra a ti o a Brent, ¿no?

—Eso es.

—Y es un sistema de tecnología patentada y no algo que hayáis comprado en unos grandes almacenes, ¿verdad?

Él ni siquiera se molestó en contestarle a eso.

—A lo que voy —empezó a decir ella— es a que el ladrón no tenía el esquema del funcionamiento; por eso yo tampoco los quiero. Al menos no de momento. Si no puedo entrar, entonces echaré un vistazo y veré si le encuentro algún fallo. Pero en principio quiero hacerlo sin tener toda esa información.

—Me parece bien —dijo él.

—Y… estás adelantando mucho, ¿no?

—Supongo, dadas las circunstancias.

—¿Circunstancias? —dijo ella.

—Sí, porque mi pensamiento primordial es tumbarte sobre esta mesa y desnudarte de arriba abajo.

—Ah… —fue todo lo que pudo responder.

Sus miradas se encontraron y Mel sintió que empezaba a derretirse bajo esa mirada ardiente. De pronto sintió un cosquilleo en los muslos y se dio cuenta de que se estaba excitando sólo de ver cómo la miraba.

En ese momento el timbre del teléfono devolvió a Mel a la realidad. Se volvió hacia el monitor e intentó centrarse en lo que le mostraba la pantalla. Kyle contestó al teléfono, pero Mel no prestó atención a la conversación, perdida como estaba en aquella bruma de erotismo, hasta que oyó a Kyle decir el nombre de Driskell. A partir de ese momento abandonó la fantasía y aguzó el oído.

—Lo entiendo, señor Driskell. Pero encontrar el fallo nos ayudará a asegurarnos de que la mejora sea… Por supuesto que confiamos en nuestro sistema. Las pruebas son simplemente para encaminarnos a la confirmación del problema —Kyle se pasó la mano por la cabeza—. Sólo unos cuantos días… Bueno, eso es comprensible. ¿Cuándo volverá de sus vacaciones? Entiendo. Bien, muchas gracias. Nos pondremos en contacto para programar la instalación del sistema mejorado.

Mel había visto su expresión de tensión y cuando colgó pensó que iba a explotar. Se levantó y cruzó la habitación hasta donde estaba él.

—¿Eh, Kyle, de qué iba todo eso?

—Driskell no va a darnos acceso.

—Pero eso es ridículo. ¿Es que no sabe que necesitamos probar el sistema?

—Dice que se marcha de vacaciones; y que no le gusta que haya nadie en su casa cuando él no está.

Se pasó la mano por la cabeza, con ese gesto que a Mel empezaba a resultarle tanto familiar como enternecedor.

—Espera un momento.

Descolgó el teléfono y marcó un número; momentos después arrugaba el entrecejo.

—Soy yo. ¿Dónde diablos estás? Llámame en cuanto oigas este mensaje.

—¿Brent?

—Es el tercer mensaje que le dejo hoy. Se supone que el muy canalla está en casa trabajando.

—Seguramente está demasiado preocupado como para contestar el teléfono —se sentó de nuevo sobre la mesa para poder ponerle el pie sobre el muslo y acariciárselo—. ¿Quieres que yo te preocupe lo suficiente como para que te olvides de lo otro?

Él cerró los ojos y aspiró ruidosamente mientras le tocaba los dedos de los pies.

—No empieces algo que no estés dispuesta a terminar, Melissa. Yo había planeado que la tercera ronda fuera en un sitio más cómodo, como por ejemplo sobre un colchón cubierto de sábanas y almohadones.

Mel deslizó los dedos de los pies un poco más arriba y fue recompensada con una erección enorme que acarició con la planta del pie.

—No seas tonto —le dijo ella—. Ya hemos demostrado que sobre una mesa de madera se hace muy bien. ¿Por qué apostar por la perfección?

Al segundo siguiente él estaba de pie y ella inclinada sobre la mesa, con las manos apoyadas a ambos lados. Kyle se colocó entre los muslos de Mel, que lo abrazó con sus piernas mientras le dedicaba una sonrisa picara.

—Tanto trabajar y tan poco descanso…

Él la agarró del cuello y la besó apasionadamente, casi con brutalidad. Mel sabía que no estaba enfadado. Por una parte estaba molesto con Driskell, pero por otra la deseaba a ella. En él se unían la pasión y la necesidad, una receta siempre potente y Mel no podía esperar más.

—Kyle, por favor.

—¿Por favor, qué?

Pero lo cierto era que no necesitaba una respuesta. Lo sabía. Le acarició el muslo, cada vez más arriba. Ella aspiró hondo y separó las piernas un poco, urgiéndole sin palabras para que le hiciera el amor. Él no se hizo de rogar mientras le acariciaba con un dedo el

borde de las braguitas.

—Mojadas —dijo Kyle.

Ella asintió, incapaz de decir nada. Le latía todo el cuerpo y tenía los pezones duros como piedras. Ya estaba otra vez excitada, lista para él; ya lo deseaba otra vez.

—Me gusta —le dijo él mientras le ponía la mano en el sexo.

Ella empezó a gemir y a mover las caderas para pegarse más a su mano. Entonces Kyle metió un dedo por debajo de la goma de las braguitas y se lo deslizó en su interior. Mel continuó gimiendo, apretándose alrededor de su dedo, deseándolo cada vez más.

—Esto no hace más que molestar.

Asintió sin decir ni palabra mientras él se arrodillaba delante de ella y le quitaba la prenda íntima. Ella lo ayudó a hacerlo, levantando las caderas, sin dejar de mirarlo. Se quedó de rodillas y empezó a besarle el lateral interno de la rodilla; con la pelusilla de la barba Kyle le provocaba un cosquilleo que le estaba volviendo loca.

Entonces le subió la falda hasta que estuvo medio desnuda, expuesta a lo que él quisiera hacerle. Todo era salvaje, decadente, al igual que la vez anterior. Y como la otra vez, deseaba tanto sus caricias que sintió deseos de ponerse a gritar.

Él parecía saber lo que quería ella, porque continuó besándola en los muslos mientras que con las manos le agarraba las caderas para que no se moviera.

—Kyle —le susurró con ardor.

—Shh… —murmuró él y ella emitió un gemido entrecortado cuando notó que le deslizaba la lengua en su interior y estimulaba la zona más íntima.

Estaba cerca, tan cerca y él continuaba presionando, haciendo magia con su lengua y ella arqueándose, rogándole en silencio que continuara. El deseo iba creciendo más y más en su interior hasta que alcanzó el clímax. Entonces Melissa se puso a gritar mientras las oleadas de temblores la sacudían de la cabeza a los pies.

Él se puso de pie y la besó en los labios. Entonces ella se desplomó, exhausta, sobre él.

—Oh, Kyle…

Kyle la abrazó con ganas y así se quedaron un rato hasta que ella volvió a la realidad.

Se estaba enamorando de él; enamorándose como una loca. Tanto que había empezado a soñar con que un día serían felices juntos.

Pero enseguida se dijo que no. Ayudarlo, muy bien. Acostarse con él, estupendo. Pero quedarse con él… Eso no podía ser.

Con gran esfuerzo, Melissa se obligó a dejar de pensar en eso y a

centrarse en el asunto que los ocupaba. En lo que iban a hacer con el sistema de seguridad de Driskell.

—¿Kyle? —le dijo sin separarse de él.

—¿Mmm?

Él le acarició el pelo con un gesto que a ella se le antojó más íntimo que el acto sexual.

—¿Y en otra casa?

Él se separó un poco para poder mirarla.

—¿En otra casa?

—¿Si Driskell no nos deja probar el sistema de seguridad, por qué no probarlo en otro sitio? Seguramente otras personas lo tendrán instalado. A lo mejor nos permiten hacer esa prueba. A ellos también les interesa, para ponerlo al día —ladeó la cabeza—. ¿O lo tienes tal vez en tu casa?

—No. He estado tan ocupado instalando alarmas a otras personas que aún no he renovado la mía. Pero me gusta tu idea.

—¿Se te ocurre alguien, entonces?

Kyle se quedó pensando unos minutos.

—En realidad, tres personas. Una de ellas estará en la fiesta de compromiso de mi prima Lucy. Hablaré entonces con él.

Kyle se apartó, pero antes le dio un beso en la punta de la nariz.

—Gracias por tu ayuda, Mel. Significa mucho para mí.

Le apretó la mano y Melissa estuvo a punto de derretirse. Quería mantener las distancias, levantar entre ellos un muro con algún comentario arrogante. Pero no lo hizo. No era capaz. Y por eso le siguió la corriente.

—Me alegra poder ayudarte.

Y cuando lo dijo se dio cuenta de que era totalmente cierto.

Capítulo 8

—Me alegro tanto de que hayas podido venir, abuelo —le dijo Mel.

Kyle maniobraba su Jeep para cruzar las verjas que indicaban la entrada de Emerald Cliffs. Ella estaba sentada en el asiento trasero, habiéndole dejado el delantero a su abuelo. En ese momento estaba inclinada hacia delante para poder hablar con los dos.

Gregory Tanner se aclaró la voz.

—Aún me sorprende un poco que la señorita Emily me haya invitado. Nosotros no… bueno, no nos hemos visto mucho en estos últimos años.

—Y seguramente lo haya invitado por eso —dijo Kyle—. Para revivir los viejos tiempos —se detuvo delante de una señal de stop y se volvió a mirar al hombre—. Debería advertirle, sin embargo, que creo que está un poco enamorada de su fama. Quiero decir, por lo de «*El Gato*». No se sorprenda si le pide que le cuente todas sus historias.

—Espero que no sean todas —dijo Gregory—. Melissa me contó cómo os conocisteis. Desde luego no quiero compartir «*esa*» escapada en particular con tu abuela.

Kyle se echó a reír.

—En eso tiene razón. Seguramente es mejor que se limite a las historias de antaño.

Gregory sonrió.

—Por eso no hay problema.

Kyle miró a Mel por el espejo retrovisor y vio que su mirada reflejaba lo que él estaba pensando. Ellos no le habían contado todo a su abuelo. Kyle los había recogido a las siete de la tarde, después de dar fácilmente con la casa de Mel en Misión Vieja, una urbanización situada más al interior, a media hora de su casa de Playa Laguna y a un par de millones de dólares de diferencia del palacete que Emily tenía en Emerald Cliffs.

—No se preocupe —dijo Kyle mientras se acercaban a la casa—. O Mel o yo lo rescataremos si Emily se pone demasiado pesada. A veces se pone así.

—Sí —dijo Gregory—. Lo sé —Gregory carraspeó—. Quiero decir, lo recuerdo —sonrió—. Y gracias por ir a buscarme, a pesar de haber estado citado con Melissa.

Kyle echó un vistazo por el retrovisor y vio a Mel volteando los ojos.

—Abuelo, te he dicho que no es una cita. Ahora trabajo para Kyle. Soy su consultora de seguridad; es un trabajo estupendo.

Mel lo miró a los ojos por el retrovisor y Kyle vio lo contenta que estaba. Le había llevado las tarjetas de visita cuando había ido a recogerla y la alegría en su expresión mientras había pasado los dedos por el relieve de la caligrafía seguía pareciéndole divertida.

—Ah, sí, es cierto. Aunque pensé que tal vez estuvierais galanteando, ¿o no?

—¿Galanteando? —Mel se echó a reír—. ¿Es mi imaginación o acabamos de meternos en una máquina del tiempo?

Gregory no dijo nada, ni tampoco Kyle. Pasado un momento, Mel se arrellanó en el asiento.

—Ni esto es una cita, ni estamos galanteando.

Y aunque Kyle sabía que diría eso, sintió un latigazo de desencanto en el pecho.

Lo que decían de las novias era aparentemente cierto. Porque Lucy, la prima de Kyle, estaba radiante.

La fiesta era absolutamente fabulosa y Mel se agarró a Kyle y no se soltó de él.

—No pensaba que fuera a haber tanta gente —dijo ella—. ¿Cuántos familiares tenéis?

Él frunció el ceño y empezó a contar con los dedos.

—A ver… Están los hijos de Emily, que son mi padre, su hermano y sus dos hermanas. Todos están aquí, claro está, menos mis padres.

Kyle señaló al otro lado del gran salón, donde había unas personas que él le había presentado media hora antes. Melissa ya había olvidado sus nombres, pero se dijo que no importaba. Estaba allí como invitada de Emily y como empleada de Kyle, no porque quisiera entrar a formar parte de la familia.

Kyle seguía contando.

—Y, veamos yo soy hijo único, pero no creo que lo sean ninguno de mis primos; y tengo cinco, no, seis primos. Y después están los hijos de Frances y los hermanos de Lucy y…

Ella le pegó un dedo a los labios.

—No importa. Me he hecho una idea. Sois una familia enorme.

—Te lo dije.

Melissa suspiró.

—Lo sé. Pero no pensé que fuera tan grande.

En realidad resultaba muy agradable. Había esperado otra fiesta como la anterior, sin embargo, la fiesta de compromiso de Lucy resultaba menos formal y más relajada. Incluso había bebés y niños, relacionados de algún modo con Kyle aunque no sabía cómo, corriendo por los pasillos y los salones.

En general era un ambiente bullicioso y salvo que no era capaz de acordarse de los nombres de todos, se lo estaba pasando de maravilla.

—Tu familia es muy agradable —comentó Melissa.

Él sonrió.

—Sí, lo son. De pequeño apenas me veía con ellos, demasiados viajes, pero siempre han estado ahí —le apretó la mano—. Me alegro de que te lo estés pasando bien.

—Es cierto —contestó ella sin mentir—. El abuelo también —señaló con la cabeza hacia una pareja que estaba sentada en una esquina; Emily y él charlaban como viejos amigos delante de la chimenea—. Supongo que estarán recordando viejos tiempos.

—Me sorprende que no se hayan mantenido en contacto. Conociendo a mi abuela, Gregory es exactamente el tipo de hombre a quien querría conservar en su vida. Siempre tuvo una vena aventurera.

Mel se encogió de hombros.

—No sé. Pero es agradable que ahora estén juntos —le tomó la mano, encantada cuando él entrelazó los dedos con los suyos—. Supongo que al final estuvo bien que el abuelo me metiera prisa para que fuera a la entrevista. Nunca había trabajado con Betsy antes.

—¿Que te metió prisa?

—Mmm.

Le explicó cómo la había sacado de la cama para que se pusiera en movimiento.

—Betsy es la hija de una de las mejores amigas de Emily —dijo él con expresión pensativa.

Al oír aquel tono, Melissa lo miró y vio una mezcla de curiosidad y duda en su rostro.

—¿Qué pasa?

—Ya están de casamenteros —dijo él.

—¿Cómo?

Ella sacudió la cabeza y lo miró extrañada.

—Me preguntaba por qué Emily había dejado de pronto de intentar juntarme con todas las mujeres del Condado de Orange. No lo ha dejado; simplemente se ha vuelto más ingeniosa.

—Kyle, no te entiendo.

Pero él apenas le prestaba ya atención.

—Ya sé cómo me voy a enterar. ¿Estarás bien si te dejo sola unos minutos?

—Pues claro, pero…

Kyle le dio un beso en la mejilla y se marchó. Melissa se quedó mirándolo con expresión ceñuda y entonces se volvió y buscó un camarero. Tomó una copa de merlot y después se dirigió hacia donde estaba Lucy para felicitarlos de nuevo a ella y a su prometido Jack.

—Muchísimas gracias —le dijo Lucy cuando Mel la saludó y volvió a felicitarla—. Y me alegro tanto de que hayas venido… —le apretó la mano—. Y más aún de que Kyle haya encontrado a alguien especial como tú.

Mel se puso colorada.

—Oh, no somos… Quiero decir yo sólo trabajo para Kyle. Somos amigos nada más.

Lucy, sin embargo, parecía dudosa. Y, sinceramente, Mel tampoco estaba demasiado convencida.

Kyle iba derecho hacia donde estaba Frances cuando Jack lo alcanzó y le dio una palmada en el hombro.

—Felicidades, hombre. Se siente uno bien, ¿verdad?

Kyle frunció el ceño. No conocía a Jack demasiado bien, desde luego no para adivinar lo que el otro estaba pensando.

—¿Qué?

—La bola y la cadena, el estar fuera del mercado, el abandonar el ambiente de solteros.

—Entre Melissa y yo no hay nada —le dijo automáticamente, porque eso era lo que Melissa quería que dijera—. Trabaja para mí. Sólo somos amigos.

—Estás diciendo un montón de tonterías.

A Kyle le entró la risa sin poder evitarlo. Señaló la cerveza que Jack tenía en la mano.

—¿Cuántas de ésas te has tomado, tío?

—¿Quién sabe? ¿Y a quién le importa? Estoy prometido. Me encanta. Debería haberlo hecho hace años —sonrió de oreja a oreja —. Por supuesto, tu prima es la única mujer que podría haberme animado; y hace años no la conocía aún.

Kyle sacudió la cabeza.

—Hazle feliz.

—Lo haré —le prometió Jack—. Tú haz lo mismo.

—Te he dicho que…

Pero Jack lo interrumpió haciendo un ademán.

—Vamos, amigo. Se te nota en la mirada. A ella también. Estáis locos el uno por el otro.

Kyle se quedó mirándolo y Jack se echó a reír y le dio a Kyle

otra sonora palmada en la espalda.

—Me alegro de no ser el único que está loco por una mujer —alzó su cerveza—. Por las chicas —añadió.

Y como no sabía qué más decir, Kyle repitió las palabras del otro.

Jack se lo tomó como una reivindicación.

—Mel parece una chica estupenda —dijo Jack.

—Lo es —contestó Kyle sin pensar.

Pero se dio cuenta de que era totalmente cierto. ¿Qué diablos? ¿Por qué no decirle a Jack lo que sentía? El hombre pronto sería de la familia.

Charlaron unos minutos más hasta que Kyle notó que Frances había dejado de charlar con dos de sus primos y se encaminaba hacia la cocina. Así que le dijo adiós a Jack y la sorprendió a la entrada de la cocina.

—¿Qué está pasando? —le dijo él.

Por un momento la comprensión se reflejó en sus facciones, pero enseguida puso cara de inocente.

—Lo siento, Kyle, cariño, pero no sé de qué estás hablando.

—Vamos, Frances, dime la verdad. ¿La abuela, Gregory Tanner y tú nos habéis tendido una trampa a Mel y a mí?

El color que tiñó sus mejillas fue respuesta suficiente. Kyle sacudió la cabeza y se frotó las sienes.

—¿Cómo? —le preguntó.

Ella le explicó el elaborado plan del collar y después cómo Emily había tenido que llamar a la agencia de trabajo temporal de su amiga cuando se habían dado cuenta de que Mel había desaparecido después de estar en su casa aquel día.

—¿Es el collar acaso una herencia?

Frances negó con la cabeza.

—¡Oh, no! Emily lo compró el mes pasado. Fue idea mía añadir las iniciales. ¿No te parece un detalle estupendo?

Él hizo una mueca.

—El mejor.

Ella sonrió de oreja a oreja y Kyle suspiró.

—¿Por qué no nos presentasteis?

Frances rechazó la idea con un gesto de la mano.

—No seas tonto, querido. ¿Habrías hecho caso a otra mujer que Emily te hubiera endilgado? —Frances no se molestó en esperar una respuesta—. Pues claro que no. Este era el modo perfecto.

—Sólo que no estamos juntos.

—¡Ba! Paparruchas. Os he visto juntos. Lo estaréis.

Kyle esperaba que tuviera razón. Y de vuelta al salón a buscar a Mel, se dio cuenta de que esa vez su abuela había acertado en su

papel de casamentera. Porque se había enamorado de Melissa de los pies a la cabeza.

Finalmente su abuela había ganado.

—¿Que nos tendieron una trampa?

La fiesta había decaído y en ese momento estaban en el Jeep de Kyle, saliendo de Misión Vieja después de dejar a Gregory en su casa.

—¿Quieres decir que ha sido una especie de plan?

—Sí. Y además un plan bastante complicado.

—Pues no me gusta que me manipulen —dijo Mel.

Ni tampoco le gustaba a Kyle por norma general, pero en ese caso tenía que reconocer que no le había importado mucho.

Condujeron un rato en silencio, él intentando recordar cómo se iba a casa de Doug Bryant y ella pensativa en el asiento del pasajero. Bryant, un cliente muy rico, había accedido a dejarles que utilizaran su casa como lugar de pruebas. Y como no les sobraba el tiempo, Mel y Kyle habían decidido que harían la primera visita esa noche.

—Así que se conocen mucho más de lo que han dejado ver…

Kyle frunció el ceño e hizo una pausa mientras volvía a la conversación.

—Sí —dijo finalmente Kyle—. Por lo que me ha contado Frances, me ha dado la impresión de que Gregory y mi abuela han sido siempre buenos amigos. Seguramente se habrían unido si el jefe de los estudios no hubiera desanimado a Emily. Entonces tu abuelo se casó y…

—Y en esos días uno no continuaba la amistad con alguien que te había gustado.

—O que te seguía gustando —comentó Kyle.

—¿Tú también lo has pensado? —se volvió en el asiento para mirarlo mejor—. Su modo de charlar, allí delante de la chimenea… Me ha dado la impresión de que sienten algo especial el uno por el otro. Y ahora que sé todo lo demás… —se inclinó hacia delante, claramente emocionada—. Bueno, creo que son ellos los que necesitan que alguien los una. No nosotros.

—Y que lo digas.

—Hagámoslo —dijo de pronto.

Él apartó los ojos de la carretera un segundo para mirarla.

—¿Hacer el qué?

—Darle la vuelta a la tortilla —dijo con ojos brillantes de emoción.

Su energía y su entusiasmo lo cautivaron como de costumbre.

—Es perfecto. Haremos como si estuviéramos saliendo —dijo Mel—. Y entonces planearemos todo eso.

—Haremos como si estuviéramos saliendo —repitió Kyle.

—Claro. Los juntaremos todas las veces que podamos. Al final caerán. He visto cómo se miraban en la fiesta.

—¿Y por qué no salimos de verdad?

Ella no respondió, sino que se volvió a mirar por la ventana. Momentos después, bajó la ventanilla un poco para dejar que entrara la brisa fresca del océano.

—Nada de ilusiones, recuérdalo. Ni de compromisos —se volvió hacia él—. Estuviste de acuerdo, ¿no?

—Sí, pero las cosas pueden cambiar.

—No. Eso no es lo que busco contigo.

Las palabras de Mel fueron como una patada en el estómago.

—¿Por qué?

Su mirada se ensombreció.

—Porque necesito empezar de nuevo. Maldita sea, lo merezco. Y tú siempre me vas a ver como a una ladrona. Sabes mi secreto y no hay manera de evitarlo.

—No te estoy proponiendo en matrimonio, Mel. Sólo estoy sugiriendo que salgamos juntos. A ver cómo van las cosas entre nosotros. Porque sé que hay algo, cariño, por mucho que intentes negarlo.

—No lo estoy negando —dijo ella—. Sólo digo que no podemos hacer eso. Yo al menos, no puedo.

Kyle ahogó el impulso de golpearse con la cabeza en el volante. Mel lo exasperaba.

—¿Cómo vas a estar con un hombre si vas a tener secretos para él?

—Ese no es tu problema.

Sus palabras volvieron a golpearlo y entonces Kyle se volvió hacia ella.

—¿Maldita sea, Mel, acaso te he mirado alguna vez como si fueras una criminal?

Ella lo miró a los ojos.

—Por supuesto que sí, Kyle. ¿O ya te has olvidado de por qué quisiste contratarme?

Y entonces, como tenía toda la razón, Kyle sólo pudo permanecer en silencio y seguir conduciendo.

Mel estaba agachada entre los arbustos, con los prismáticos dirigidos hacia la casa de Bryant, mientras intentaba no pensar en salir con Kyle, acostarse con él o nada que tuviera que ver con él. Desgraciadamente, él estaba sentado en un Jeep Grand Cherokee a sólo unos veinte metros de ella; y a pesar de la distancia seguía sintiendo su presencia y deseando sentir sus caricias.

Cuando llevaban quince minutos en la autopista del Pacífico, el

silencio entre ellos se había disipado y habían accedido a darles a sus abuelos un poco de su propia medicina. Lo cual quería decir que Mel estaba saliendo oficialmente con Kyle, aunque sólo fuera fingido. Y sólo era fingido. Mel había insistido en ello y al final Kyle había accedido. Pero sentía estremecimientos por todo el cuerpo sólo de pensar que iba a pasar sus ratos libres junto a Kyle.

Tendría que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no ponerse a salir de verdad con él, como había sugerido Kyle. Porque aquel hombre despertaba sus sentidos, era sexy y divertido. Si no fuera por su pasado, por sus fallos, lo agarraría y no lo soltaría. Sólo Dios sabía las ganas que le entraban de hacerlo.

Pero también sabía que jamás la vería como a Melissa. Y sencillamente no podría vivir con eso, por mucho que se estuviera enamorando de un hombre.

Ahogó un suspiro y se obligó a sí misma a concentrarse en la casa de Bryant. Ya tendría tiempo suficiente para pensar en Kyle cuando hiciera el trabajo.

El señor Bryant había accedido de buena gana a ayudar a Kyle y el trato era que él no tendría ni idea de cuándo se produciría el allanamiento. Le había dado a Kyle el código de su sistema de alarma para que pudiera conectarla o desconectarla cuando fuera necesario. Y Kyle había acordado con él, que o bien él mismo o Melissa, le informarían cuando ya se hubiera llevado a cabo el allanamiento, es decir, después de que Melissa entrara, para asegurarle de que no era un ladrón de verdad el que estaba entrando en su casa.

Habían decidido hacerlo dos veces. La primera con el sistema de seguridad apagado, como un grupo de control en un experimento científico. Así ella podría ver si era fácil o difícil entrar en la casa cuando la alarma no estaba conectada. Además, Kyle y ella podrían evaluar mejor la eficacia de la seguridad una vez activada.

La misión de Melissa era abrir la caja de caudales que había en el despacho y sacar un efecto. Una vez que lo hubiera conseguido con éxito con la alarma desactivada, volvería a hacerlo con la alarma activada.

En general, no resultaba tan útil como lo sería entrar en la mansión de Driskell, pero al menos se acercaba bastante. Además, como Driskell había insistido en que no entraran mientras él estaba de vacaciones, sencillamente no tenían otra opción.

Desde el punto de vista de Mel, no había tanta diferencia. Era el trabajo en sí lo que importaba; la tarea que tenía por delante lo que la llenaba de emoción: poder cruzar la valla, forzar la cerradura y meterse en una casa que no era la suya.

Era una emoción familiar, aunque no resultaba muy

conveniente. Y eso le inquietaba todavía más que los sentimientos cada vez más fuertes que tenía hacia Kyle.

Desde el interior del Jeep, Kyle observó a Mel que avanzaba despacio hacia la casa de Bryant. El sol se ocultaba tras las laderas de las colinas y Melissa pareció disolverse entre las sombras. El pulso se le aceleró. Aunque no estaban haciendo nada ilegal, sentía una subida de adrenalina. La emoción impregnaba el ambiente y Kyle entendió porqué había personas que hacían aquello; porqué se arriesgaban. Por la emoción. Por la misma razón que hacían esquí acuático o practicaban el bungee jumping.

Enseguida sacudió la cabeza, disipando aquellos ridículos pensamientos. No había ido allí buscando emociones fáciles. Estaba allí para intentar salvar su negocio.

Pasaron unos minutos mientras su mirada estudiaba el perímetro, intentando ver si la veía. Pero nada. Apretó el botón del micrófono y susurró:

—¿Mel? ¿Melissa? ¿Me recibes?

—Alto y claro —le susurró ella por el altavoz que había colocado en el salpicadero del coche.

—Te he perdido de vista. ¿Dónde estás?

—¿Qué quieres decir con eso? Estoy donde debo estar; en el despacho de Bryant, delante de la caja fuerte que tiene en la pared.

Él pestañeó y miró su reloj. Era imposible. Debía de haber entendido mal.

—¿Que estás dónde?

Ella se echó a reír.

—No te sorprendas tanto, Radley. ¿Has olvidado por qué me contrataste? Soy una de las mejores.

—Quieres decir, eras una de las mejores. ¿No dices que te has retirado?

—Eso es —dijo ella—. Era una de las mejores. ¿Qué eres, un policía del lenguaje?

Él se echó a reír.

—Ya no soy ni policía, pero si puedes abrir esa caja con la misma rapidez con la que has entrado en la casa, te prometo que te daré un extra en cuando vuelvas.

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué?

Él bajó la voz para añadir dramatismo al momento.

—Confía en mí, cariño. Haré que te valga la pena.

Su risa atravesó los altavoces.

—Cuidado con lo que estás pensando, Radley.

Kyle deseó estar pensando en algo así. Lo que estaba pensando no era en absoluto sexual. Estaba pensando en sentimientos puros, en amor, en un compromiso. En tener hijos y formar una familia.

Pensamientos aterradores para un soltero, pero por alguna razón esos sentimientos no le daban ningún miedo. Lo malo era que Mel estaba empeñada en mantener que ella no era la mujer adecuada para él. Y Kyle no estaba seguro de qué demonios haría para convencerla de lo contrario.

Capítulo 9

Mel se arrodilló delante de la caja de caudales y la examinó. Tal y como Kyle había dicho, era una Sentronic 3000 con cerradura electrónica. Casi impenetrable para una amateur; pero ella no era una amateur.

Se había cambiado en el asiento de atrás del coche de Kyle y se había quitado el vestido para ponerse unos vaqueros negros, un suéter negro de cuello Perkins y un chaleco negro donde guardaba su instrumental. En ese momento se llevaba la mano al chaleco para encontrar el escáner digital que había sacado de lo que tenía escondido en un cuarto de la casa de Santa Ana.

Lo montó, lo encendió y empezó a trabajar. Cinco segundos después la puerta de la caja se abría. Mel retrocedió un paso, sonriendo como un demonio. No había duda, tal vez se hubiera retirado, pero seguía teniendo tacto.

Recogió sus cosas rápidamente y fue hacia la parte de atrás de la casa a toda velocidad. En cuanto salió de la residencia apretó el botón del cronómetro de su reloj y lo comprobó. Le había llevado menos de quince minutos ir del Jeep a la casa, meterse, abrir la caja fuerte y salir.

No estaba mal para la actuación del grupo de control. Sólo le quedaba hacerlo igual de bien en la actuación verdadera. Estaba deseosa de afrontar aquel reto y en ese momento convencida de que podría hacer prácticamente cualquier cosa.

Treinta minutos después no se sentía tan orgullosa.

Kyle había activado de nuevo la alarma y ella había empezado de nuevo el proceso. Pero de momento, Mel seguía fuera. Había intentado burlar el sistema de alarma con todos los trucos habidos y por haber y unos cuantos que se iba inventando por el camino. Pero nada parecía funcionar. Francamente, empezaba a sentirse inquieta… Empezaba… no, estaba ya muy inquieta.

De nuevo intentó desconectar el sistema sin que saltara la alarma. Sin embargo, la configuración era de lo más inusual, más que moderna y Mel tuvo que darles puntos a la vez que maldecía entre dientes contra ellos.

Lo intentó de otra manera, con la esperanza de poder usar frecuencias de radio como camuflaje para sus movimientos. Era una metodología relativamente moderna en el robo y confiaba en que podía funcionar.

Pero no funcionó. ¡Maldición!

—¿Ya estás dentro?

—Maldita sea, Kyle, deja de molestarme.

—¡Qué malas pulgas!

Ella suspiró, entonces decidió darse por vencida. Ya llevaba una hora y sabía que no iba a adelantar nada allí.

—Espera. Voy para allá.

Media hora después estaban en el salón de la casa de Kyle, donde ella se paseaba de un lado al otro. Él se plantó delante de ella y ella se paró y lo miró.

—¿Qué? —dijo Mel.

—Cálmate. Todo irá bien.

—No eres tú el que has perdido capacidad de actuación.

—Cierto. Pero hay algo bueno. Me dijiste que eras la mejor, ¿verdad? Y no pudiste entrar. Así que sabemos que el sistema es bueno.

—No lo suficientemente. Alguien entró. Hay un fallo y no soy capaz de encontrarlo.

Él se frotó las sienes.

—Y si tú no puedes encontrarlo yo no puedo arreglarlo.

—¡Qué fastidio! Sólo has sido amable para que no me sintiera tan mal por no haber podido entrar.

—Lo siento.

—No pasa nada. Lo agradezco.

Menos mal que ya no quería seguir dedicándose a esa profesión. Porque su actuación había sido vergonzosa.

Lo miró y lo vio mirando el calendario. Cada vez quedaban menos días para el doce de agosto.

—Lo averiguaremos —dijo ella.

—Será mejor que sea así.

—Creo que el paso siguiente será que revise los esquemáticos.

Él asintió.

—Están en mi ordenador. Te los imprimiré por la mañana —dejó su taza de café sobre la mesa, asustándola con el movimiento repentino—. Maldito Brent. ¿Qué se cree, que puede desaparecer así como así? El muy bastardo me ha echado el muerto encima. Fue él quien diseñó el sistema. Debería estar aquí para ayudar a averiguar el problema.

Aspiró hondo y ella se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Lo siento —le dijo ella.

Él resopló ruidosamente.

—No lo sientas. Me alegro de que estés aquí. Maldita sea, no sé qué habría hecho sin ti.

—De momento no te he sido de mucha ayuda —dijo ella.

—Sí que lo has sido —la contradijo él.

Ella sonrió, a pesar de lo mucho que el no resolver aquello la había herido en su orgullo. Sí, tenían que resolver aquel enredo; pero no iba a ser esa noche. Y en ese momento lo que quería era verlo sonreír. Así que retrocedió y tiró de él.

—Vamos —le dijo.

—¿Vamos a dónde? —dijo él.

—Ya lo verás —respondió Mel.

Él se puso de pie y dejó que ella lo llevara a la cocina. Se veía que estaba curioso, pero no preguntó nada, simplemente la siguió.

—Siéntate.

Ella señaló la mesa y él sacó una silla y se sentó. Y entonces, ella fue al congelador y sacó un bote de helado que había dejado allí el día antes.

Él se quedó mirándola.

—¿Helado?

—No seas absurdo —dijo ella—. Tengo mucha más clase que todo eso —abrió la nevera y sacó algunas cosas para decorar el helado—. Helado con salsa de fresa y de chocolate —dijo Mel.

Él sonrió un poco y ella sintió que había triunfado al menos un poco.

—¿Qué? ¿No tienes nata montada? —le preguntó él.

Ella metió la mano y sacó una lata.

—Créeme, tengo bastante —Mel bajó la voz y sin dejar de mirarlo se pasó la lengua por los labios—. Bastante para el helado… y cualquier otra cosa que quieras ponerle encima.

Eso le llamó la atención y la observó mientras ella preparaba cuidadosamente sobre unos platos las bolas de helado, que después regó con sirope de chocolate y un poco de sirope de fresa. Y entonces, por supuesto, la nata montada. Se lo llevó con una fioritura.

—Voilá.

—Gracias —le dijo él.

Ella se sentó a su lado y esperó a que él lo probara. Pero en lugar de eso, él alzó la cuchara y le dio la primera cucharada de su postre de helado. Fue un gesto simple, pero de algún modo igual de erótico que sus caricias íntimas. Dejó que el helado se le derritiera en la boca mientras pensaba en aquel hombre. Kyle Radley, el príncipe azul. Era perfecto y al final, cuando tuviera que marcharse, iba a hacerle muchísimo daño.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él mirándola a los ojos, viendo el mismo deseo que sentía él.

—En la nata montada —mintió—. Y en ti.

Si Kyle fuera un hombre más atrevido le habría dicho que agarrara su plan de evitar los compromisos y que lo tirara por la ventana.

Pero él no era así. Deseaba a Mel de cualquier modo posible y si eso significaba tenerla hasta que desapareciera, qué podía hacer.

Sabía que ella también lo deseaba, con la misma ferocidad y pasión que a él le corría por las venas. Y por lo menos, mientras compartieran ese deseo, ella sería suya.

Tenía la intención de aprovechar al máximo y en ese momento estaban desnudos en su cama, con un bote de nata montada entre los dos.

—¿De verdad quieres hacerlo? —le preguntó ella con los ojos muy abiertos—. Las sábanas…

—Se lavan —le quitó el bote y le echó un poco en la punta de un dedo, que seguidamente lamió con deleite.

Ella se echó a reír.

—¿Qué?

—Eres un pelele —dijo ella.

Él fingió indignarse.

—Cuidado, señorita, o acabará durmiendo en el sofá.

—Dame eso —le tendió la mano y con una sonrisa picarona se pintó una línea de nata montada de un pecho al otro—. Demuéstrame que no eres un pelele.

Eso era un desafío que estaba más que feliz de aceptar. La tumbó sobre la cama y empezó a lamerle un pecho. Se lo provocó y succionó hasta que no quedó más nata, sólo su pezón duro y sus gemidos suaves acariciándole los oídos. Se acercó al otro pecho y le dio el mismo tratamiento hasta dejarlo limpio. Entonces se incorporó y le sonrió mientras le quitaba el bote de las manos.

—Me toca a mí —dijo Kyle.

Ella asintió en silencio y observó entonces cómo él le echaba una tira entre los pechos, por encima del ombligo y hasta el triángulo oscuro que tenía entre los muslos. Entonces se puso manos a la obra, lamiendo y succionando poco a poco hasta alcanzar su premio. Estaba caliente y mojada y él con el miembro duro como el acero. La deseaba desesperadamente y se metió entre sus piernas.

Ella negó con la cabeza, con los labios entreabiertos y los ojos oscurecidos de deseo.

—Aún no —le dijo ella, mientras empezaba a acariciarlo—. Aún no he tomado el postre.

Estuvo a punto de perderlo, pero consiguió aguantarse de

momento. Ella le ordenó que se tumbara y después procedió a untar de nata toda su erección. Ardía en deseos y por la sonrisa sensual de Melissa entendió que ella sabía perfectamente el efecto que tenía sobre él.

Cuando bajó la cabeza y le lamió la punta, Kyle gimió de placer; al meterse su miembro en la boca, supo que estaba en la gloria; pero cuando lo lamió de arriba abajo, no pudo controlarlo ni un momento más. Tenía que poseerla; y por eso se dio la vuelta y se puso a horcajadas encima de ella, jadeando como un loco.

—Ahora —le susurró ella.

Él no vaciló. La penetró directamente, una y otra vez, hasta que finalmente el mundo explotó a su alrededor y se desplomó, totalmente saciado, encima de ella.

Se quedaron allí tumbados sin moverse durante un buen rato, hasta que ella suspiró y empezó a moverse despacio.

—¿Qué pasa? —le preguntó él, totalmente agotado. Ella se pegó a él.

—Nada —dijo ella—. Que me alegro muchísimo de haber dejado un hueco para el postre.

A la mañana siguiente se despertaron antes del amanecer y a las ocho ya estaban en la oficina. Habían trabajado toda la mañana y habían pedido la comida a un restaurante y comido en sus mesas de trabajo.

En ese momento Kyle observaba a Mel, que tenía la cabeza apoyada sobre la mano. Eran casi las siete de la tarde y los esquemas del sistema de seguridad de Driskell los tenía delante, extendidos sobre la mesa. Ella dejó el lápiz encima de uno de ellos.

—¿No va bien? —le preguntó él.

Ella le echó una mirada de fastidio.

—No tengo nada —dijo ella—. Absolutamente nada —suspiró en voz alta—. ¿Y tú?

—No estoy seguro. Tengo los informes, pero necesito tu ayuda para analizarlos.

Le había pedido un favor a algunos policías que habían sido compañeros suyos y había conseguido los informes policiales de todos los robos en los últimos doce meses en el Condado de Orange.

El doce de agosto estaba cada vez más cerca, pero los informes podrían llevárselos a cualquier sitio y en el despacho hacía calor.

Ella recogió los papeles que cubrían su mesa.

—Pásame un montón y ponlo aquí. Los voy a repasar ahora mismo.

—Tengo una idea mejor —Kyle le tendió la mano—. Vamos.

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Ir a dónde?

—Vamos a salir —le dijo él sin más; por un momento había pensado que ella lo rechazaría y por eso tenía preparada la artillería —. Podemos dar otra vuelta en el descapotable.

Cuando habían salido juntos de su casa esa mañana la había sorprendido al abrir la puerta del garaje y enseñarle un Mercedes descapotable rojo. Toda una belleza.

Quince minutos después estaba sentada en el asiento del pasajero, con el pelo volando al viento. Se llevó una mano a la melena y se hizo un moño bajo con un pasador.

—¿Quieres que ponga la capota? —le preguntó él.

—No, no quiero. Pero quiero saber dónde vamos. Y porqué nos vamos donde sea con una docena de informes que revisar.

Kyle sonrió y sacudió la cabeza.

—Te lo he dicho. Es una sorpresa.

—Ya…

Ella sonrió un poco y Kyle supo que la estaba volviendo loca.

—¿Confías en mí?

Ella se pasó la lengua por los labios.

—¿Debería?

—Pues claro que no.

Ella se echó a reír a carcajadas.

—Bueno, supongo que soy una mujer un tanto ingenua, entonces, porque sí que confío en ti.

—Una mujer muy astuta. Con una habilidad excepcional para juzgar a los demás.

—Deja de darme jabón y concéntrate en la conducción. Me estoy muriendo de curiosidad.

—Ya, ya…

Fijó la atención en la carretera mientras ella se arrellanaba en el asiento y disfrutaba de la puesta de sol y de la espuma pulverizaba del mar que flotaba en el viento.

Le echó una mirada de soslayo. Se la veía tan feliz, tan preciosa… Se había colado en su vida y él estaba absolutamente empeñado en que se quedara allí. No había vuelta de hoja. No le importaba que en el pasado hubiera sido una ladrona, ni si para ella era algo muy importante. Lo resolverían de algún modo. Tendrían que hacerlo porque… ¡Diantres!, se había enamorado de ella.

Aspiró hondo mientras se concentraba en la carretera y dejó que la verdad se le pasara de nuevo por el pensamiento: se había enamorado de Melissa Tanner.

Aquella mujer le llenaba la mente y el corazón y no tenía ninguna intención de dejarla marchar.

Sin embargo, en ese momento lo que deseaba era estar con ella,

lejos de su familia, de su oficina, de sus problemas. Mel y él a solas con el mar y la arena.

Abandonó la autopista de la Costa del Pacífico y enseguida empezó a buscar un sitio donde aparcar. Minutos después tuvo suerte y encontró una plaza libre junto a las escaleras. Metió el coche, apagó el motor y se volvió hacia Mel.

—Hemos llegado.

Ella miró a su alrededor.

—Ya veo.

—Confía en mí.

La zona no era muy allá; sólo una pequeña barriada con una calle. Pero la playa que había más abajo era un tesoro y Kyle tenía toda la intención de compartirlo con ella.

—Te lo dije —dijo ella—. Confío en ti.

Su tono fue despreocupado, pero lo dijo con tanta sinceridad que a Kyle se le encogió el estómago. Dio la vuelta al coche, le abrió la puerta a ella y después fue a abrir el pequeño maletero de donde sacó una caja de cartón que había metido un rato antes.

—Vamos —le dijo después de darle un beso en los labios.

Caminaron por la calle hasta unas escaleras que conducían hasta la cala. Kyle volvió la cabeza y al ver la sonrisa de Mel sintió una gran satisfacción. Cuando llegaron a la arena, le tomó la mano y la condujo a un rincón entre las rocas. Dejó la caja en el suelo, la abrió y sacó una toalla muy grande que extendió sobre la arena antes de hacerle un gesto para que se sentara. Ella lo miraba con expresión entre sorpresa y deleite, pero no dijo nada.

Lo que sacó de la caja después fue la cena. La había pedido a su restaurante favorito y los cocineros se lo habían envuelto todo para que pudiera llevárselo a la playa. Kyle fue colocando los delicados bocados sobre la toalla, delante de ellos.

Ella empezó con un pedazo de baklava que se metió en la boca.

—Caramba…

—He traído los informes para repasarlos —le dijo mientras los dejaba en medio de la toalla—. Pero se me ocurrió que lo haríamos mejor si trabajáramos mientras cenamos, para después tomarnos un rato de asueto y disfrutar del espectáculo.

—¿Qué espectáculo?

Él señaló en dirección al océano.

—La puesta del sol —dijo.

Ella le tomó la mano y se la apretó.

—Me parece estupendo.

Le preparó un plato a Mel y comieron en silencio hasta que ella se volvió hacia él con los ojos muy abiertos.

—Kyle, esto es tan especial. ¿De dónde se te ha ocurrido esta

idea? —le preguntó.

Él se besó la yema del dedo pulgar y después se lo pasó por la mejilla.

—Hemos trabajado mucho y se me ocurrió que no estaría mal darnos un respiro. Y también porque éste siempre ha sido mi sitio favorito para venir a ver la puesta de sol. Es maravillosa desde aquí —se encogió de hombros; se sentía algo ridículo y sentimental—. Quería compartirla contigo.

Ella tenía los ojos brillantes y pestañeó mientras se pasaba los labios por el labio inferior. Entonces le apoyó la cabeza en el hombro.

—Gracias —le dijo—. No creo que nadie haya hecho jamás algo tan romántico por mí.

Él la besó en la coronilla, incapaz de imaginar que no tuviera a decenas de hombres cayendo a sus pies, deseosos de hacer que se sintiera amada y querida. Porque en ese mismo momento supo sin lugar a dudas que haría cualquier cosa, cualquiera, por hacer feliz a esa mujer.

—Te quiero, Melissa —le dijo sin pensar, pero al momento aguantó la respiración, más vulnerable de lo que se había sentido jamás.

—Kyle —le dijo ella en tono algo burlón.

—No —Kyle le tomó las manos hasta que ella lo miró a los ojos —. Te quiero a ti.

Lo había entendido. Kyle se dio cuenta por la leve sombra de terror que vio en su mirada.

—Kyle yo…

—No. No me importa tu pasado. Me importa nuestro futuro. Estamos bien juntos.

—No me hagas esto, Kyle —le rogó.

Sus ojos llenos de lágrimas le hicieron pedazos el corazón.

—Por favor. Ya sabes lo que siento —añadió ella.

Él asintió despacio.

—De acuerdo, Mel. No lo haré esta noche. Pero sé lo que sientes. Me lo has dicho una y otra vez. Así que ahora te lo digo yo a ti —aspiró hondo—. Te quiero, Mel. Y te voy a hacer una advertencia. Sé que piensas que te puedes marchar y dejarme así. Pero yo no. Y tengo la intención de hacer todo lo posible para hacerte cambiar de opinión.

Ella no lo miró a los ojos.

—No funcionará —le dijo.

—Sí que funcionará —dijo él—. Ya lo verás.

Jamás había estado tan seguro de nada en su vida.

Tenía que funcionar, porque la verdad era, que no quería pasar

la vida sin Melissa Tanner. La quería. Ella lo quería. Y de un modo u otro Kyle tenía planeado que fueran el uno para el otro.

Al día siguiente Mel y Kyle habían terminado de leerse hasta el último de los informes antes de dirigirse a casa de la señorita Emily a almorzar. Era un descanso que en realidad no podían permitirse, pero querían hacerlo en pos del plan de juntar al abuelo con Emily y por eso mismo decidieron sacar tiempo para ello.

Mel echó una mirada a su reloj de pulsera. Llevaban más de una hora allí y estaba deseosa de volver al trabajo. Sin embargo, la comida iba bastante despacio. Lo bueno de eso era que el abuelo y Emily estaban pasándoselo de maravilla; lo malo era que el tiempo no dejaba de correr.

Cuando se sirvió el postre, los abuelos estaban tan ensimismados el uno con el otro que no se habrían dado cuenta si Mel y Kyle se hubieran desvanecido en ese momento.

Mel miró a Kyle y entonces miró hacia Emily y el abuelo sentados al otro lado de la mesa. Él asintió y sonrió divertido. Parecía que ni Emily ni el abuelo iban a moverse de la mesa en un buen rato.

Melissa partió un pedazo de la tarta de chocolate y se la llevó a la boca.

—Está deliciosa —dijo.

—Gracias —respondió la señorita Emily—. Le daré la enhorabuena a la cocinera.

Mel sonrió y le dio la mano a Kyle. La idea era que actuaran como una pareja feliz, con el fin de que sus abuelos se empaparan del espíritu de la situación. Aunque sinceramente Mel no estaba segura de que el abuelo o Emily necesitaran que los animaran. Pero como se sentía más que feliz de agarrarle la mano a Kyle, no iba a discutir.

—¿Puedo probar un poco? —le preguntó él.

Ella arqueó una ceja.

—Dijiste que no querías postre.

—He cambiado de opinión.

—Sí, claro —dijo ella—. Entonces me obligas a renunciar a un poco de mi chocolate.

—Los sacrificios que uno tiene que hacer cuando empieza a salir con alguien… —comentó Kyle.

Ella volteó los ojos y entonces miró hacia Emily y su abuelo. Los dos parecían encantados, tanto el uno con el otro como con la discusión entre ellos dos.

—¡Eh, vamos! —dijo Kyle—. Creo que merezco al menos probarla.

Mel ahogó una sonrisa al tiempo que pinchaba un pedazo de

tarta y se lo metía en la boca. Cuando él cerró los labios sobre el tenedor, Mel se estremeció al imaginar esos mismos labios cerrándose sobre su pezón.

¿Pero qué diantres le ocurría? Cuando estaba con Kyle, incluso las acciones más mundanas le llevaban a pensar en el sexo.

Él se pasó la lengua por los labios y Mel tuvo que controlar otra intensa sensación de calor.

—Está rico —dijo Kyle.

Mel se echó a reír mientras sacudía la cabeza.

Pasados unos momentos se excusó y se levantó de la mesa, no sin antes darle a Kyle con la pierna por debajo de la mesa. Ya habían decidido que desaparecerían durante quince o veinte minutos para dejar a sus abuelos a solas un rato.

La habitación estaba forrada de vitrinas de cristal, iluminadas por dentro, llenas de premios y galardones y Mel se adelantó, con la esperanza de ver la estatuilla del Oscar. En lugar de eso encontró una colección de diplomas a nombre de Kyle.

Fascinada, se acercó un poco más, como una polilla a la luz. Allí estaba el pasado de Kyle, sus triunfos y sus sueños y quería empaparse de la sabiduría y guardársela muy dentro.

Mientras estaba curioseando el contenido de la primera vitrina, se dio cuenta de que se estaba abrazando a sí misma. Sin duda quería saberlo todo de aquel hombre; quería saber qué era lo que lo conmovía.

Quería saber si su padre había dejado su trabajo de diplomático para lanzarle un balón a Kyle. Quería saber si su madre había llorado cuando se había hecho policía, temerosa de que su hijo perdiera la vida por salvar a otra persona.

Quería saber todas esas cosas, pero, maldita sea, no deseaba todo eso.

Se acercó un poco más, atraída por el brillo de los trofeos. Todos eran de la facultad, lo cual supuso que tenía sentido ya que había viajado mucho de pequeño. Equipo de Debate, al Miembro más Valioso, rezaba una placa. Mel sonrió. Eso no la sorprendía. Kyle era capaz de discutir con el mejor. Campeonato Nacional de Ajedrez, Campeonato de Fútbol Universitario.

La siguiente vitrina contenía placas de servicio y también otras del instituto, de Caritas, de voluntariado para la Cruz Roja.

Todo lo que había en aquellas vitrinas trazaban el perfil de un hombre extraordinario. Y en ese momento, ese hombre extraordinario era suyo. Por una vez había conseguido un premio… y no había tenido que robarlo.

Se quedó un buen rato delante de la vitrina de los trofeos y de pronto se dio cuenta de que estaba negando con la cabeza. Siempre

había sido una persona tan pragmática. Y sin embargo allí estaba, perdida en una vida que se iba inventando cada día.

Cerró los ojos y aspiró hondo. Estaba viviendo un sueño y ése no era un buen sitio para una chica que había sido educada a vivir la realidad.

Ella no era Cenicienta, ni Kyle un príncipe.

Y no iban a montar en un caballo y perderse en la noche estrellada; por mucho que ella lo deseara así.

—Éste es el mejor tributo, ¿no? —dijo la voz de Kyle a sus espaldas.

Ella se dio la vuelta y lo miró con extrañeza, porque no entendía bien lo que quería decir. Él señaló algunas de las vitrinas.

—A la mayor parte de las personas les gusta guardar esas cosas en el ático —se encogió de hombros—. A Emily le gustan los recuerdos. Los míos y los de ella.

—A mí también me gustan los recuerdos.

—¿Ah, sí?

Se acercó a su espalda y le echó los brazos a la cintura al tiempo que ella se apoyaba sobre él, sobre un hombre fuerte que no le dejaría caer. Sin saber porqué, se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que pestañear para no echarse a llorar.

—Sí —dijo ella, mientras él la estrechaba entre sus brazos—. ¿Qué tal van esos dos?

Él se echó a reír mientras le rozaba la cabeza con los labios.

—Creo que nuestro plan prospera con éxito.

—¿De verdad?

—De verdad, creo que están enamorados. Aunque quién sabe si lo reconocerán o no.

Más o menos como ella, pensaba Mel. Se le ocurrió esa idea sin querer y Mel apretó los dientes, temerosa de decirlo en voz alta. Había querido evitar pensar en el amor, en el futuro, en una vida que no podría tener.

Pero lo cierto era que lo amaba y sólo esperaba poder alejarse de él sin dejar su corazón hecho pedazos.

Capítulo 10

Emily le hizo un gesto a un camarero para que se llevara los platos del desayuno. Frente a ella, Gregory se tomaba un cóctel de frutas. Se habían encontrado allí, en aquella cafetería con vistas al Pacífico, para celebrar la victoria de su plan de juntar a los nietos. Por supuesto, Gregory había pedido champán, suavizado con zumo de naranja por ser todavía bastante temprano.

Ella no se lo había discutido. Quería compartir ese momento con él, aunque supiera que todavía no era completa su victoria. Tomó otro sorbo de su cóctel y suspiró.

Gregory estiró el brazo sobre la mesa y le rozó los dedos con los suyos.

—¿Emily, qué ocurre?

Ella esbozó una sonrisa forzosa.

—Nada de nada, Gregory, querido. Solamente estoy contemplando el océano y pensando en el paso del tiempo.

Y había pasado tanto tiempo… Había amado a su marido, Clark, al igual que Gregory había amado a Martha. Pero ambos llevaban años muertos y ella y Gregory habían desperdiciado mucho tiempo. No quería perder ni un minuto más.

—Teníamos razón, sabes —dijo Gregory, hablando todavía de los chicos—. Mel parece muy entusiasmada con Kyle —se tocó el bigote—. Y como han empezado a salir enseguida, supongo que dentro de nada anunciarán su compromiso.

Emily dio un sorbo de su cóctel y guardó silencio un momento, mientras decidía sobre el mejor modo de responder. Su plan había sido hasta el momento un éxito, pero se preguntaba si la victoria era legítima. Había intentado llamar a Frances el día anterior, pero su hermana había evitado sus llamadas. Así habían estado las cosas años atrás, pero últimamente se habían llevado mucho mejor.

La vacilación de Frances había dado qué pensar a Emily y había sacado una única conclusión: Frances había metido la pata. Nunca había sido tan buena actriz como Emily. Si Kyle había sospechado de que los tres estaban metidos en eso, habría acosado a Frances hasta que le contara la verdad.

Lo cual explicaría porqué de pronto los chicos estaban tan acaramelados. ¡Sus taimados nietos intentaban hacerles la jugada a ellos!

En realidad, a Emily no le importaba. La única cuestión era si decírselo o no a Gregory. Pero decidió guardarse la información. Incluso pensó que haría todo lo posible para conseguir que ambos planes avanzaran.

—¿Emily? —repitió con cierta preocupación en la voz—. Crees que funcionará, ¿verdad?

Ella estudió a Gregory, mientras dejaba de pensar en su plan y centraba sus pensamientos en el que sin duda habían puesto en práctica sus nietos.

—Sí, cariño —le dijo—. Creo que todo funcionará a la perfección.

Mel estaba acurrucada en el sofá con unos pantalones de chándal viejos, una novela de Robert Ludlum sobre el cojín que tenía al lado, mientras en la televisión estaban echando *Atrapa a un Ladrón*. El abuelo estaba sentado en la butaca, con los ojos pegados a la pantalla a pesar de haber visto la película por lo menos un centenar de veces.

Le había fastidiado que Kyle le dijera que esa noche tenía una cita con unos clientes, pero la verdad era que en ese momento se lo estaba pasando bien. No había tenido oportunidad de pasar mucho rato a solas con el abuelo en los últimos días y estaba deseando de interrogarlo sobre Emily.

—Kyle y tú parecéis llevaros muy bien, ¿no? —empezó a decirle el abuelo sin apartar los ojos de la pantalla.

Mel ahogó una sonrisa mientras se percataba de que su abuelo había empezado su propio interrogatorio.

—Lo mismo que Emily y tú.

Él pareció despertar de un letargo. Se incorporó en la butaca, se le iluminó la mirada y pareció como si le quitaran diez años de encima. Se preguntó si ella tendría el mismo aspecto cuando pensaba en Kyle, pero inmediatamente rechazó esa idea. Estaba con el tema del abuelo; su historia con Kyle ya sabía cómo iba a terminar.

—Emily es una mujer encantadora —comentó Gregory Tanner.

Ella se pasó la lengua por los labios, sin saber hasta dónde insistir. Finalmente decidió que no tenía nada que perder.

—Quiero saberlo todo. ¿Cómo es posible que no tuvierais nada en el pasado?

Al principio él no contestó y ella empezó a preguntarse si se habría pasado de la raya. Entonces dijo:

—Emily ya era una gran estrella cuando yo la conocí y yo sólo

era un actor de reparto. Un actor con una reputación cuestionable. Eso no nos impidió que saliéramos juntos en un par de ocasiones. Yo quería más. Creo que ella también, aunque no me lo expresó específicamente.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Me dijo que no —se alisó el fino cabello canoso con la mano —. Pero fueron los estudios los que la presionaron para rechazarme. Su popularidad como actriz valía demasiado.

—¿Y después? La abuela murió hace cinco años.

El abuelo se limitó a encogerse de hombros.

—Si en el pasado fuimos jóvenes y tontos, ahora somos viejos y estúpidos.

Ella se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Tontos y estúpidos —repitió—. Muy bien. Ya lo entiendo. ¿Pero seguís siendo estúpidos? ¿O ahora vais a hacer algo al respecto?

—Sí —asintió con seriedad—. Sí que lo vamos a hacer. ¿Y tú?

Ella no pudo mirarlo a los ojos.

—Sé lo que estáis haciendo Emily y tú, abuelo. Y os lo agradezco; de verdad que sí. Pero Kyle no es el hombre para mí.

—No necesitas pasar página en el sentido que debas tener secretos, Melissa Jane. Sobre todo si un hombre te quiere de verdad.

Sus palabras parecieron tranquilizarla, pero enseguida decidió ignorarlas ya que estaba convencida de llevar la razón.

—Sé lo que hago, abuelo —le dijo en tono suave pero firme—. No te preocupes por mí.

—Me preocupo por ti. Eres todo lo que tengo.

Ella arqueó una ceja.

—Tienes a Emily.

Sus ojos se iluminaron mientras asentía.

—Sí, supongo que sí —sonrió—. Aparentemente, voy a verla en un montón de citas dobles.

Al oír lo que decía, Mel no pudo aguantarse la risa.

—¿Qué?

Ella sacudió la cabeza, muerta de risa.

—Nada… Estaba pensando en esa canción, «*Hacen falta dos, cariño…*»

El abuelo sonrió.

—Lo siento. No me sé las canciones. Sólo las películas. ¿Qué te parece *Entre Una y Dos*?

—¿Una película de cine mudo? No… Tal vez *Champán para Dos*.

El abuelo sacudió la cabeza, claramente disfrutando del juego.

—Mejor *Dos para el Camino*.

—Aunque supongo que deberían ser cuatro ya que somos dos

grupos de dos. Así que tal vez… —cerró la boca y abrió mucho los ojos mientras caía en la cuenta de que lo sabía.

De pronto sabía la contestación al problema de Driskell.

Sólo tenía que demostrar que no se equivocaba.

—Necesito que me hagas un favor, abuelo —le dijo Mel—. Si tienes planes para esta noche, necesito que los canceles.

—¿Quieres contarme otra vez lo que estás haciendo? —le preguntó su abuelo mientras ahogaba un bostezo—. Teniendo en cuenta que me dijiste que ibas a dejar esta vida, sé que no podemos estar reconociendo el terreno antes de entrar en esta casa.

—Eso es exactamente lo que estamos haciendo —dijo ella—. Por supuesto, esta vez es completamente legal.

Su abuelo arqueó las cejas.

—Confía en mí —añadió Melissa.

Estaban en su coche, aparcado a la puerta de la casa de Bryant. Si no se había equivocado, sabía cómo habían entrado en casa de Driskell. Estaba emocionada por haber descifrado el misterio, pero la emoción quedaba atemperada por el conocimiento de que, si no estaba equivocada, el trabajo que había accedido hacer para Kyle habría terminado. Y entonces habría llegado el momento de marcharse, de continuar con su vida.

Sintió ganas de llorar, pero no le salían las lágrimas. Sabía que estaba haciendo lo correcto, por muy duro que pareciera. Sólo tenía que aguantarse y pasar página.

Eran algo más de las tres de la madrugada y la calle estaba en silencio. Una fina bruma había caído sobre el coche y Mel se bajó las mangas de su sudadera para combatir el relente.

El abuelo la miró por encima de las gafas, pero no dijo nada.

Ella no podía mirarlo a los ojos, de modo que se metió la mano en su riñonera para ver si llevaba las herramientas. La solución era tan sencilla que no podía creer que se le hubiera pasado la vez anterior. Después de que las palabras de su abuelo le hubieran dado la idea, había sacado las hojas de los esquemas. Sí. Tal y como ella había pensado. Ya sabía exactamente, sin lugar a dudas, cómo había entrado el ladrón.

—De acuerdo —dijo ella—. Esto es lo que vamos a hacer.

Después de contarle el plan, Gregory se quitó las gafas y la miró.

—¿Y crees que eso nos permitirá entrar sin que salte la alarma?

Ella asintió.

—Estoy segura de ello.

—¿Si tienes razón, sabes lo que significa?

Ella asintió y aspiró de nuevo.

—Lo sé.

Si tenía razón, iba a darle una muy mala noticia a Kyle.

Abrió la puerta de la camioneta.

—Adelante.

Por tercera vez en los últimos tres minutos, Kyle dejó de pasearse por su despacho y echó un vistazo a su reloj de pulsera. Las diez y cuarto de la mañana y ni rastro de Mel.

Se pasó la mano por la cabeza, lleno de frustración. No habían pasado la noche juntos porque él había ido a cenar con unos clientes, pero el tiempo que había pasado apartado de ella sólo había conseguido acentuar lo mucho que deseaba estar con Mel.

La deseaba, la quería, para siempre. Y en cuanto aclararan el asunto de Driskell, Kyle tenía la intención de hacerle saber a Mel sin que hubiera ninguna duda que había llegado la hora de dejar de jugar. Tal vez ella no quisiera una relación con él, pero él estaba dispuesto a luchar por ella. Y sabía que ganaría.

Su primera prioridad, sin embargo, era Ethan Driskell y la maldita compañía de seguros. Miró al calendario. Casi se había cumplido el tiempo; los abogados le habían llamado a juicio para el día siguiente. Necesitaba a Mel en su vida, sí, pero también su ayuda.

¿Así que dónde diantres estaba?

Estaba marcando por tercera vez el número de su móvil cuando sonó la campanilla que colgaba sobre la puerta de recepción. Salió del despacho, esperando verla. En lugar de eso vio a su socio.

—¿Dónde demonios has estado?

—Lo siento —dijo Brent—. Tenía cosas que hacer.

—¿Cosas que hacer? —repitió Kyle con incredulidad—. He estado matándome a trabajar.

—Dijiste que ibas a contratar a un ayudante de oficina.

—Al final acabé contratando a una consultora.

—¿Una consultora? —preguntó Brent—. ¿Para qué diantres necesitamos una consultora?

—Para hacer tu trabajo. Para averiguar cómo ocurrió el fallo.

—¿A quién has contratado?

—A la que tú conociste; a Melissa Tanner.

Al oír eso, Brent se echó a reír.

—No me digas.

—Sabe lo que hace. Antes era ladrona de escala.

—¿De verdad? —Brent frunció el ceño—. Vaya, supongo que la juzgué apresuradamente. Es más que una cara bonita, entonces. Se ve que esa mujer tiene un lado interesante.

—Te la estás jugando, amigo. Sobre todo porque es ella la que me ha estado ayudando mientras mi socio, el hombre que es propietario de un interés en esta empresa, se largaba a Las Vegas.

Brent frunció el ceño.

—No he salido de la ciudad. Te dije que no lo haría y por eso me quedé.

—He intentado ponerme en contacto contigo —dijo Kyle.

—No lo he estado pasando demasiado bien, ¿de acuerdo? Sólo necesitaba…

Kyle no se enteró de lo que había necesitado Brent porque en ese mismo momento se abrió la puerta y entró Mel. Brent aprovechó la oportunidad para retirarse a su despacho y ella lo observó con expresión seca.

—¿Mel? ¿Dónde has estado?

Ella apartó la mirada de la puerta del despacho de Brent para mirarlo.

—¿Qué ha pasado? —repitió Kyle al ver su cara—. ¿Emily y Gregory están bien?

—Están bien —dijo Mel apresuradamente; aspiró hondo—. Pero necesito que veas esto. Ahora.

Le pasó una carpeta con expresión grave.

Kyle notó que se le encogía el estómago y supo que había llegado el fin, que ella lo dejaría. Quería rogarle que se quedara, pero sabía que tenía que ver lo que ella le había entregado. Aspiró hondo y abrió la carpeta, sabiendo que no encontraría nada bueno.

Leyó las páginas por encima, para después releerlas con más detenimiento. Su instinto le decía que el informe de Melissa tenía que ser correcto, pero no quería creerlo. Finalmente cerró la carpeta y la miró.

—Lo siento tanto —le dijo ella.

—¿Brent y Driskell están compinchados?

—Un auténtico chanchullo. Finalmente me di cuenta de que tenía que haber dos personas implicadas y el abuelo y yo lo comprobamos anoche —se pasó la lengua por los labios y miró hacia la puerta del despacho de Brent—. No había manera de traspasar el sistema de seguridad. A no ser que dos personas estuvieran muy familiarizados con la instalación —aspiró hondo—. Creo que deberías avisar a la policía.

—¡Maldición!

Kyle se pasó la mano por la cabeza. Su informe lo salvaría de los chupasangres de la compañía de seguros, sí, pero no lo salvaría de la traición por la espalda que Brent le había hecho con tanta maestría.

Irrumpió en el despacho de Brent. Éste estaba sentado a su mesa, rebuscando en los cajones. Cuando levantó la cabeza, su expresión era una mezcla de sorpresa y culpabilidad.

—¡Maldito canalla! —le dijo Kyle en tono áspero y rencoroso—. ¿Cómo demonios has podido hacerme esto?

Mel estaba detrás de él, le tenía una mano apoyada en el hombro, como si temiera que corriera a darle de puñetazos a Brent.

—¿Hacer el qué? —preguntó Brent mientras miraba a Kyle y a Mel.

Kyle le lanzó la carpeta. Brent leyó el contenido y entonces levantó la vista. Estaba muy pálido.

—¿Quién ha hecho esto?

—He sido yo —le dijo Mel que seguía detrás de Kyle.

—Maldita sea, Kyle —dijo Brent—. ¿Vas a creerla a ella? Soy tu socio, tío. Tú mismo lo dijiste. Es una maldita ladrona.

Al oír eso, Kyle se lanzó sobre Brent y le dio un puñetazo en la mandíbula. Brent cayó hacia atrás al suelo.

A espaldas suyas, Mel emitió un gemido entrecortado y Kyle se volvió hacia ella.

—Cariño, siento lo que acaba de decir. Yo…

Ella levantó una mano.

—No. Tiene razón. Tal y como tú le has dicho, soy una ladrona —se puso muy derecha y alzó la barbilla—. Y creo que ha llegado el momento de marcharme.

—Mel, quédate —Kyle la alcanzó en la puerta y la cerró inmediatamente—. No me dejes ahora.

Brent seguía tirado en el suelo de su despacho; pero sus palabras seguían flotando en el ambiente.

Melissa hizo de tripas corazón, sabiendo que estaba haciendo lo correcto. Era una ladrona. Hiciera lo que hiciera, ese detalle tan sencillo seguiría manchando su vida.

—He tomado una decisión, Kyle. Por favor no me lo pongas más difícil.

—¿Que no te lo ponga más difícil? ¿Qué esperas? Desde luego no te lo voy a poner nada fácil.

—Kyle, por favor.

—Mel, nos llevamos bien. Y tú eres buena. Quédate conmigo, trabaja para mí —agitó la carpeta—. Esto es lo que sabes hacer. No lo dejes. Maldita sea, no me dejes.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo quedarme. Sabes lo que siento. Nunca lo he ocultado —aspiró hondo; sabía que estaba haciendo lo correcto, pero le estaba resultando mucho más duro de lo que había imaginado—. Y ahora tengo que marcharme.

—Maldita sea, Mel, te quiero.

Ella se estremeció. No quería que él la amara y no quería amarlo. Pero lo amaba, ésa era la verdad. Y por eso todo le resultaba más difícil.

—Quédate —le dijo, rompiendo el silencio—. Quédate y trabaja

para mí —miró hacia el despacho de Brent y apretó los dientes de rabia—. Además, parece que voy a necesitar un nuevo socio y este trabajo es ideal para ti.

—¿Ideal? —sintió una oleada de cólera que le encogía el estómago—. ¿Crees que un trabajo en el que me cuelo en las casas ajenas es ideal para mí? No es ideal. Es exactamente de lo que hace tiempo que quiero alejarme. Y si tú crees que es ideal, entonces no me conoces en absoluto.

—Tal vez te conozca mejor que tú a ti misma.

Sus palabras fueron como una bofetada y Mel se estremeció ligeramente.

—Te encanta, Mel —continuó Kyle—. Te encanta la emoción, el reto. Y, sí, conozco tu pasado. ¿Y qué? Estás intentando con tanto empeño ser alguien que no eres… Deja de intentarlo. Sé tú misma. Sé la mujer que amo.

Sus palabras le dolieron, e hizo de tripas corazón para no echarse a sus brazos.

—Lo siento, Kyle —le dijo con los puños apretados para no vacilar—. Pero te equivocas. No es el trabajo ideal para mí. En absoluto —aspiró hondo y entonces lo miró a los ojos—. Te quiero de verdad. Pero eso no es suficiente.

Kyle había llamado cada pocas horas durante los dos días siguientes, pero Mel no había contestado a ninguna de sus llamadas. De momento no se había pasado por su casa y de verdad esperaba que no lo hiciera. Una llamada de teléfono era una cosa, pero verlo de cerca y en persona le haría demasiado daño.

Sabía que había tomado la decisión correcta, pero aun así no podía dejar de llorar. Había abierto las páginas web de varias agencias de empleo y en ese momento intentaba encontrar uno que le gustara.

Con la mano sobre el ratón, cerró los ojos. Lo cierto era que el trabajo con Kyle era estupendo. Kyle tenía razón, la tarea de consultora de seguridad era ideal para ella. Le proporcionaba emoción y desafíos. Además, se le daba bien.

Y aunque él conocía su pasado, la seguía queriendo. Tanto en su vida como en el trabajo. Y quería que fuera su consultora de seguridad porque sabía que era buena en su trabajo. Y sabía que era buena porque conocía su pasado.

¿Tan malo resultaba?

Dejó el portátil a un lado, agarró un almohadón y lo abrazó. Había pasado toda la vida soñando con un hombre que no conociera su secreto, que pensara que era perfecta y que la amara incondicionalmente. Ella sería la princesa perfecta; él el perfecto príncipe azul.

Pero no la querría de verdad.

Kyle conocía sus flaquezas y la amaba de todos modos. Una lágrima cayó sobre la almohada, acentuando la verdad. Había cometido un gran error al abandonarlo.

Alguien llamó a la puerta de su habitación.

—Pasa —dijo con el corazón acelerado sólo de pensar que pudiera ser Kyle.

Pero cuando se abrió la puerta no era Kyle el que estaba allí sino el abuelo con Emily a su lado.

—Abuelo yo…

Él levantó una mano.

—No. Quiero decirte algo y después puedes hablar. ¿De acuerdo?

Ella asintió, internando ahogar una sonrisa. Miró a la señorita Emily y se preguntó si la mujer estaría sonriendo, pero la señorita Emily miraba al abuelo con adoración.

—Estoy enamorado de Emily —dijo Gregory Tanner.

A su lado Emily sonreía de oreja a oreja.

—¡Oh, abuelo, es maravilloso! —Mel se levantó de la cama y los besó a los dos—. Me alegro mucho por los dos.

—Quiero que tú seas igual de feliz que yo —dijo el abuelo mientras le tomaba la mano y se la apretaba.

—Lo sé. De verdad.

—No me entiendas mal —continuó el hombre—. No me arrepiento de haberme casado con tu abuela. Pero jamás me sentí tan vivo con ella como con Emily —le dio un beso a su enamorada —. Perdí muchos años de felicidad por no luchar por Emily. No quiero que tú también pierdas lo mismo.

Melissa no pudo evitar soltar una risotada histérica.

—No lo haré, abuelo. Ya había tomado una decisión antes de que llegarais.

Primero su expresión fue de desconcierto total, pero entonces la confusión se desvaneció de sus facciones y fue sustituida por una amplia sonrisa.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó el abuelo.

Ella lo abrazó y cuando se retiró les tomó las manos a los dos.

—Lo único que puedo hacer. Voy a decirle que estaba equivocada. Y voy a recuperarlo.

Kyle no dejaba de dar vueltas y más vueltas en la cama. No teniendo ya que preocuparse del proceso judicial, cualquier diría que podría sentirse algo más relajado. Pero Mel lo había abandonado y eso le había provocado insomnio. No sólo había perdido a la chica, sino que la falta de sueño le estaba volviendo loco.

Quería estar enfadado con Mel, quería insultarla y decirse a sí mismo que lo mejor que podía haber pasado era que ella lo dejara.

Pero la verdad, no era capaz. La amaba, la había perdido y no tenía ningún plan para recuperarla. De todos modos, iba a intentarlo fuera como fuera.

Llevaba dos días metido en la oficina, trabajando con la policía, pero había intentado llamarla a cada rato. Ella no había contestado a sus llamadas y él no había podido acampar a la puerta de su casa… todavía.

Al día siguiente, sin embargo, sería otra historia. Brent comparecería ante el juez y después de eso Kyle iría a casa de Mel y hablaría con ella. ¡Vaya que si hablaría! Y si no quería recibirlo, hablaría con su abuelo.

Agotado, se tendió de nuevo en la cama y cerró los ojos para empaparse mejor de los sonidos de la casa mientras respiraba hondo e intentaba relajarse, imaginándose que ella estaba allí junto a él…

—¿Kyle?

Una suave presión en el colchón y el corazón se le desbocó. Sí… estaba allí mismo, junto a él. Abrió los ojos y sonrió al verla sentada a su lado.

—¿Tengo que agarrarte? ¿O vas a echar a correr?

—No voy a echar a correr —le dijo ella—. Pero me encantaría que me agarraras.

Él lo hizo y se la echó encima; entonces rodó sobre la cama hasta que estuvieron el uno junto al otro, mirándose de frente.

—¿Por qué has venido? —le preguntó, temeroso de no recibir la respuesta que él quería.

Ella se acercó un poco más a él.

—Porque te quiero. Y porque metí la pata. Y porque quiero estar contigo si todavía quieres aceptarme.

Él ni siquiera pudo contestar. Consiguió abrazarla y besarla. ¡Era suya! Su amor, su vida. Y estaba allí, justo entre sus brazos. Allí en…

Se retiró de repente y la miró.

—Tenía la cadena echada y la alarma activada. ¿Cómo has entrado entonces?

Ella sonrió sin disimulo.

—¿Cómo te parece?

Él arqueó las cejas.

—Tengo miedo de decirlo. La última vez que te dije que eras buena haciendo este tipo de cosas, me dejaste plantado.

Ella bajó la vista.

—Lo siento. Yo…

Él le puso el dedo en los labios.

—No importa, Mel. Ahora estás aquí. Te quiero —le dijo él.

—Y yo te quiero a ti.

Él la abrazó y permanecieron así un rato.

—¿Kyle?

Tenía los labios pegados al cuello de Kyle; su tono era vacilante.

—¿Mmm?

—Creo que quiero ese trabajo. ¿La oferta sigue en pie?

—¿Para ti? Seguro.

—¿Kyle?

—¿Mmm?

—También te quiero a ti.

Él se retiró para mirarla a la cara y los ojos de Mel le dijeron todo lo que necesitaba saber.

—Cariño —le dijo—. A mí ya me tienes.

—Bien —se sentó y sonrió—. Y será mejor que lo digas en serio. Porque como bien acabas de ver, he podido colarme en tu casa y soy capaz de colarme en tu vida.

—Hace tiempo que te has colado.

—Lo sé —le tomó la mano y se la agarró con fuerza—. Y, para que lo sepas, no hay modo de sacarme ya.

—¿Me lo prometes?

Ella no le contestó con palabras, sino que lo hizo con un beso lleno de entusiasmo y pasión. Y cuando se metió con él debajo de las sábanas, supo que había encontrado a la mujer de su vida… Una mujer que verdaderamente le había robado el corazón.

Epílogo

Mel estaba de pie bajo la araña de cristal del vestíbulo de la mansión de la señorita Emily, esperando a que sonaran los primeros acordes de la marcha nupcial, momento en el que debía empezar a caminar, exactamente un año después del día después de haber conocido a Kyle Radley.

El abuelo estaba a su lado, muy acicalado y feliz. Su nieta se recordó que aquélla era ahora también su casa. Llevaba viviendo allí once meses ya, el tiempo que llevaba casado con Emily. Un noviazgo rápido, sí, pero como había señalado el abuelo, ¿para qué arriesgarse, a su edad, con uno más largo?

Además, la boda había tardado más de cincuenta años en prepararse.

Mel recitó para sus adentros una plegaria de agradecimiento ya que sin duda no habría podido esperar ni un día más para casarse con Kyle. Ya le había costado bastante esperar hasta ese día después de que él le propusiera en matrimonio seis meses antes en la playa.

Apenas podía creer que por fin hubiera llegado el gran día. Sin embargo, allí estaba ella con su vestido blanco, su velo y su liga azul, cortesía de Frances, para seguir la tradición de llevar algo azul. En el cuello llevaba un impresionante collar de diamantes, regalo de boda de la señorita Emily, que había expresado su deseo de que Mel se quedara con el collar que los había unido a ella y a Kyle.

La música empezó a sonar y el abuelo le dio un apretón en la mano. Ella le dio un beso breve en la mejilla y acto seguido cruzaron las puertas del salón. Desde el otro extremo de la habitación, Kyle sonreía, guapísimo con su esmoquin.

—¿Nerviosa? —le susurró el abuelo.

Ella negó con la cabeza. No estaba en absoluto nerviosa. ¿Por qué iba a estarlo? Tenía todo lo que había deseado en la vida. De algún modo, sus sueños se habían hecho realidad. A Cenicienta nunca le había salido tan bien. Al fin y al cabo sólo se había llevado a ese bobo de príncipe azul. Ella se había ganado a Kyle Radley.

Y, en su opinión, eso valía más que nada en el mundo.

Ella apareció de pronto en su vida y la cambió para siempre…

Fin